



LAS OTRAS BIENAVENTURANZAS EVANGÉLICAS

Pbro. Behitman Alberto Céspedes De los Ríos

Esta obra corresponde a la tesis del Doctorado Canónico en Teología
en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín



Céspedes De los Ríos, Behitman Alberto.

**Las otras bienaventuranzas evangélicas/ Behitman Alberto Céspedes De los Ríos.
– 1a. ed. – Colombia : Pereira : Universidad Católica de Pereira, 2015.
169 p. – (Colección Maestros, No. 19)**

ISBN 978-958-8487-27-4

**1. BIENAVENTURANZAS. 2. EVANGELIO N.T 3. BENDICIÓN. 4.
FELICIDAD. I. Universidad Católica de Pereira. III. Serie.**

CDD 242.2 ed. 21

Catalogación en la publicación – Universidad Católica de Pereira

Universidad Católica de Pereira

Título: Las otras bienaventuranzas evangélicas
Autor: Behitman Alberto Céspedes De los Ríos.
ISBN: 978-958-8487-27-4
Primera edición 2015
Número de ejemplares: 250

Rector de la Universidad Católica de Pereira: Pbro. Diego Augusto Arcila Vélez
Vicerrector Académico: Luis Eduardo Peláez Valencia
Director de Investigaciones: Heiller Abadía Sánchez
Corrección de Estilo: Mgr. Giohanny Olave Arias
Diseño carátula: María Acevedo Gómez - Suany Becerra

Diagramación e impresión:
GRÁFICAS BUDA, SAS.
Calle 15 No. 623 PBX.: 335 72 35
Pereira – Risaralda - Colombia

Reservados todos los derechos
© Universidad Católica de Pereira, 2015
Carrera 21 No. 49-95 Pereira
Teléfono 312 40 00
ucp@ucp.edu.co www.ucp.edu.co
© Behitman Alberto Céspedes De los Ríos.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la UCP, ni genera su responsabilidad frente a terceros. El autor asume la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada en ella.

Fe de erratas: en la nota de pie de página Nro. 1 aparece: (ver pp. 197ss)
y debe leerse: (ver pp. 166ss).

Pereira, Colombia
Julio de 2015

ISBN 978-958-8487-27-4



9 789588 487274



LAS OTRAS
BIENAVENTURANZAS
EVANGÉLICAS

Pbro. Behitman Alberto Céspedes De los Ríos



Explicación de la carátula: El creyente ofrece con sus manos la Palabra de Dios, la cual contiene la felicidad que Dios desea para nosotros, tanto en el Antiguo Testamento –escrito en hebreo, por eso la palabra bienaventurado en hebreo sobre la página izquierda–, como en el Nuevo Testamento –escrito en griego, por eso la palabra bienaventurado en griego sobre la página de la derecha–. Es allí, en la Biblia, en donde encontramos las bienaventuranzas, dispersas en sus páginas, de ahí que estén escritas en la carátula sin ningún orden. El texto de las bienaventuranzas va en diversos colores para significar que ellas dan color a la vida y son fuente de felicidad.



Agradecimientos

Infinita gratitud a Dios y a quienes han aportado a mi felicidad.





ÍNDICE DE CONTENIDO

RESUMEN.....	9
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I	
1. EN BÚSQUEDA DEL SENTIDO DEL GÉNERO LITERARIO DE LOS “MACARISMOS”	17
1.1. ¿Qué se entiende por bienaventuranza en la Biblia?.....	19
1.1.1. En el Antiguo Testamento	22
1.1.1.1. La Biblia hebrea	24
1.1.1.2. Los LXX.....	31
1.1.1.3. El judaísmo tardío	32
1.1.2. En el Nuevo Testamento.....	33
CAPÍTULO II	
2. LAS BIENAVENTURANZAS EN LOS SERMONES DEL MONTE (Mt), DEL LLANO (Lc) Y EN LOS OTROS LUGARES DEL NT	37
2.1. Contexto de las series de bienaventuranzas de los evangelios de Mateo y Lucas	39
2.1.1. En el Evangelio de Mateo	39
2.1.2. En el Evangelio de Lucas	43
2.2. Las dos listas de bienaventuranzas	45
2.3. Lo que nos enseñan las bienaventuranzas del monte y del llano	49
2.4. Otros textos de bienaventuranzas en el Nuevo Testamento.....	55



CAPÍTULO III

3. LAS OTRAS BIENAVENTURANZAS EN MATEO, LUCAS Y JUAN . 59

3.1. **En el evangelio de Mateo** 61

Bienaventurado quien no se escandalice de mí
(Mt 11,6 // Lc 7,23) 62

Dichosos sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque oyen...
(Mt 13,16-17 // Lc 10,23-24) 65

Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha
revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está
en los cielos (Mt 16,17) 71

Bienaventurado el siervo fiel y prudente (Mt 24,46) 80

3.2. **En el evangelio de Lucas** 83

Bienaventurada la que creyó... Todas las generaciones
me tendrán por bienaventurada (Lc 1,45.48) 84

Bienaventurado quien no se escandaliza de mí (Lc 7,23)..... 91

Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven... (Lc 10,23)..... 94

Dichosos quienes oyen la palabra de Dios y la guardan (Lc 11,28)... 98

Dichosos los siervos a quienes el Señor encuentra en vela,
cumpliendo su deber (Lc 12,37.38.43) 102

Dichoso porque serás recompensado en la resurrección de
los justos (Lc 14,14) 105

¡Dichoso el que coma pan en el reino de Dios! (Lc 14,15) 109

Dichosas las estériles (Lc 23,29)..... 112

3.3. **En el evangelio de Juan** 114

Si saben esto, serán felices si lo practican (Jn 13,17)..... 115

Dichosos los que no vieron, y sin embargo creyeron (Jn 20,26-29) 122

CAPÍTULO IV

4. CONCLUSIONES: UN DISCURSO DE LAS OTRAS
BIENAVENTURANZAS EVANGÉLICAS:
CONSECUENCIAS PASTORALES 131

4.1. Un discurso de bienaventuranzas a partir de las otras
bienaventuranzas 133

4.2. La importancia pastoral y espiritual de esta propuesta para
nuestra Iglesia latinoamericana..... 142

BIBLIOGRAFÍA 155



RESUMEN

Es bien conocido el discurso de las bienaventuranzas de Jesús, que nos encontramos en los evangelios de Mateo y de Lucas; un texto que corresponde a una forma literaria que se encuentra en toda la Sagrada Escritura. Las dos listas que aparecen de bienaventuranzas en estos evangelios son probablemente el resultado de una selección intencionada de dichos que circulaban independientes en la tradición original, así como otros que se encuentran dispersos en el resto del NT. El presente trabajo pretende visibilizar estos otros dichos, las otras bienaventuranzas de los evangelios de Mateo, Lucas y Juan, que pertenecen o se acercan a esta categoría, para preguntarnos por la posibilidad de agruparlos en otro discurso evangélico de “macarismos”.

El trabajo comprende una aproximación al género literario de la “bienaventuranza”, considerada en principio a partir de los sermones del monte y del llano, de Mt y Lc. Pero el objeto propiamente dicho de la investigación se centra en el estudio de las otras bienaventuranzas de los evangelios de Mt, Lc y Jn, las cuales son examinadas desde el punto de vista de su origen, de su contenido temático y de las enseñanzas que proponen. La propuesta final, respuesta a la pregunta de la que se parte, se refiere a la posibilidad de agrupación de estas otras bienaventuranzas en un discurso de Jesús que podría arrojar luz para un nuevo acceso al evangelio. Se parte de la intuición de que un tal discurso enfatizaría de manera particular aspectos más espirituales del evangelio, que nos mostraría también allí la Buena Nueva de Jesús y que vale la pena recurrir a esta riqueza para vivir el proyecto de Jesús, si queremos ser verdaderamente felices.

Palabras claves: Bienaventuranza, Felicidad, Macarismo, Evangelios, Discurso Parabólico, Buena Nueva.

ABSTRACT

It is a well known the speech of the beatitudes of Jesus that we find in the gospels of Matthew and Luke; these texts correspond to a literary form present in all of Scripture. The two traditional lists of Beatitudes that appear in these gospels are probably the result of an intentional selection of those sayings that were circulating independent in the original tradition, as are other sayings that are scattered in other parts of the rest of the NT. The present work intends to do visible these evangelical passages of Matthew, Luke and John, which is used the terminology of bliss, that belong or are close to this category, to ask for the possibility of grouping them in another evangelical speech of “macarismos”.

The research work comprises an approach to gender (the form) literary of “bliss”, considered in principle from the sermons of the mountain and the plain of Matthew and Luke. But the actual object of the research focuses on the study of the other beatitudes of the gospels of Matthew, Luke and John, which are examined from the point of view of their origin, their thematic content and the teaching they propose. The final proposal, answer to the question starting, refers the possibility of clustering of these other beatitudes of Jesus in a speech that could shed light on a new access to the gospel. The intuition or the starting point is that such a discourse would emphasize of particular way more spiritual aspects of the gospel and it would show that also in that approach is the Good News of Jesus and that worthwhile use this wealth to live the plan of Jesus if we want to be truly happy.

Keywords: Bliss, Happiness, Beatitudes, Macarism, Gospels, Parabolic Speech, Good News.



INTRODUCCIÓN

*Nada hay más anclado en la historia del hombre que la búsqueda de la felicidad. Es algo esencialmente unido a la persona humana. El gozo, la dicha, la felicidad se hallan presentes en la vida de cada hombre, bien sea como algo poseído, o como algo que se desea poseer. Cualquier reflexión que se haga sobre el hombre habrá de tenerlo en cuenta y mostrar en qué consiste la verdadera dicha, el gozo auténtico y los caminos que acceden a ellos. Nada puede extrañarnos que también en el mismo núcleo de la revelación bíblica nos encontremos con esta realidad: la dicha, la felicidad, tan esencialmente ligada al hombre
(Brändle, 1983, p. 197)*

No es necesario ser un gran experto en Sagrada Escritura para darse cuenta del interés que tiene el tópico bíblico de las bienaventuranzas. La bibliografía al respecto abunda en todas las épocas y en todas las lenguas. Encontramos mucho material, desde artículos de divulgación popular hasta disertaciones de gran envergadura. No es para menos: el argumento lo merece, por lo cual cada vez que queremos investigar estos textos bíblicos nos encontramos fácilmente con numerosos autores valiosos¹.

Lo que ordinariamente conocemos es el texto de las bienaventuranzas de los evangelios sinópticos que nos encontramos en los discursos conocidos como sermones del monte, de Mateo, y del llano, de Lucas. En ellos está comprendido lo que podríamos llamar el magisterio de Jesús sobre el Reino, expresado en un género literario que en realidad está presente en toda la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

¹ Para la realización de la presente investigación nos hemos propuesto explorar, en la medida de lo posible, la literatura bíblica y teológica sobre este aspecto de la temática. En este sentido reunimos, al final de la bibliografía, en un apéndice, además de la bibliografía de referencia una amplia literatura más específica sobre el tema, a la cual se puede recurrir (ver pp. 197ss).

Se podría decir que las dos listas tradicionales de bienaventuranzas, las que nos encontramos en los sermones de la montaña y de la llanura, en Mateo y en Lucas, fueron el resultado de la selección de sentencias del Señor que circulaban en la tradición cristiana más antigua. Pero con ellas circulaban muchos otros dichos de este tipo que no fueron incluidos en esas listas y que nos encontramos en otros lugares de estos evangelios o en otros escritos del Nuevo Testamento. Entre ellos podemos señalar, por ejemplo, estos: “Bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor”(Lc 1,45); “Bienaventurado es el que no se escandaliza de mí” (Mt 11,6; Lc 7,23); “Deben ayudar a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Más bienaventurado es dar que recibir”” (Hech 20,35); “Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos” (Rm 4,7); “Bienaventurados los que lavan sus vestiduras para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas a la ciudad” (Apoc 22,14).

A esas sentencias nos referimos en esta tesis al hablar de “las otras bienaventuranzas” del Nuevo Testamento. El estudio de ellas generalmente se hace considerándolas en su contexto propio, sin insistir en el género literario al que pertenecen y sin intentar agruparlas. Probablemente es posible hacerlo: esta es la hipótesis que hemos propuesto para este trabajo en el que no solamente intentamos estudiar cada una de ellas en sí mismas, sino además relacionarlas con el deseo de descubrir si podría llegarse a proponer “otro” discurso de “macarismos”.

El propósito de este trabajo es leer y agrupar las “otras” bienaventuranzas, teniendo en cuenta las listas que ya existen, es decir, las de los sermones del monte y del llano. Desde este punto de vista, son varias las preguntas que podrían surgir en la mente de quien aborda este tema: ¿El sermón de las bienaventuranzas constituye realmente la reunión de unas bienaventuranzas que circulaban separadas en la comunidad? ¿Por qué no se incluyeron otras bienaventuranzas “de Jesús” en estos sermones? ¿La temática de las otras bienaventuranzas dista mucho del tema de “Las bienaventuranzas” tradicionalmente conocidas? ¿Es factible organizar otro discurso con el resto de ellas? ¿Cómo aplicaríamos este otro discurso de “macarismos” a nuestra actualidad latinoamericana y, por lo tanto, qué utilidad espiritual y pastoral puede tener una reflexión como esta en la vida de nuestras comunidades?

La presente investigación se pretende responder en alguna medida a estos interrogantes, a la vez que ofrecer un aporte que pueda servir para ampliar el horizonte del tratamiento científico y académico en la lectura de estos textos. Se pretende hacer, por lo tanto, una modesta contribución a la comprensión en el campo de los estudios bíblicos, en particular en el de la teología bíblica, así como ofrecer un acercamiento pastoral a la Palabra de Dios, una herramienta que contribuya

a motivar a muchas personas para continuar el camino de la investigación de esta temática.

No se pretende, en realidad, hacer una investigación exhaustiva de todo el tema, es decir, estudiar todas las bienaventuranzas que se encuentran en el Nuevo Testamento, que son muchas más de las que aquí centran nuestra atención, sino de las otras bienaventuranzas que nos encontramos en los evangelios de Mateo, Lucas y Juan. No consideramos el evangelio de Marcos porque en él no se reporta este género literario. Además, nos proponemos analizarlas, cotejarlas en su género y contenido con las del sermón del monte y de la llanura, y preguntar por lo que significaría una lista complementaria en comparación con las que conocemos.

La metodología que se utiliza en este trabajo comprende varios momentos: búsqueda, análisis e interpretación. Es decir, un primer esfuerzo de tipo hermenéutico, pero con la intención de llegar a resultados teológico-pastorales desde la Palabra de Dios, para resaltar en ella el dinamismo de la historia de salvación “como esperanza abierta al futuro, que surge de un presente asumido bajo la presencia viva del Dios que salva” (Brändle, 1983, p. 199). En ese sentido, esta tesis pertenece, en último término, al campo de la teología bíblica.

La novedad de este trabajo investigativo está en que se sacan a la luz y se evidencian o visibilizan las “otras bienaventuranzas evangélicas”, presentes en Mateo, Lucas y Juan, con las cuales se propone un nuevo discurso de macarismos, al estilo del sermón de la montaña o del sermón del llano; es decir, se propone presentar aquellos pasajes evangélicos y agruparlos en un hipotético discurso pascual de bienaventuranzas, con el fin de resaltar el énfasis o el tipo de enseñanza que estas bienaventuranzas, o este nuevo discurso, tendría para completar el mensaje de las bienaventuranzas tradicionales de los sermones de Mateo y Lucas.

Este es un buen aporte a la investigación teológica, de manera especial a la teología bíblica y pastoral, pues el hecho de evidenciar estos pasajes y estudiarlos en bloque de una manera más consciente, arrojará resultados de interés para la aplicación pastoral y espiritual en la comunidad creyente. Además, es una veta que se abre en el insondable camino de la comprensión de la buena nueva que nos trajo Jesús, de modo que muchos otros investigadores se interesen por esta temática y sigan profundizando y perfeccionando en la tarea de interpretar el mensaje inagotable y siempre actual del evangelio.

Precisamente esto, y el querer responder a los interrogantes planteados arriba, más muchos otros que comenzaron a surgir durante la investigación, justifica el porqué estudiar las “otras bienaventuranzas”, sobre todo con la intención de

demostrar que ellas aportan, desde otra perspectiva más espiritual, a la comprensión plena del evangelio y al compromiso que este nos exige si queremos vivir en fidelidad la propuesta de felicidad que Jesús nos hace.

En un primer capítulo se hace una aproximación al género literario de la bienaventuranza, con el fin de mostrar su ocurrencia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento: características, usos, enseñanzas, terminología, etc., con base en lo que han dicho al respecto importantes representantes de los estudios bíblicos que se han ocupado de esta temática. En segundo lugar, se elabora un capítulo que se centra en los sermones de las bienaventuranzas de Mt y Lc, sobre todo para indagar el proceso de formación y selección de sentencias, y se complementa con la mención de las bienaventuranzas que se encuentran en los otros escritos del Nuevo Testamento. El tercer capítulo está dedicado, precisamente, a evidenciar las otras bienaventuranzas en los evangelios de Mateo, Lucas y Juan: en él se hace un estudio analítico de cada una de ellas con el propósito de indagar también por su origen, su contenido temático y las enseñanzas que nos proponen. Finalmente, respondiendo a los interrogantes planteados, se propone la posibilidad de agruparlas, con la intención de señalar si por medio de una especie de discurso conformado por ellas se podría reconocer un aspecto especial del mensaje de Jesús y, por lo tanto, la posibilidad de tener un nuevo acceso al evangelio que él nos ha propuesto.

Es esta, por lo tanto, la pregunta fundamental de la tesis que se busca responder, así como la pregunta por el sentido específico de lo que llamaríamos un nuevo discurso de bienaventuranzas. Estas otras bienaventuranzas, sin excluir su componente de compromiso social por el pobre, por la justicia y por la construcción de una nueva sociedad, en el que tanto insistimos en nuestras iglesias de América Latina, pueden mostrar, así, de manera complementaria un énfasis sobre todo espiritual, con la insistencia puesta en la invitación a creer, a escuchar la palabra de Dios y a acoger la invitación a ser testigos del cumplimiento de las promesas del Padre en Jesús, a estar vigilantes, a ser discípulos misioneros, como lo ha enfatizado el Documento de Aparecida.

Las dos listas tradicionales de bienaventuranzas que tienen Mateo y Lucas fueron, como se ha dicho, el resultado de la selección intencionada de dichos y/o bienaventuranzas que ya circulaban en la tradición cristiana y que servían, por ejemplo en el caso de Lucas, para apoyar un mensaje de tinte más social, para animar a los cristianos en la adopción de un nuevo estilo de vida, en el que la decisión de seguir a Jesús debía cambiar los criterios de valoración y los parámetros de la felicidad, pues para ser felices lo necesario no son las riquezas, el poder, la fama, el ser reconocidos y alabados por los otros, sino la construcción de un mundo en el que se pueda vivir en la paz, en la justicia, con una actitud de misericordia, de

mansedumbre, entre otros valores. Es el énfasis o la opción por lo social lo que ha hecho posible la selección de las bienaventuranzas en un sermón como el de Lucas. Sin embargo, este aspecto del mensaje de las bienaventuranzas no es ciertamente excluyente del elemento espiritual, lo que se comprueba por ejemplo ya en la versión de las bienaventuranzas del sermón de Mateo, con su énfasis propio.

En este sentido, en las otras bienaventuranzas de las que nos ocupamos en este trabajo, sin perder su componente de compromiso social por la transformación de las estructuras para que posibiliten una convivencia más digna y humana, se ve en particular la opción por este aspecto espiritual. Quien viva de acuerdo con esta propuesta podrá disfrutar de la gran bienaventuranza, ya intuida por un comensal que escuchaba a Jesús: participar del banquete celestial, “comer en el Reino de Dios” (Lc 14,15), que es hacia donde se dirige nuestra voluntad y nuestro actuar, en cuanto verdaderos discípulos de Jesús.

El mundo actualmente se debate en luchas fratricidas y es cada vez mayor la brecha entre estados, clases y personas, en relación con los bienes materiales, los bienes culturales y los mínimos indispensables para vivir dignamente. Son muchas las personas que carecen casi de todo y son muy pocos los que lo tienen todo y de sobra. Y esto después de dos mil años de cultura cristiana y de conocimientos del evangelio, nos obliga a interrogarnos sobre la realidad de la vivencia de la fe y sobre su compromiso e incidencia en el mundo, desde un punto de vista social, pero también espiritual.

En el mundo, incluso los creyentes hemos intentado ser felices por caminos distintos a los propuestos por Jesús; hemos olvidado la verdadera fuente de la felicidad, que Jesús y su evangelio son una llamada permanente a ser felices. Por eso debemos volver a interrogarnos en el sentido de lo que Jesús nos propone, lo que aparece en el mensaje de las bienaventuranzas, no solo en el de las que conocemos tradicionalmente sino también en el de las otras que nos encontramos especialmente en los evangelios, pero de hecho en general en todo el mensaje que se nos propone en el Nuevo Testamento.





CAPÍTULO I

EN BÚSQUEDA DEL SENTIDO DEL GÉNERO LITERARIO DE LOS “MACARISMOS”



1. EN BÚSQUEDA DEL SENTIDO DEL GÉNERO LITERARIO DE LOS “MACARISMOS”

Desde el punto de vista lingüístico nos encontramos en la Biblia con un abundante material de textos en los que aparece la temática de la bienaventuranza. No es tal vez exacto considerar los textos que encontramos en este sentido como un género literario, sino más bien como una forma literaria, pero en términos generales utilizamos la categoría de género literario para referirnos a ellos. Para introducirnos en el tema conviene preguntarnos por el sentido que esta noción tiene, no solo en virtud de lo que conocemos por los discursos de Mateo y de Lucas y por otros lugares de estos evangelios y de otros escritos del Nuevo Testamento, sino también por lo que significa esta noción en el ambiente cultural al que pertenecen los escritos del judaísmo y del cristianismo.

1.1. ¿Qué se entiende en general por bienaventuranza en la Biblia?

Al comenzar a leer el salmo 1, clave de los demás salmos por ser el salmo que nos introduce en la oración de Israel, encontramos la palabra dichoso, feliz, bienaventurado, en hebreo אֲשֶׁרֶי (ashre) (Jenni & Westermann, 1978, pp. 383-387) como primera palabra del salmo y de todo el salterio. El salmista ha comprendido que lo absoluto y definitivo de Dios para el hombre es la felicidad. Desde el inicio, a Dios lo que le interesa es que el hombre sea feliz.

Para acercarnos al sentido de esa palabra en la Biblia se pueden recordar las felicitaciones familiares y sociales que los hebreos expresaban en ocasiones especiales. Etimológicamente, “felicitar” significa reconocer o desear a otra persona la felicidad o alegrarse con la alegría de los demás. Felicitar es un deseo constante para que la felicidad crezca; y es algo bueno que hacemos por los demás, desearles el bien y la felicidad. André Chouraqui³ relaciona la expresión “feliz” con el deseo de “marchar adelante”. La historia del hombre, de la humanidad, es una larga marcha en la que se está contento y feliz de haber encontrado su camino: “Dichoso el hombre que no sigue el camino de los pecadores”. El Señor conoce el camino de los justos, pero el camino de los malvados se perderá: por eso el tema del Salmo son “los dos caminos”.

La revelación bíblica en general, y particularmente tal como la podemos

2 El Diccionario Strong en español bajo la entrada H833 registra אָשָׁר (ashar) o אֲשֶׁרֶי (ashér); raíz primaria; *ser recto* (usada en el sentido más amplio, específicamente *estar estable, correcto, feliz*); figurativamente *ir hacia adelante, ser honesto, prosperar*:- andar, bienaventurado, decir, enderezar, gobernador, gobernar, guiar, ir, llamar, restituir. Por su parte, el Diccionario Hebreo (edición digital) en la entrada 835 dice: “אֲשֶׁרֶי Felicidad, dicha, bienaventuranza (Pro 29:18). El plural parece ser de intensidad y sólo existe en su forma constructa. — Suf. אֲשֶׁרֶיִם Pl.const. אֲשֶׁרֶיִם”

3 André Chouraqui, escritor y político israelí; comprometido en el diálogo judeo-cristiano, Doctor en Derecho y Filosofía, gran conocedor de Teología y de Lenguas orientales. Es interesante citarlo aquí puesto que su traducción de la Biblia al francés muestra nuevos horizontes y abre nuevos campos a la teología, desde cualquiera de las confesiones religiosas que se fundan o tienen su raíz en la Biblia (cf. http://www.elpais.com/articulo/cultura/He/hecho/Biblia/Malraux/Paris/limpiarla/elpepicul/19770212/elpepicul_3/Tes).

percibir en la vida concreta de Israel y sus fórmulas de oración, como en el caso del salmo 1, tiene que ver frecuentemente con el tema de la felicidad y con lo referente al camino que tiene que recorrer el hombre para alcanzarla. Lo podemos comprobar en muchos lugares de la Biblia del Antiguo Testamento. El libro del Deuteronomio desarrolla muy bien este tema (Dt 6,3). Bajo esta óptica, los términos “feliz – infeliz”, “bendito – maldito”, tienen que ver sobre todo con este tema de los caminos que es necesario recorrer en la vida para realizarse en un sentido especial, el de la felicidad.

Cuando YHWH pone en boca de Jeremías estas palabras: “Así dice el Señor: maldito quien confía en un hombre y busca apoyo en la carne, apartando su corazón del Señor” (Jer 17,5); o cuando Isaías dice: “¡Hay de los que decretan decretos inicuos y de los notarios que registran vejaciones...!” (Is 10,1), a lo que se refiere no es a quienes pronuncian juicios definitivos sobre las personas, sino al hecho de que producen daños que afectan a la felicidad. Pero expresiones tales como “bendito el hombre para quien el Señor cuenta (Jer 17,7), bendito el hombre que no sigue el consejo de los malvados” (Sal 1) se refieren al hombre en cuanto camina por el buen camino, porque así puede alcanzar la felicidad.

En relación con la felicidad, este tema de los “dos caminos” indica que el hombre tiene la posibilidad de desviarse o de caminar por el camino recto, por el que le conduce a ser feliz; puesto que lo que importa es la felicidad, no puede el hombre equivocarse, caminar por un sendero que no conduce a la felicidad. En este sentido, hay que entender la importancia de la Ley en la vida del hombre. Es necesario “Susurrar la ley del Señor día y noche”: Feliz el hombre que se goza en la palabra del Señor (Ley) y la disfruta día y noche. En este salmo se expresa bien lo que tiene que acontecer en la vida: para ser feliz hay que saber escoger el buen camino.

Quienes saben escogerlo son los justos, por eso el salmista les dedica la mayor y mejor parte del escrito. Quienes saben escoger el camino son felices; los demás son “como paja que arrebató el viento”. Nuestra condición humana pertenece a los justos, pero también a los impíos. El gusto de leer o escuchar la palabra de Dios nos pone en el camino de la felicidad, cuyo fruto será “que todo lo que hacemos tendrá buen fin”. Desde la primera alianza el camino que hay que escoger es el que asegura la felicidad, no el camino de la infelicidad, porque este es efímero: “Es como paja que arrebató el viento”, como ya se ha dicho. He ahí entonces, una pista para entender la temática planteada a lo largo de la Biblia sobre las bienaventuranzas. Al respecto encontramos en la obra de Fitzmyer las siguientes consideraciones:

En relación con la pregunta acerca de la procedencia de las bienaventuranzas en la Biblia, podemos remontarnos a otras culturas afines, por ejemplo a la

del antiguo Egipto⁴ o a la de Grecia. En Israel, esta temática se encuentra como una forma específica de enseñanza sapiencial (Meier, 2008, p. 392). «Dichoso» en griego se dice *makarios*, un adjetivo que es bien conocido en el Nuevo Testamento, de tal manera que podemos hablar de los «macarismos» neotestamentarios como de un subgénero literario llamado «atribución» (Cf. Fitzmyer, 1987, p. 601. Cf. Mullins, *NTS* 19, 1972-1973, 194-205).

En relación con la utilización de esta categoría en el mundo griego, Fitzmyer afirma específicamente lo siguiente:

En el mundo griego, el adjetivo *makarios* denotaba la felicidad interna de una determinada persona. Al ir cobrando vigor la fórmula de «bienaventuranza», el adjetivo ensalzaba la dicha o la suerte de una persona o felicitaba a un personaje por la suerte que le había cabido. En cuanto a su construcción gramatical, el adjetivo *makarios* iba generalmente seguido del pronombre relativo *hos(tis)*: «dichoso el que...», «dichosa (la persona) que...». También se encuentran otras variantes paradigmáticas de *makarios*, con la misma construcción; por ejemplo, *olbios hos(tis)* (= «feliz el que...»), o *eutychés* (= «afortunado...»), o *eudaimón* (= «bienaventurado», «feliz...»). En la versión griega de los LXX aparece, en ocasiones, esa misma fórmula: *makarios hos* (cf. Sal 137,8); pero también se encuentra el adjetivo *makarios* seguido de un pronombre personal (por ejemplo, *sy* = «tú»: Dt 33,29; Ecl 10,17) o, con mayor frecuencia, seguido de *anér hos* (= «el hombre que...») o *anthropos hos* (= «el ser humano [el hombre] que...»), como en Sal 34,9; 127,5; Prov 3,13, etc. Esta última fórmula reproduce la expresión hebrea *'asré háis / haggeber 'aser* (= «dichoso el [felicidad al/ del] hombre/ser humano que...»), como en Sal 1,1; Ecl 14,20, etc. (Fitzmyer, 1987, p. 601-602).

1.1.1. En el Antiguo Testamento

Así como en Egipto y Grecia, también en la literatura bíblica de Israel encontramos bienaventuranzas. Estas aparecen en los salmos, en los libros sapienciales y, sobre todo, en el libro de los Proverbios. Cuando en la Biblia se introduce una sentencia con el vocablo hebreo *'ashre* (“dicha”) o el griego *makários*⁵ (“dichoso”), nos encontramos en el terreno de las bienaventuranzas:

4 Podemos encontrar ejemplos de estas bienaventuranzas o “macarismos” en la literatura egipcia (cf. J. Dupont, «Béatitudes» égyptiennes: Bib 47 (1966) 185-222); en la literatura griega (ver F. Hauck, TDNT 4, 362-364); para las correspondencias con el Antiguo Testamento se pueden confrontar a G. Bertram, TDNT 4, 364-367, y a H. Cazelles, DTAT I, 480-484.

5 Cf. ThWNT IV, 365: En el griego profano, el adjetivo se usa principalmente para distinguir los dioses de los hombres, llamándolos “οι μακαρες”. Tal denominación connota la suprema felicidad de su vida, libre de cualquier sombra de premura, trabajo y muerte (cf. 1 Tm 1,11; 6,15, donde se usa para Dios). Designa para los héroes muertos un estado feliz igual al de los dioses que están más allá, en la isla de los beatos.

A primera vista, la bienaventuranza es un grito de admiración, congratulación y felicitación: “¡Dichoso aquel que [haga esto y esto]!”. Mediante ese predicado del sujeto feliz, el maestro de sabiduría indica qué acciones o actitudes contribuyen a una auténtica y duradera felicidad en esta vida. Implícitamente, el maestro de sabiduría exhorta a sus discípulos a seguir la línea de actuación o la clase de vida que él describe en su bienaventuranza. Por eso, aunque la bienaventuranza es descriptiva en la forma, tiene una función parenética: la felicidad explícitamente descrita es señalada implícitamente como un objetivo que perseguir (Meier, 2008, p.392).

Las bienaventuranzas del Antiguo Testamento generalmente tienen dos elementos: la exclamación inicial *'ashre* y la descripción en términos de acciones o actitudes de quien es declarado dichoso. Así, el salmo 1 exclama: «¡Dichoso aquel que no sigue el consejo de los malvados!». A veces, la consecuencia feliz de la acción recta está expresada en el contexto: «Será como árbol plantado al borde de una acequia, que da fruto a su debido tiempo y cuyas hojas no se marchitan; todo lo que hace tiene buen fin» (Sal 1,3).

Siguiendo a Meier, cabe aclarar que “el nexos causal entre la acción recta y la recompensa no constituye regularmente una parte explícita de la forma de la bienaventuranza (v. gr., un “porque” o un “pues” que introduzca la recompensa inmediatamente después de ser descrita la acción). Existen unos cuantos casos de ese nexos causal en el libro de los Proverbios; por ejemplo, Prov 3,13: «Feliz el que encuentra la sabiduría, el que alcanza la inteligencia, pues (*ki*) es más rentable que la plata» (Meier, 2008, p. 393).

La doctrina de la retribución (Rossano, Ravasi & Girlanda, 1990, p. 1660-1674)⁶, presente en parte de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, y que mide los resultados de la conducta humana mediante premios o castigos en esta vida, correspondientes al hecho de obrar el bien o la iniquidad, constituye un contexto en el que se entiende bien el tema de la bienaventuranza. Sin embargo, como se sabe, esta visión de la vida fue puesta en cuestión por Job y el Eclesiastés, entre otros escritos en los que se da testimonio de que la realidad es muy diversa: muchos justos sufren, como si fueran pecadores y muchos malvados disfrutaban de bendiciones, como si fueran justos.

Esto llevó a un nuevo tipo de reflexión sobre Dios, el hombre y la vida: pasando por la profecía se llegó a la apocalíptica⁷, abriendo espacio a “una segunda

6 A Bonora escribe un buen artículo sobre la *Retribución*, en Rossano, P., Ravasi, G. & Girlanda, A. Allí también encontramos alguna referencia bibliográfica sobre el tema.

7 La “apocalíptica” es un fenómeno o movimiento literario y teológico que surge al decaer la profecía en Israel. Es una

categoría de bienaventuranza, la de tipo apocalíptico, que mantuvo el nexo entre el vivir del justo y la felicidad, pero proyectando ésta a un futuro más allá del mundo presente” (Meier, 2008, p. 393), y convirtiéndose en exhortación que invita a vivir con paciencia los sufrimientos presentes con la esperanza de la consolación futura. Es como una paradoja: el sufrir del tiempo presente puede ser considerado como causa de gozo en la vida actual por la felicidad que se espera⁸.

Algo extraño, en cierto sentido, en el Antiguo Testamento lo encontramos en el final del libro de Tobías: una cadena de tres bienaventuranzas: «Dichosos los que te aman, y dichosos los que te deseen la paz; y dichosos los que se duelan de tu castigo, porque se regocijarán por ti y verán todos tu gloria eternamente. Bendice, alma mía, al Señor, el gran rey» (Tob 13,15-16).

Lo sorprendente aquí es la presencia y conjunción de varios rasgos que se encuentran raramente o nunca en las bienaventuranzas del AT hebreo: la unión en serie de tres o más bienaventuranzas escatológicas, la paradójica idea sobre la dicha de los afligidos, la mención expresa de la razón para esa dicha mediante una oración causal encabezada por ὅτι (“porque”) que anuncia un cambio de fortuna, y la referencia a Dios como rey. Todos estos elementos reaparecen en las bienaventuranzas con que Jesús inicia el sermón de la montaña/lanura. (...) El enlace de tres o más bienaventuranzas, fenómeno extraño en el canon hebreo del AT, se hace más frecuente en el período intertestamentario. Tal concatenación se encuentra no sólo en Tobías, sino también en Ben Sirá (Eclesiástico), Qumrán y la literatura de Henoc. El fenómeno es, pues, común a las bienaventuranzas sapienciales tradicionales y a las apocalípticas de tiempos posteriores. En el caso de Ben Sirá, no sólo figura la típica y ocasional pareja de bienaventuranzas (14,1-2): hay una serie de diez de ellas cuidadosamente elaborada (25,7-10), aunque no todas llevan la palabra *’ashre* al comienzo (cf. en 14,20-27 una serie de ocho) (Meier, 2008, pp. 394-395)⁹.

forma de la esperanza escatológica, plasmada en el pensamiento y la literatura que busca responder y animar al pueblo en situaciones de crisis política, social y religiosa, proyectando a un ámbito ahistórico y ultramundano la realización de las promesas de Dios. Escritos de este tipo encontramos en la Biblia, y, sobre todo, en obras judías no bíblicas de la época del segundo templo. Sobre la bibliografía referente a esta cuestión de la apocalíptica incluimos al final, en la bibliografía un apéndice especial, sobre todo de las obras consultadas.

8 Un ejemplo de bienaventuranza apocalíptica está en el libro de Daniel, en su versión hebrea, que concluye con una bienaventuranza y una promesa: «Dichoso el que aguante y pueda llegar a los mil trescientos treinta y cinco días [cuando se produzca la salvación tras el desastre]. Tú te pondrás en pie [i. e., resucitarás] para recibir lo tuyo [i. e., tu recompensa] al final de los días [i. e., en el último día, el momento del premio y el castigo final]» (Dn 12,12-13) (cf. Meier 393.394).

9 “En Qumrán, el fragmento llamado 4Q525 contiene cuatro bienaventuranzas, cada una de las cuales empieza por *’ashre*. Están precedidas por el final de otra, de la que no se ha conservado nada más. Cabe la posibilidad, sin embargo, de que también *’ashre* encabezase esa bienaventuranza fragmentaria, la cual habría ido precedida a su vez de una o varias más, formando una serie de al menos seis, todas ellas encabezadas con la mencionada exclamación hebrea. Las cuatro bienaventuranzas conservadas completas son breves y están divididas en dos partes (una positiva y otra negativa), mientras

O sea que la fórmula que expresa bienaventuranza la encontramos con frecuencia en la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, con sentido específicamente religioso, como expresión de la benevolencia de Dios con respecto a determinadas personas. Pero tengamos en cuenta que la tradición judía no emplea la fórmula de bienaventuranza para aplicarla a Dios. Aquí, el aspecto de bendición referido a las personas y contenido en la fórmula indica con frecuencia longevidad, una buena mujer (Eclo 26,1), los hijos como herencia (Sal 127,3-5), prosperidad y renombre (Job 29,10-11), etc. (Fitzmyer, 1987, p. 602).

Así pues, al leer la Biblia nos damos cuenta de que estamos pisando el terreno de las bienaventuranzas porque nos encontramos con sentencias exclamativas, generalmente introducidas por el sustantivo ‘bienaventurado’, ‘dichoso’, ‘feliz’. En los salmos hay 26 bienaventuranzas y en los libros sapienciales 12.

Para una mirada general del uso de nuestra expresión en el ámbito del Antiguo y del Nuevo Testamento, podemos recurrir a la lista elaborada por J. Dupont (citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 264-267).

1.1.1.1. La Biblia hebrea

En la Biblia hebrea encontramos llanamente 42 bienaventuranzas. No propiamente largas series de bienaventuranzas, pero sí algunas parejas de ellas, por ejemplo en Sal 32,1-2; 84,5-6; 119,1-2; 137,8-9 y 144,15.

1. *Dt 33,29¹⁰: Dichoso¹¹/Bienaventurado* (אַשְׁרֵיךָ) tú, Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvado por el Señor?.

2. *1Rey 10,8: Bienaventurados* (אַשְׁרֵי) tus hombres, *bienaventurados* (אַשְׁרֵי) estos tus siervos que están delante de ti continuamente y oyen tu sabiduría.

3. *2Cr 9,7: Bienaventurados* (אַשְׁרֵי) tus hombres, *bienaventurados* (אַשְׁרֵי) estos tus siervos que están delante de ti continuamente y oyen tu sabiduría.

4. *Job 5,17: He aquí, cuán bienaventurado* (אַשְׁרֵי) es el hombre a quien Dios reprende...

que la última se prolonga hasta quedar constituida por un total de nueve oraciones gramaticales. Esto recuerda las ocho bienaventuranzas breves de Mt 5,3-10 seguidas por otra considerablemente más extensa en 5,11-12. A la vista de todo ello, nada tendría de extraño que, en el judaísmo palestino del siglo I d. C, Jesús hubiese utilizado bienaventuranzas con la función tanto de promesa escatológica como de parénesis moral, concatenándolas ingeniosamente en una serie¹⁰.

¹⁰ Generalmente usaré para el texto hebreo la versión electrónica de la BHS Hebrew Old Testament (4th ed); para el griego la versión electrónica BNT: BibleWorks NT (NA27): Novum Testamentum Graece, Nestle-Aland 27h Edition; para el texto español la versión electrónica LBA: La Biblia de Las Américas (1986) y la Biblia de Jerusalén, 4ª. Edición 2009. Hago adaptación en lo que tiene que ver con el uso del vosotros a ustedes.

¹¹ Dichoso o bienaventurado será usado indistintamente, prefiriendo generalmente la expresión bienaventurado.

5. *Sal 1,1*: ¡Cuán *bienaventurado* es el hombre (אֲשֶׁר־יִהְיֶה־אִישׁ) que no anda en el consejo de los impíos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la silla de los escarnecedores...!

6. *Sal 2,12*: Honrad al Hijo para que no se enoje y perezcaís *en* el camino, pues puede inflamarse de repente su ira. ¡Cuán *bienaventurados* (אֲשֶׁר־י) son todos los que en Él se refugian!

7. *Sal 32,1*: ¡Cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) es aquel cuya transgresión es perdonada, cuyo pecado es cubierto!

8. *Sal 32,2*: ¡Cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) es el hombre a quien el Señor no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño!

9. *Sal 33,12*: *Bienaventurada* (אֲשֶׁר־י) la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que Él ha escogido como herencia para sí.

10. *Sal 34,8*: Probad y ved que el Señor es bueno. ¡Cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) es el hombre que en Él se refugia!

11. *Sal 40,4*: Cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) es el hombre que ha puesto en el Señor su confianza, y no se ha vuelto a los soberbios ni a los que caen en falsedad.

12. *Sal 41,1*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) el que piensa en el pobre; en el día del mal el Señor lo librará.

13. *Sal 65,4*: Cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) es el que tú escoges, y acercas *a ti, para* que more en tus atrios...

14. *Sal 84,4*: ¡Cuán *bienaventurados* (אֲשֶׁר־י) son los que moran en tu casa! Continuamente te alaban.

15. *Sal 84,5*: ¡Cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) es el hombre cuyo poder está en ti, en cuyo corazón están los caminos *a Sion*!

16. *Sal 84:12*: Oh Señor de los ejércitos, ¡cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁר־י) es el hombre que en ti confía!



17. *Sal 89,15*: ¡Cuán *bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) es el pueblo que sabe lo que es la voz de júbilo! Andan, Señor, a la luz de tu rostro.

18. *Sal 94,12*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) el hombre a quien corriges, Señor, y lo instruyes en tu ley.

19. *Sal 106,3*: *Bienaventurados* (אֲשֶׁרִי) los que guardan el juicio, los que practican la justicia en todo tiempo.

20. *Sal 112,1*: ¡Aleluya! Cuán *bienaventurado* es el hombre (אֲשֶׁרִי־אִישׁ) que teme al Señor, que mucho se deleita en sus mandamientos.

21. *Sal 119,1*: ¡Cuán *bienaventurados* (אֲשֶׁרִי) son los de camino perfecto, los que andan en la ley del Señor!

22. *Sal 119,2*: ¡Cuán *bienaventurados* (אֲשֶׁרִי) son los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan!

23. *Sal 127,5*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) el hombre que de ellos tiene llena su aljaba; no serán avergonzados cuando hablen con sus enemigos en la puerta.

24. *Sal 128,1*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) todo aquel que teme al Señor, que anda en sus caminos.

25. *Sal 128,2*: Cuando comas del trabajo de tus manos, *dichoso* (אֲשֶׁרִיךָ) serás y te irá bien.

26. *Sal 137,8*: Oh hija de Babilonia, la devastada, *bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) el que te devuelva el pago con que nos pagaste.

27. *Sal 137,9*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) será el que tome y estelle tus pequeños contra la peña.

28. *Sal 144,15*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) el pueblo a quien así le sucede; *bienaventurado* (yrEv.a;) el pueblo cuyo Dios es el Señor.

29. *Sal 146,5*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios.

30. *Prov 3,13*: *Bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) el hombre que halla sabiduría y el hombre que adquiere entendimiento;

31. *Prov 8,32*: Ahora pues, hijos, escuchadme, porque *bienaventurados* (אַשְׁרֵי) son los que guardan mis caminos.

32. *Prov 8,34*: *Bienaventurado* (אַשְׁרֵי) el hombre que me escucha, velando a mis puertas día a día, aguardando en los postes de mi entrada.

33. *Prov 16,20*: El que pone atención a la palabra hallará el bien, y el que confía en el Señor es *bienaventurado* (אַשְׁרֵי).

34. *Prov 20:7*: El justo anda en su integridad; ¡cuán *dichosos* (אַשְׁרֵי) son sus hijos después de él!

35. *Prov 28,14*: Cuán *bienaventurado* (אַשְׁרֵי) es el hombre que siempre teme, pero el que endurece su corazón caerá en el infortunio.

36. *Prov 29,18*: Donde no hay visión, el pueblo se desenfrena, pero *bienaventurado* (אַשְׁרֵי) es el que guarda la ley.

37. *Is 30,18*: Porque el SEÑOR es un Dios de justicia; ¡cuán *bienaventurados* (אַשְׁרֵי) son todos los que en Él esperan!

38. *Is 32,20*: ¡Cuán *bienaventurados* (אַשְׁרֵי) seréis vosotros los que sembráis junto a todas las aguas, y dejáis sueltos al buey y al asno!

39. *Is 56,2*: Cuán *bienaventurado* (אַשְׁרֵי) es el hombre que hace esto, y el hijo del hombre que a ello se aferra; que guarda el día de reposo sin profanarlo, y guarda su mano de hacer mal alguno.

40. *Dan 12,12*: *Bienaventurado* (אַשְׁרֵי) el que espere y llegue a mil trescientos treinta y cinco días.

41. *Mal 3:15*: “Por eso ahora llamamos *bienaventurados* (בְּאַשְׁרֵי) a los soberbios. No sólo prosperan los que hacen el mal, sino que también ponen a prueba a Dios y escapan *impunes*.”

A todo esto hay que añadir un texto del Eclesiastés:

42. *Qoh 10,17*: *Bienaventurada* (אַשְׁרֵי) tú, tierra, cuyo rey es de noble cuna y cuyos príncipes comen a su debida hora, para fortalecerse y no para embriagarse.

Este número aumenta a 45 si tenemos en cuenta de manera independiente las bienaventuranzas dobles de 1Rey10,8; 2Cr 9,7 y Sal 144,15.

43. 1Rey 10,8: Bienaventurados (אֲשֶׁרִי) tus hombres, *bienaventurados* (אֲשֶׁרִי) estos tus siervos que están delante de ti continuamente y oyen tu sabiduría.

44. 2Cr 9,7: Bienaventurados (אֲשֶׁרִי) tus hombres, *bienaventurados* (אֲשֶׁרִי) estos tus siervos que están delante de ti continuamente y oyen tu sabiduría.

45. Sal 144,15: Bienaventurado (אֲשֶׁרִי) el pueblo a quien así le sucede; *bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) el pueblo cuyo Dios es el Señor.

El número se elevaría a 48 con unas formas inversas de Proverbios 14,21; 16,20; 29,18:

46. Prov 14,21: El que desprecia a su prójimo peca, pero es *feliz* (אֲשֶׁרִי) el que se apiada de los pobres.

47. Prov 16,20: El que pone atención a la palabra hallará el bien, y el que confía en el Señor es *bienaventurado* (אֲשֶׁרִי).

48. Prov 29,18: Donde no hay visión, el pueblo se desenfrena, pero *bienaventurado* (אֲשֶׁרִי) es el que guarda la ley.

Las partes de Sirácida que se conservan en hebreo permiten añadir otras ocho citas. Y podrían contarse, además, algunas formulaciones diferentes, pero emparentadas con ellas: Gen 30,13; Pr 3,18; 31,28; Jb 29,11; Cant 6,9; Sal 41,3; 72,17; Mal 3,12.

49. Gen 30,13: Y Lea dijo: Dichosa de mí (בְּאֲשֶׁרִי); porque las mujeres me llamarán *bienaventurada* (אֲשֶׁרִי).

50. Prov 3,18: Es árbol de vida para los que de ella echan mano, y *felices* (שְׂרָרִים) son los que la abrazan.

51. Prov 31,28: Sus hijos se levantan y la llaman *bienaventurada* (וַיִּשְׂרְדוּהָ), también su marido, y la alaba diciendo...

52. Job 29,11: Porque el oído que oía me llamaba *bienaventurado* (וַתִּשְׂרְדֵנִי), y el ojo que veía daba testimonio de mí.

53. *Cant 6,9*: Las doncellas la vieron y la llamaron *bienaventurada* (בְּיִשְׁרָיִה), también las reinas y las concubinas, y la alabaron, diciendo...

54. *Sal 41,3*: El Señor lo protegerá y lo mantendrá con vida, y será *bienaventurado* (בְּיִשְׁרָיִה) sobre la tierra; y no lo entregará a la voluntad de sus enemigos.

55. *Sal 72,17*: Sea su nombre para siempre; que su nombre se engrandezca mientras dure el sol, y sean benditos por él los hombres; llámenlo *bienaventurado* (בְּיִשְׁרָיִה) todas las naciones.

56. *Mal 3,12*: Y todas las naciones les llamarán *bienaventurados* (בְּיִשְׁרָיִה), porque serán una tierra de delicias, dice el Señor de los ejércitos.

Con una mirada atenta al Antiguo Testamento, “se advierte enseguida la *distribución* tan desigual de estos textos. La bienaventuranza no ocupa ningún lugar en los textos legislativos y es rara en los libros narrativos (*Gn 30,13*; *1Re 10,8* = *2Crón 9,7*; la de *Dt 33,29* se encuentra en un poema) y en los proféticos (*Is 30,18*; *Is 32,20*; *Is 56,2*; *Dn 12,12*; *MI 3,12*). En compensación, está abundantemente presente en el Salterio (28 veces), en los Proverbios (13 veces) y en los demás escritos sapienciales” (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 264-265).

Según Dupont, no es sencillo acceder al origen del término hebreo *ásrey*, que se traduce con “bienaventurado”; al contrario, nos acarrea algunas dificultades:

Se trata aparentemente de un sustantivo masculino plural en estado constructo (seguido por un complemento determinativo). Esta dificultad es aún mayor si se tiene en cuenta que las lenguas semíticas antiguas no conocen esta forma de expresión, y su traducción aramea, *tūbey* (*tūbay* en siríaco), suscita problemas análogos. Se tiene más bien la impresión de encontrarse ante una especie de interjección que tendría equivalentes en egipcio: un sufijo *wy* le da valor exclamativo con diversos adjetivos. Se plantea entonces la cuestión de saber si la formulación de las bienaventuranzas bíblicas no indicará una influencia de Egipto.

Y sobre la relación entre la categoría literaria de la bienaventuranza y la de la bendición, Dupont afirma lo siguiente:

Ha sido objeto de discusión la relación que hay que establecer entre *bienaventuranza* y *bendición*. Más concretamente, se trata de saber si la bienaventuranza no será una especie de derivado de la fórmula que declara que alguien es, o se desea que sea, “bendecido” (*barūk*). Se trata en realidad de dos fórmulas que no es posible confundir: “La bendición es una palabra

creadora, que obra lo mismo que denota o significa. La bienaventuranza, por su parte, es una fórmula de felicitación, y supone por tanto la constatación de una felicidad ya realizada o, al menos, en vías de realización” (Lipinski). “Está claro que las fórmulas de bendición ocupan en la Biblia un lugar mucho más amplio que las bienaventuranzas; pertenecen a otro registro” (Dupont, citado en Rossano, Ravasi & Girlanda, 1990, p. 265).

Pero aquí no terminan las dificultades, pues también se discute:

Si dentro del grupo de las bienaventuranzas bíblicas, hay que conceder cierta prioridad o anterioridad a la categoría de las *bienaventuranzas sapienciales*, que traducen las experiencias de la vida corriente sin una dimensión propiamente espiritual, o a la categoría de *bienaventuranzas “piadosas”* que proclaman la felicidad del hombre que pone su confianza en Dios, que se preocupa de agradarle, que goza de su benevolencia y de su protección. De todas formas hay que reconocer que la nota religiosa va unida a las bienaventuranzas desde el momento en que aparecen en la Biblia y que esta nota es allí ampliamente dominante. Desde este punto de vista, una vez más, la bienaventuranza bíblica parece situarse en la prolongación de una antigua tradición egipcia (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 265).

El Padre Dupont continúa su argumentación para subrayar cómo, en la religión yahvista, se abre una nueva perspectiva en el judaísmo tardío en un sentido “escatológico” o “apocalíptico”, en los siguientes términos:

Comienza a abrirse una nueva perspectiva, ligada a uno de los rasgos más característicos de la religión yahvista. Esta religión es la de un Dios que hace una promesa que va más allá de la vida terrena de los individuos y que garantiza la intervención con que en el futuro llegará a cambiar el curso de la historia. Él suscita además en el corazón de sus fieles una esperanza que encontrará naturalmente su expresión en las *bienaventuranzas “escatológicas”*, o “*apocalípticas*”, como lo mencionábamos antes. Tal es el caso del oráculo relativamente reciente de Is 30,18: “El Señor espera la hora de otorgaros su gracia: por eso se levanta para apiadarse de vosotros, porque el Señor es un Dios de justicia; bienaventurados los que en él esperan”. O también el yacitado Dan 12,12: “Bienaventurado el que sepa esperar y llegue a mil trescientos treinta y cinco días”. Este Tipo de bienaventuranzas tendrá una especial importancia en el judaísmo posbíblico y en el NT (Dupont, citado en Rossano, Ravasi & Girlanda, 1990, p. 265).

1.1.1.2. Los LXX

Los LXX traducen normalmente *ʾašrey* por *makários*: 42 veces, más las ocho veces de las partes de Sirácida que se conservan en hebreo; con los libros propios de esta Biblia (sin contar 4 Mac) se llega a un total de 60 bienaventuranzas o “macarismos”. Hay que añadir a ellas las tres construcciones invertidas de Pr 14,21; 16,20 y 29,18, en donde el traductor utiliza *makáristos*; hay que tener en cuenta además las 17 veces en que se usa el verbo *makarizo* en el sentido de “proclamar dichoso”.

El Padre Dupont hace notar que, además de la Biblia hebrea, también nos encontramos con frecuencia y desde época muy antigua este tema de las bienaventuranzas en la literatura griega (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 266). Para proclamar la felicidad de los llamados “bienaventurados” los griegos usaban varios adjetivos, cada uno de ellos con su propio matiz, pero en la época helenista, *makários* es prácticamente el único usado y puede designar la felicidad a partir de muy diversos puntos de vista. Las otras acepciones son cambiadas a veces por el adjetivo verbal *makáristos*, cuando se busca un término más noble.

Los griegos con frecuencia consideraban a los dioses como los supremos *makares* (cf. Homero, *Odisea*, 5, 7). Según Fitzmyer:

En la versión griega de los LXX se llama a Dios: «bendito» —equivalente a «alabado», «ensalzado»—, pero en esos casos se emplea el adjetivo *eulogétos* o el participio *eulogemenos*, que traducen la forma hebrea *báruk*, de uso frecuente en las oraciones: «¡Bendito sea Dios!» (cf., por ejemplo, Éx 18,10; Gn 9,26; 24,27). Ambos términos griegos pueden aplicarse también al ser humano, pero entonces expresan la condición de uno que ha sido «bendecido por Dios»; por su parte, *makarios* define el estado de felicidad, la situación de prosperidad o la afortunada condición del hombre. En sentido religioso, la bienaventuranza o el macarismo suponen que el estado de felicidad procede de la bendición de Dios, pero lo que subrayan, en concreto, es una manifestación específica de esa bendición” (Fitzmyer, 1987, p. 602)¹².

En fin, los LXX se acomodaron al uso de la época. Para el mundo latino disponemos de un vocabulario más diferenciado; aquí se usan de forma prácticamente equivalente los términos *beatus*, *felix*, *fortunatus*.

En conjunto, el panorama general de los “macarismos” de la Biblia griega

¹² Se puede consultar F. Hauck/G. Bertram, TDNT 4, 362-370.

sigue siendo, naturalmente, el de la Biblia hebrea: claro predominio de las sentencias propiamente religiosas, sin excluir la presencia de sentencias derivadas de una sabiduría totalmente profana. El cambio más significativo se observa en el aumento del número de bienaventuranzas escatológicas que traducen la esperanza judía. Por eso Is31,9b adquiere un significado totalmente nuevo: “Esto me ha dicho el Señor: ‘¡Dichoso el que tiene una descendencia en Sión y gente de su casa en Jerusalén!’” (32,1); esta bienaventuranza sirve de introducción al oráculo siguiente: “He aquí que un rey reinará con justicia...” (32,1). Recordemos también a Jb 13,15-16: “Bienaventurados los que te aman (Jerusalén) y los que se alegran de tu paz. Bienaventurados también todos los hombres que lloren tus calamidades, porque se alegrarán en ti, contemplando tu gloria para siempre” (recensión S). Esta parece ser igualmente la perspectiva de Sb 2,16; 3,13-14 (Dupont, citado en Rossano, Ravasi & Girlanda, 1990, p. 266).

1.1.1.3. El judaísmo tardío

En él se nos ofrece una gran cantidad de bienaventuranzas. Bastarán unos pocos ejemplos. La línea de las bienaventuranzas piadosas de la Biblia tiene su prolongación inmediata en un texto de la cueva 4 de Qumrán que, como el evangelio, enumera una serie de bienaventuranzas. El comienzo del texto se ha perdido desgraciadamente:

...de un corazón puro, y no hay calumnia en su lengua. Bienaventurados los que escogen sus mandamientos y no escogen los senderos de iniquidad. Bienaventurados los que encuentran su gozo en él y no sienten placer en los caminos de iniquidad. Bienaventurados los que lo buscan con manos puras y no lo buscan con corazón mentiroso. Bienaventurado el hombre que ha adquirido la sabiduría y camina en la ley del Altísimo, establece su corazón en sus caminos, no se desanima por sus castigos y acepta sus golpes con buen corazón (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 266).

Luego viene un gran florecimiento de “macarismos” escatológicos. Por ejemplo, hacia el 140 a.C. nos encontramos con una exclamación muy significativa en este sentido en los Oráculos sibilinos: “¡Dichoso el que, hombre o mujer, viva en aquel tiempo!” (*Oráculos sibilinos* III, 371).

En los *Salmos de Salomón* (60 a.C.) aparecen claramente expresiones que pertenecen a este género de los “macarismos”: “¡Dichosos los que vivan aquellos días, para contemplar la felicidad que concederá Dios a Israel reuniendo a las tribus!” (17,44), “Dichosos los que vivan aquellos días, para contemplar los beneficios que

el Señor concederá a la generación futura, bajo el cetro corrector del Cristo Señor, en el temor de su Dios” (18,6). En el libro apócrifo conocido como la *Asunción de Moisés* también encontramos “macarismos” como el que menciona la intervención de Dios defendiendo a su pueblo en los siguientes términos: “Entonces serás dichoso, Israel. Montarás sobre la espalda y las alas del águila” (10,8). En el *Libro de Henoc* etiópico: “Dichosos vosotros, justos y elegidos, porque vuestra herencia es gloriosa” (58,2).

1.1.2. En el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento utiliza el término bienaventurado (μακάρι) especialmente para designar la alegría singular que brota del creyente por la participación en la salvación del reino de Dios (Mt 5,12; 1Pe 4,13; Ap 19,7). Los bienaventurados son aquellos que gozan y exultan, que se encuentran en una situación tan propicia que causa, en consecuencia, tal respuesta emocional. La bienaventuranza, la suprema felicidad, es la reacción emocional, fuerte, viva y personal, fundada en el cumplimiento realizado por Dios (Cf. ThWNT IV 369s).

A pesar de que encontramos el gran discurso de las bienaventuranzas (Mt y Lc), y otros “macarismos” en el discurrir del evangelio y en el resto de la literatura del Nuevo Testamento, “hay cierto grado de discontinuidad entre la mayor parte de las bienaventuranzas judías y neotestamentarias compuestas hasta el final del siglo I d. C”, y las que nos trae el sermón del monte, originarias de Q (Meier, 2008, p. 400).

En el Nuevo Testamento es corriente el empleo de *makarios* en plural, acompañada esta expresión del artículo definido y de un sustantivo, de un adjetivo sustantivado o de un participio. No han de faltar bienaventuranzas que dicen referencia al cuerpo humano, a sus distintas partes: «los ojos» (Lc 10,23), «el vientre» y «los pechos» (Lc 11,27). Pero lo que no es habitual es que las bienaventuranzas expresen una sabiduría de orden práctico, ya que normalmente ponen de relieve una inversión de los valores atribuidos a las realidades materiales por motivo del Reino que Jesús predica. Las bienaventuranzas encierran frecuentemente una profunda paradoja. La primera parte de la formulación de las mismas describe la condición que caracteriza a los discípulos, mientras que la segunda promete una recompensa escatológica, formulada muchas veces por medio de la voz pasiva, que supone una intervención directa del propio Dios (= «pasiva teológica»; cf. Lc 6,21) (Fitzmyer, 1987, p. 602-603).

Según se puede constatar, el uso del término *makarios* no es muy frecuente en el NT, pues solo lo encontramos 50 veces, de las cuales seis casos no son realmente

bienaventuranzas (Hch 20,35; Hch 26,2; 1Co 7,40; 1Tm 1,11; 1Tm 6,15; Tt 2,13). *En lo que* tiene que ver con el resto de apariciones, esos 44 casos podríamos vincularlos al género “bienaventuranzas”, aunque “de una forma más o menos pura” (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 267), al decir de Dupont, y se subdividen de la manera siguiente: Mt 13; Lc 15; Jn 2; Rm 3; Jc 2; 1 Pe 2; Ap 7. También se relacionan dos usos de *makarízō*, “proclamar dichoso” (Lc 1,48; St 5,11) y tres de *makárismos*, “macarismo” o “bienaventuranza” (Rm 4,6; Rm 4,9; Jds 4,15).

También encontramos en las cartas de Pablo elementos “*makáricos*”, como los de la carta a los Romanos (4,6.7.8.9; 14,22) que retoma del Salmo 32, y que se consideran bienaventuranzas piadosas.

Puede reconocerse el eco de la tradición sapiencial en Jn 13,17 y en Sant 1,25; 5,11. Predomina allí evidentemente la perspectiva escatológica. Esta sigue siendo de ordinario una expresión escatológica que hace simplemente referencia al futuro (Mt 5,3-12; 24,46; Lc 6,20-22; 12,37- 43; 14,14-15; 23,29; St 1,12; 1P 3,14; 4,14; Ap 1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22,7-14), aunque con la persona y la misión de Jesús la escatología ha entrado en la historia, de forma que la felicidad del mundo futuro se hace ya realidad presente para los creyentes. Así pues, son bienaventurados los ojos de los discípulos, que tienen el privilegio de ver lo que están viendo (Lc 10,23; Mt 13,16); es bienaventurado Pedro, que ha recibido del Padre la revelación del Hijo (Mt 16,17); son bienaventurados aquellos para los que Jesús no es ocasión de escándalo (Mt 11,6; Lc 7,23); son bienaventurados los que creen sin haber visto (Jn 20,29). Pero sobre todo es bienaventurada la madre del Salvador, porque ha creído (Lc 1,45; Lc 1,48); este es también el presupuesto que da todo su significado a la doble bienaventuranza de Lc 11, 27-28 (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 267).

En todo caso, en el cristianismo primitivo encontramos cuatro textos con bienaventuranzas parecidas (cf. Bovon, 1995, 418): Mt 5,1-12; Lc 6,20-26; el evangelio de Tomás (EvTh 54; 68-69; cf. 58); y los Hechos de Pablo (ActPaul, 5-6).

Así que el lenguaje “makárico” usado en el Nuevo Testamento, aunque de una manera parca en relación con otros términos, es un importante medio para transmitir el mensaje de Cristo y hacer que la Buena Noticia, por paradójica que parezca, empiece a calar en el corazón de los más pobres y desprotegidos.

Esta primera aproximación que hemos hecho a la temática de las bienaventuranzas en este primer capítulo nos ha permitido comprobar la utilización de esta categoría tanto



en la literatura del pueblo de Israel, como en la del cristianismo, teniendo en cuenta el ambiente cultural al cual pertenece esta literatura. Tenemos bienaventuranzas en el Antiguo y en el Nuevo Testamento en sentencias que revisten evidentemente formas diversas. En el próximo capítulo queremos centrar la atención en las listas de bienaventuranzas que nos encontramos en los sermones del monte y del llano, de Mateo y de Lucas, pero también queremos hacer referencia a los lugares de otros escritos del Nuevo Testamento, que pertenecen a otros géneros literarios, en los cuales aparecen textos que podemos identificar en el sentido de las bienaventuranzas.





CAPÍTULO II

BIENAVENTURANZAS
EN LOS SERMONES DEL
MONTE (MT), DEL LLANO
(LC) Y EN OTROS LUGARES
DEL NUEVO TESTAMENTO



2. BIENAVENTURANZAS EN LOS SERMONES DEL MONTE (MT), DEL LLANO (LC) Y EN OTROS LUGARES DEL NUEVO TESTAMENTO

Como se ha dicho, Mateo y Lucas nos traen, cada uno en un contexto diferente, una lista de bienaventuranzas en el contexto del llamado sermón del monte, en el caso de Mateo (5,1-7,29 [5,3-12]), y en el de la llanura en el caso de Lucas (6,20-49 [6,20-23]). Esta reunión de textos de carácter “macárico” nos interesa de manera especial en este capítulo. Sobre ambos conjuntos existen numerosos estudios, comentarios y aproximaciones teológicas. El interés que tiene considerarlos en este lugar de este trabajo se debe a que ellos nos permiten precisar mejor el sentido de otros materiales que en este sentido nos encontramos en el Nuevo Testamento, en particular dentro del género literario de los evangelios y más concretamente en los evangelios de Mateo, Lucas y Juan.

Entre los aportes que más utilidad han tenido para la elaboración de este trabajo está la obra de John P. Meier (2008, p. 385, 409-453, 464), sobre todo por la manera como resuelve la pregunta acerca de la autenticidad de estos *logia*, pero también en razón de sus planteamientos acerca del significado que ellos tienen dentro de la temática general de la proclamación del Reino de Dios por parte de Jesús.

2.1. Contexto de las series de bienaventuranzas de Mateo y Lucas

Las dos listas de bienaventuranzas que encontramos en los evangelios de Mateo y Lucas aparecen en contextos diferentes y desempeñan su papel en el texto de acuerdo con lo que podríamos llamar la teología propia de cada uno de estos evangelios. Una breve presentación del tema nos puede servir para reconocer la función de estas listas tienen en el contexto en que aparecen.

2.1.1. En el evangelio de Mateo

Como bien se sabe, en el evangelio de Mateo la “enseñanza” de Jesús aparece estructurada en cinco discursos, cada uno de los cuales se concluye con una fórmula estereotipada: “*Y sucedió que cuando Jesús terminó estas palabras...*” (Καὶ ἐγένετο ὅτε ἐτέλεσεν ὁ Ἰησοῦς...”: 7,28; 11,1; 13,53; 19,1; 26,1). De acuerdo con la estructura del evangelio, cada discurso está acompañado de una sección narrativa. El hecho de haber utilizado la fuente Q de esta manera, nos permite descubrir el propósito redaccional de la estructura del evangelio que no se explica solamente, por así decir, por la inspiración a la luz de la cual comprendemos toda la literatura canónica, sino

también en virtud de la intencionalidad propia del autor¹³. A los cinco discursos que encontramos en el evangelio de Mateo les damos los siguientes títulos:

1. El sermón de la montaña: 5,1-7,29
2. El sermón misionero o apostólico: 9,36-11,1
3. El sermón de las parábolas: 13,1-53
4. El sermón eclesial: 18,1-19,1
5. El sermón escatológico: 23,1-26,1.

En Mt 4,17 Jesús da inicio a su vida pública anunciando la llegada del Reino y exhortando a la conversión: 'Απὸ τότε ἤρξατο ὁ Ἰησοῦς κηρῦσσειν καὶ λέγειν'. Así que ya estamos en plena actividad pública de Jesús, la que se extiende hasta 16,20, y en donde se encuadra el primero y más extenso de los discursos de Jesús, como la primera gran acción suya, fundamental y característica. Aunque cada autor tiene sus preferencias para estructurar no solo el evangelio, sino cada discurso, incluso perícopas individuales, me uno a quienes defienden una estructura concéntrica¹⁴ para el Sermón de la montaña en Mateo, y con la justificación de esta estructura sigo a Klemens Stock (1991, p. 5-8), así:

- 5,1-2: la situación
- 5,3-16: introducción general
- 5,17-20: introducción a las normas particulares
- 5,21-48: relación con el prójimo
- 6,1-18: relación con Dios
- 6,19-7,11: relación con las cosas; 'juzgar'; 'dar'
- 7,12: conclusión para las normas particulares
- 7,13-27: conclusión general
- 7,28-8,1: la situación

La correspondencia no se da en todas las partes de la misma manera como aparece en 5,1-2 y 7,28-8,1, ambos fragmentos narrativos en donde se habla de la muchedumbre y de la enseñanza de Jesús. Al subir al monte (5,1) corresponde el bajar del monte (8,1); en 4,25 y en 8,1 el seguir la multitudes a Jesús (ἠκολούθησαν αὐτῷ ὄχλοι πολλοί) obedece en el primer caso a sus curaciones, en tanto que en 4,25 a su enseñanza con autoridad. También es clara la correspondencia entre 5,17-20 y 7,12, únicos pasajes en este discurso que traen la expresión ὁ νόμος καὶ οἱ προφῆται, que volvemos a ver en 22,40.

13 Para la bibliografía sobre la estructura del evangelio de Mateo cf: R. Riesner, Der Aufbau der Reden im Matthäusevangelium, Theologische Beiträge 9 (1978) 172 nota 4; U. Luz, Das Evangelium nach Matthäus. 1. Teilband Mt 1-7 (EKK I/1), Einsiedeln/Neunkirchen 1985 p. 15s.

14 R. Reisner, U. Luz y J. Kürzinger, entre otros.

5,21-7,11 se compone de tres fragmentos (5,21-48; 6,1-18; 6,19-7,11) distintos en forma y temática, pero que comparte el tratar de normas particulares. En 5,21-48, en relación con el comportamiento para con el prójimo, seis veces aparece la expresión “lo que fue dicho a los antiguos” (ἐρρέθη τοῖς ἀρχαίοις), que se opone en una clara antítesis a “lo que dice Jesús” (ἐγὼ δὲ λέγω ὑμῖν).

En 6,1-18 también encontramos la estructura antitética: Las tres formas clásicas de la devoción judaica (la limosna, la oración y el ayuno), las presenta Jesús oponiendo el falso comportamiento (6,2.5.16) al justo y correcto (6,3s. 17s.). En el centro de las tres prácticas, y del discurso de la montaña, Jesús expone su enseñanza sobre la oración. En el medio de ese centro se encuentra el Padre Nuestro (6,9-13), en el que Jesús nos revela a Dios como nuestro Padre.

El discurso de la montaña es la más amplia enseñanza de Jesús sobre Dios, nuestro Padre. Por eso no es casual que el Padre nuestro se encuentre en el centro de este discurso. En la sección central, por otra parte, no está solo presente nuestra relación con Dios, sino también con el prójimo (6,12.14-15) y con las cosas materiales (6,7-8.11). Estas otras relaciones, cuyo tratamiento forma el marco (5,21-48 y 6,19-7,11) de la parte en que se habla de la relación con Dios (6,1-18), están presentes también como marco para el Padre nuestro (6,7s.14s.) y en la misma oración (6,11s.) (Stock, 1991, p. 7).

6,19-7,11, aunque igual en extensión a su correspondiente 5,21-48, temáticamente es menos homogéneo.

Finalmente, la introducción (5,3-16) y conclusión (7,13-27) generales se corresponden en un elemento formal: en 5,3-10 y en 7,21-27 Jesús habla de manera general, en tercera persona, en tanto que en 5,11-16 y 7,13-20 se refiere directamente a su auditorio, en segunda persona, observación que puede subrayar el carácter concéntrico del discurso.

Vistas así las cosas, en el centro del discurso de la montaña está nuestra relación con Dios (6,1-19), para la cual 5,3-16, en donde están las bienaventuranzas que con seguridad podemos atribuirle a Jesús más que a los primeros cristianos (Meier, 2008, p. 400), es la puerta de entrada, la introducción que nos enseña una nueva manera de ser, de vivir ante los hombres y ante Dios.

En la parte introductoria del sermón del monte encontramos el inicio de la enseñanza de Jesús con las bienaventuranzas. Es una concatenación de ocho bienaventuranzas, con estructura tripartita y con una motivación claramente

escatológica. Son ocho, formuladas en la 3ª persona plural (5,3-10), y una, la última, en la 2ª persona plural, en 5,11-12.

Como se ha dicho arriba, cada una de estas bienaventuranzas se compone de tres partes: la proclamación del ser bienaventurados como tal, la caracterización de los destinatarios de la proclamación y la descripción de lo que desde ya vale para ellos (5,3.10) o de lo que les espera en el futuro (5, 4-9).

En relación con las personas implicadas, la primera parte designa el estado humano del ser totalmente felices; la segunda parte, las actitudes y situaciones humanas, y la tercera parte describe las diferentes formas en que los hombres son alcanzados por la acción de Dios.

Respecto al tiempo, en la primera y segunda partes no se indica, o sea que lo proclamado vale ya para el presente y las actitudes pertenecen al presente. En la tercera parte, por el contrario, sí se le da preferencia al futuro, extendiéndolo al futuro escatológico (cf 5,12: “porque grande es vuestra recompensa en los cielos”).

En cuanto a la concatenación lógica, la primera parte describe la consecuencia (el resultado), la segunda señala la condición y la tercera, la causa (introducida siempre con ὅτι, porque).

La causa de la felicidad perfecta no son las actitudes y situaciones humanas, sino el futuro ser alcanzados por la acción escatológica de Dios. Pero solo aquellos hombres que realizan en sí estas actitudes están preparados y pueden ser alcanzados por la acción de Dios que les hace completamente felices (Stock, 1991, p. 9).

Esta serie de bienaventuranzas permite ver una fractura o discontinuidad con las bienaventuranzas anteriores al sermón que nos ocupa, especialmente por la estructura tripartita y el contenido, pues aquí:

1. Felicitación inicial: Bienaventurado (μακάριος) siempre encabeza la frase.
2. La designación de los que sufren: solo el artículo definido, más un adjetivo o participio.

La razón escatológica para la felicidad: la oración causal con ὅτι introduce la promesa de salvación futura por parte de Dios, descrita en las bienaventuranzas segunda y tercera mediante una frase pasiva con el verbo en futuro de indicativo, que constituye una pasiva divina o pasivo teológico (i. e., Dios es el agente no mencionado) (Meier, 2008, p. 400).

Nos dice Meier que poco se advierte la rareza de esta precisa forma de bienaventuranza del Nuevo Testamento.

En ningún otro lugar de todo el NT se encuentra 1) una cadena de al menos tres bienaventuranzas, 2) todas expresadas con una concisión notable, que 3) presenten la forma específica de *a*) un μακάριος inicial, *b*) un grupo sufriente designado simplemente con el artículo definido, seguido de adjetivo o participio, y *c*) la razón para su felicidad, expresada mediante una oración causal con οτι que promete el cambio radical de su presente situación de sufrimiento por medio de algún don o acto escatológico de Dios (2008, p. 400).

2.1.2. En el evangelio de Lucas

Por lo que toca al sermón del llano o de la llanura que encontramos en Lucas (6,20-49), aunque la teología le ha prestado más atención (cf Bovon, 1995, p. 410) al sermón de la montaña de Mateo, para el de Lucas también es abundante la bibliografía que reportan los comentaristas¹⁵.

Muchos estudios y autores han tratado de descubrir y definir las relaciones (Bovon, 1995, p. 415).¹⁶ literarias entre los sermones de la montaña y del llano. Las soluciones van desde un único origen hasta dos discursos distintos. Se pueden destacar tres posiciones: “1. Mateo y Lucas tienen delante la misma fuente, que completan y adaptan; 2. Los dos disponen de fuentes distintas; 3. Uno de los dos, seguramente Lucas, conoce al otro, es decir, a Mateo” (Bovon, 1995, 415). Pero no podemos olvidar también el papel de la tradición oral en la transmisión del material evangélico y la libertad de cada evangelista para redactar con la intencionalidad teológica propia al momento de configurar su evangelio.

De todas maneras, aunque muchos estudiosos le apuestan a que Lucas nos ha dejado la versión del discurso más cercana a la fuente, por sus pocas modificaciones con respecto a las realizadas por Mateo, “Jeremías piensa que algunas de las diferencias observables entre los textos transmitidos por Mateo y Lucas son atribuibles a la diversa traducción de un mismo texto arameo que les serviría de fuente, y que habría sido elaborado en los primeros decenios después de la muerte de Jesús” (Cf. Jeremías, 1981, p. 246-247). (Brändle, 1983, 206-207). Lo cierto

15 F. Bovon inicia su obra sobre el Evangelio según san Lucas con una abundante bibliografía. Reporta tanto comentarios como bibliografía general sobre este evangelio (1995, p. 14-26); más adelante registra una importante bibliografía sobre el tema específico del sermón de la llano (p. 409-410). También es importante consultar la bibliografía que sobre la teología lucana nos deja Emilio Rasco en *La teología de Lucas: origen, desarrollo, orientaciones* (1976).

16 Cf. R. Kieffer enumera quince soluciones teóricas para el problema de la relación entre estos dos sermones.

es que “gran parte del material que sólo se encuentra en el discurso de Mateo lo reporta también Lucas, pero en el contexto del “viaje a Jerusalén” (Lc 9,51-19,46)” (Dillmann y Mora Paz, 2006, p. 166). Es decir, que también Lucas adapta (Cf. Dillmann y Mora Paz, 2006, 166) y organiza el material de este discurso según su intencionalidad teológica y su propio plan literario, sin descartar que dependa de una diferente recensión de la fuente “Q”.

El plan¹⁷ del evangelio de Lucas, después de su prólogo (1,1-4) y del conocido Evangelio de la infancia (1,5-2,52), podemos simplificarlo en tres períodos: Ministerio en Galilea (3,14-9,50); actividad, enseñanza y curaciones en el camino hacia Jerusalén (9,51-19,27); actividad y desenlace de su vida en Jerusalén (19,28-24,53).

Así, el sermón del llano se sitúa en la primera actividad de Jesús, quien recorriendo Galilea cura (4,14-6,19) y enseña (6,20-49). Aquí el contexto es Jesús que desciende de la montaña y sale al encuentro de un grupo de discípulos, sobre todo de pobres y menesterosos. Su enseñanza se dirige a todos¹⁸, al pueblo entero, incluyendo a los simpatizantes, y no solo a la Iglesia (los discípulos) y a sus ministros (los Doce). Es el universalismo de la oferta de salvación que hace Jesús.

En este discurso “la presencia de una introducción (6,20) y de una conclusión (7,1) demuestra que Lucas considera este pasaje (6,20-49) como un discurso seguido, con dos pausas: una marcada por el mismo Jesús v. 27, y la otra por una observación redaccional en el v. 39. Las bienaventuranzas y las maldiciones (v. 20-26) forman la primera parte de esta enseñanza; una serie de imperativos, la segunda (v. 27-38); y un encadenamiento de parábolas y de metáforas, la tercera (v. 39-49)” (Bovon, 1995, p. 411). Del mismo Bovon asumo y presento la siguiente estructura del sermón del llano, la cual relaciono con el fin de contextualizar la lista de bienaventuranzas; en esta estructura puede notarse que las series de bienaventuranzas y maldiciones abren la puerta a este corto sermón lucano:

1. El marco del discurso (6,17-19)
 - I. *Las bienaventuranzas y las maldiciones* (6,20-26)
2. Las bienaventuranzas (6,20-23)
3. Las maldiciones (6,24-26)
 - II. *El amor a los enemigos* (6,27-38)

17 No hay un acuerdo definitivo sobre la estructura del evangelio de Lucas. Dillmann y Mora Paz (2006, p. 15) piensan que “la presentación lucana de la obra de Jesús puede estar siguiendo la forma literaria “cantares de alabanza” (Loblieder)”, con los que se anunciaban las buenas obras de los dioses o grandes personajes.

18 Cf. Bovon, 1995, p. 411.

4. Amar a los enemigos (cuatro imperativos en segunda persona del plural) (6,27-28)
5. No devolver mal por mal (cuatro imperativos en segunda persona del singular) (6,29-30)
6. La regla de oro (6,31)
7. Argumentación mediante tres ejemplos (6,32-34)
8. Amar a los enemigos (tres imperativos en segunda persona del plural) (6,35a)
9. Doble promesa de su fundamento (6,35b)
10. Fórmula de reciprocidad (6,36)
11. No juzgar; dar (cuatro imperativos en segunda persona del plural) (6,37-38a)
12. La buena medida de la recompensa (6,38b)
13. La medida como exigencia (6,38c)
- III. *Los discursos parabólicos* (6,39-49)
14. El guía ciego (6,39)
15. El discípulo y su maestro (6,40)
16. La mota y la viga (6,41-42)
17. El árbol (6,43-44)
18. El hombre (6,45)
19. Señor, Señor (6,46)
20. Las dos casas (6,47-49)
21. Conclusión y transición (7,1)

Aunque nos interesa principalmente la lista de bienaventuranzas, debemos registrar que Lucas añade a esta una serie de maldiciones o ayes (6,24-26), desconocida en la versión de Mateo. Pero Lucas no es el único que une a la lista de bienaventuranzas una lista de maldiciones, pues un ejemplo de este procedimiento lo encontramos en Tobías 13,12. En el NT encontramos 37 maldiciones, de las cuales 15 pertenecen a Lucas.

Los “Ayes” traducen un vocablo hebreo que equivale a un lamento funerario y cuyo uso más generalizado se encuentra en los oráculos de la literatura profética. Tras el grito se suele detallar una relación de personas y actividades, presuntamente enemigas o malvadas, contra las que se dirige la palabra (Gómez Acebo, 2008, p. 175).

2.2. Las dos listas de bienaventuranzas (Mateo y Lucas)

Las bienaventuranzas aparecen en dos formas distintas en los sermones de Mateo y de Lucas. La tradición más antigua sería en sentido general la de Mateo,



según Meier (2008, p. 380-390). Sin adentrarnos en la interesante discusión de los críticos para definir cuál de los dos evangelistas refleja la forma más original de Q, se puede afirmar con Meier, Schlosser, Fitzmyer, Davies y Allison, que Lucas tiene más probabilidades de ser redaccional que Mateo.

En un cuadro que presentamos a continuación se pueden comparar las dos formas que presenta la lista de las bienaventuranzas en ambos evangelios. Según esta comparación, se puede notar cómo en el evangelio de Mateo nos encontramos nueve bienaventuranzas (ocho breves, una larga), mientras que en el de Lucas nos encontramos cuatro (tres breves y una larga), a las que le siguen los llamados “ayes” respectivos (Meier, 2008, 453-454)¹⁹.

Según la teoría de las dos fuentes y siguiendo el orden de Mateo, se puede decir que las bienaventuranzas números 1 (pobres), 2 (afligidos), 4 (hambre) y 9 (la larga sobre persecución) proceden de Q, en tanto que las números 3 (mansos), 5 (misericordiosos), 6 (limpios de corazón), 7 (pacificadores) y 8 (la corta sobre persecución) proceden de la fuente especial de Mateo (M), de la redacción creativa mateana o de una mezcla de ambas (Meier, 2008, 387).

Versión de Mateo (5,3-12)	Versión de Lucas (6,20-23)
1. Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos (v. 3).	1. Bienaventurados ustedes los pobres, porque suyo es el reino de Dios (v. 20).
2. Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados (v. 4).	3. Bienaventurados los que ahora lloran, porque reirán (v. 21b).
3. Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra (5).	
4. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados (6).	2. Bienaventurados los que ahora tienen hambre, porque serán saciados (v. 21a).
5. Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia (v. 7).	

¹⁹ Meier sigue a Dupont y a la mayoría de los críticos al afirmar que los “ayes” del texto lucano no figuraban originalmente en la tradición de las bienaventuranzas procedentes del sermón de Q. Toma los argumentos de Dupont (*Les béatitudes* I, 299-342). Broer (*Die Seligpreisungen*, 19-38) es de la opinión de que Lucas no creó los “ayes”, sino que los tomó de una “forma más evolucionada de la tradición del sermón, donde estaban ya presentes junto con las bienaventuranzas”. En otro sentido está Fitzmyer (*Luke* I, 627) quien cree, en cambio, que «la abundancia de vocabulario propio de Lucas en esos versículos indica que [los “ayes”] deben ser atribuidos a la composición lucana».

6. Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios (v. 8).	
7. Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios (v. 9).	
8. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos (v. 10).	
<p>9. Bienaventurados serán cuando les insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de mí (v.10).</p> <p>Regocíjense y alégrese, porque su recompensa en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes (vv. 11-12)</p>	<p>4. Bienaventurados ustedes cuando los hombres les aborrezcan, cuando les excluyan, insulten y maldigan su nombre, por causa del Hijo del Hombre.</p> <p>Alégrese en ese día y salten de gozo, porque miren, su recompensa es grande en el cielo, pues sus padres trataban de la misma manera a los profetas (vv. 22-23).</p>

Las cuatro bienaventuranzas procedentes de Q se podrían esquematizar en el siguiente modelo (Meier, 2008, p. 390-391):

- | | |
|----------------------------------|---|
| 1. Dichosos los pobres, | porque de ellos es el reino de los cielos. |
| 2. Dichosos los afligidos, | porque serán consolados. |
| 3. Dichosos los que hambrientos, | porque serán saciados. |
| 4. Dichosos ustedes cuando les | injurien y [les] persigan y digan
contra ustedes toda clase de
calumnias por causa del Hijo del
hombre. Regocíjense y alégrese,
porque su recompensa es grande en el cielo. |

Con gran probabilidad, las tres primeras bienaventuranzas fueron pronunciadas y transmitidas juntas desde el principio, en tanto que la cuarta se diferencia de las anteriores, además de su forma, por la extensión y contenido, lo que sugiere “que no perteneció originalmente a la colección de las tres primeras” (Meier, 2008, p. 391). Aquí se declara felices a quienes voluntariamente sufren persecución por su libre adhesión a Jesús y a su evangelio.



Así, entonces, la forma más primitiva de las bienaventuranzas de Q llegadas hasta nosotros sería:

Felicitación de estado

1. Dichosos los pobres,
μακάριοι οἱ πτωχοὶ

2. Dichosos los afligidos,
μακάριοι οἱ πειθοῦντες

Dichosos los hambrientos,
μακάριοι οἱ πεινῶντες

Cambio de estado

porque de ellos es el reino de los cielos.

ὅτι αὐτῶν ἐστὶν ἡ βασιλεία τῶν οὐρανῶν

porque serán consolados

ὅτι αὐτοὶ παρακληθήσονται

porque serán saciados

ὅτι αὐτοὶ χορτασθήσονται

En cuanto a la autenticidad de esta serie, con gran probabilidad podemos afirmar que Jesús, como maestro de sabiduría y profeta escatológico, hizo uso de bienaventuranzas en su predicación. Ahora, “la cuestión no es, por tanto, si Jesús pronunció bienaventuranzas, sino si alguna en concreto de las recogidas en los Evangelios puede ser atribuida con bastante certeza al Jesús histórico” (Meier, 2008, 395).

El problema de la atribución es especialmente difícil en el caso de las bienaventuranzas. Éstas, por su pertenencia a la tradición sapiencial —la más “ecuménica” e “internacional” de las tradiciones bíblicas—, fueron utilizadas dentro y fuera de Israel durante siglos, antes y después de Jesús. ¿Cómo averiguar, entonces, si una determinada bienaventuranza salió realmente de labios de Jesús o si simplemente le fue atribuida después por los cristianos? Afortunadamente, la probabilidad de una introducción de material foráneo en la tradición de Jesús disminuye un tanto en el caso de las bienaventuranzas pertenecientes al sermón de la montaña/llanura, puesto que reflejan no tradiciones sapienciales de tipo general, tan abundantes en el Próximo Oriente antiguo, sino unas determinadas esperanzas escatológicas/apocalípticas en consonancia con el mensaje escatológico de Jesús que ya hemos visto. Subsiste, no obstante, la posibilidad de que esas bienaventuranzas hubiesen sido pronunciadas por profetas judeocristianos primitivos en nombre de Jesús resucitado y luego fueran puestas en labios del Jesús terreno. Ahora bien, ¿hasta qué punto es verosímil la transferencia de la autoría en el caso de las bienaventuranzas —sobre todo las tres medulares— del sermón de la montaña/llanura? (...) De hecho, la posibilidad de una transferencia a Jesús efectuada por cristianos es más débil de lo que a primera vista podría parecer. Los autores neotestamentarios, salvo en los Evangelios y —significativamente— el Apocalipsis, utilizan raramente las bienaventuranzas (Meier, 2008, p. 396).

De modo que no debemos dudar de que las bienaventuranzas del sermón son dichos auténticos²⁰ de Jesús, aunque para muchos son más el producto del cristianismo primitivo. Pero son fuertes los criterios de discontinuidad (Meier, 2008, p. 400) para atribuir estas bienaventuranzas al mismo Jesús y no a los primeros cristianos. A este propósito también nos sirve de apoyo el criterio de coherencia (Meier, 2008, p. 401), ya que las bienaventuranzas medulares del sermón de Q concuerdan perfectamente con otros dichos sobre el reino de Dios, e inclusive aunque más débilmente, el criterio de testimonio múltiple.

2.3. Lo que nos enseñan las bienaventuranzas del Monte y del Llano

Llegados a este punto, nos resta anotar algo sobre el mensaje de estos pasajes “macáricos”. Las tres bienaventuranzas medulares del sermón de Q muestran que:

En el centro del mensaje de Jesús está la promesa de la venida definitiva de Dios como rey, quien pondrá fin al presente estado de cosas revelándose con todo su poder y gloria. En el reino que establezca invertirá la suerte de los que sufren injustamente en este mundo: los afligidos serán consolados; los hambrientos, saciados en el banquete escatológico... En suma, la idea de que la escatología futura (con alguna coloración apocalíptica) es una parte esencial de la predicación de Jesús encuentra apoyo en las bienaventuranzas medulares del sermón de Q, que son coherentes con ella (Meier, 2008, p. 405).

Las bienaventuranzas que se refieren a los mansos, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacificadores y los perseguidos por causa de la justicia, muchas veces son vistas como de segundo orden al suponerse que no proceden directamente de Jesús, sino de la redacción mateana o de una tradición de la primera época cristiana. Pero no hay elementos fuertes que pidan desechar esas bienaventuranzas, pues no hay una clara certeza de que sean tan “sólo creaciones redaccionales de un Mateo supuestamente moralista”. En todo caso “no hay razones sólidas para atribuir a labor redaccional las bienaventuranzas mateanas señaladas y sí algunos indicios para adscribirlas hipotéticamente a la tradición especial” de la fuente de Mateo” (Meier, 2008, p. 407).

Ahora bien, es interesante lo que hace notar Meier: que si las bienaventuranzas de la fuente especial de Mateo (M) proceden realmente de una tradición premateana, estaríamos ante un interesante paralelo entre las bienaventuranzas de Q y las de M; ambas tenían una referencia a los *‘anawim* (los “pobres” o “humildes”), enumeraban

²⁰ Cf. BORING (M. Eugene), *The Continuing Voice of Jesus*, 195 (citado por Meier), presenta detalladamente la aplicación de los criterios de autenticidad a las bienaventuranzas.



varias bienaventuranzas más y finalizaban con una sobre persecución. Así que es posible pensar en que las series Q y M fueran dos ejemplos subsistentes de varias listas de bienaventuranzas atribuidas a Jesús y que eran conocidas y circulaban en la Iglesia primitiva (Meier, 2008, p. 407).

Lo anterior nos confirma que Jesús se sirvió de bienaventuranzas y usó series de ellas, como Ben Sirá y Qumrán. Además, es claro que Jesús habló de una recompensa de Dios y que exhortó con la promesa de un premio, incluso en la tradición lucana. Por tanto, no es anómala la invitación de Mateo a la acción virtuosa con la promesa de una recompensa final.

No obstante, debemos afirmar que:

Ninguna de las anteriores consideraciones, ni todas ellas juntas, prueban que el Jesús histórico pronunciase la totalidad o cierto número de las bienaventuranzas de M. Pero, si alguna es juzgada auténtica —e indudablemente se puede elaborar un argumento a partir de su coherencia con las exhortaciones básicas de Jesús a la misericordia, al amor y al perdón, así como desde el paralelo de forma y función hallado en Lc 14,14—, confirmará lo que hemos visto en las bienaventuranzas de Q: Jesús esperaba la salvación futura definitiva llevada a cabo por Dios. Las bienaventuranzas de M presentan esa salvación más bien como la fiel recompensa de Dios a los miembros fieles de su pueblo de la alianza, pero la bienaventuranza final sobre persecución mantiene, al menos de manera implícita, el tono de resarcimiento final de los injustamente oprimidos y, por tanto, de cambio de tornas escatológico (Meier, 2008, p. 409).

Al margen de estas consideraciones, que nos abren la vía de acceso a profundizaciones más detalladas, lo más importante de las bienaventuranzas del Sermón del Monte es su mensaje, su enseñanza, su capacidad para hacernos caer en la cuenta de que Dios, en Jesús, nos ofrece una manera alternativa y contraria a los intereses del mundo para vivir nuestra existencia en el gozo de la gracia recibida. Por eso las bienaventuranzas son un alegre anuncio, son una nueva y buena noticia que debe ser escuchada y acogida por quienes deseen ser verdaderos discípulos del Maestro.

Efectivamente, las bienaventuranzas son la Buena Noticia porque anuncian la alegría más grande y real, pues está fundada en la acción de Dios; anuncian la plenitud y totalidad de la alegría, totalidad simbolizada en el número ocho, que indica la plenitud celeste; Jesús ha venido para anunciar la plenitud de la alegría y para señalarnos el camino para lograrlo. Esta plenitud de la alegría no se consigue de

manera fácil o de forma automática; es necesario asumir los valores del Reino que las bienaventuranzas proclaman, por eso en cada una Jesús indica las condiciones, enseña el camino, la preparación necesaria por parte del hombre, y muestra el actuar de Dios, que, en definitiva, es la causa de esta alegría (Meier, 2008, p. 24-25).

En un interesante curso sobre las bienaventuranzas del Sermón del Monte, Klemens Stock (1991, p. 131-134) hacía estas preguntas: ¿Qué elemento se encuentra en primer plano y es el principal, el segundo o el tercero de su estructura tripartita, las condiciones o la promesa? ¿Son un programa para la necesaria y más alta actividad humana, un catálogo de normas o la buena noticia de lo que Dios realiza en favor de los hombres? ¿Son Ley o Evangelio? A lo que respondía que las bienaventuranzas no están formuladas como puras normas, como “Sean pobres en el espíritu, tengan hambre y sed de justicia...”, ni están formuladas como puras promesas, sino que se presentan en una estructura tripartita en la que todas las partes son esenciales, pero que nos permite indagar cuál es la principal.

De modo que es necesario tener siempre presente que las bienaventuranzas son evangelio, buena noticia, para los hombres de parte de Dios, y muestran que “se ha acercado el reino de los cielos” (4,18), evidencian lo que Dios está dispuesto a hacer por los hombres desde ahora, y qué futuro será posible si acceden a la puerta que se ha abierto.

Estamos ante algo paradójico: el mal llega a ser promesa si lo logramos ver desde el prisma de Dios:

Las bienaventuranzas son una paradoja: se invierten los criterios del mundo apenas se ven las cosas en la perspectiva correcta, esto es, desde la escala de valores de Dios, que es distinta de la del mundo. Precisamente los que según los criterios del mundo son considerados pobres y perdidos son los realmente felices, los bendecidos, y pueden alegrarse y regocijarse, no obstante todos sus sufrimientos. Las Bienaventuranzas son promesas en las que resplandece la nueva imagen del mundo y del hombre que Jesús inaugura, y en las que «se invierten los valores». Son promesas escatológicas, pero no debe entenderse como si el júbilo que anuncian deba trasladarse a un futuro infinitamente lejano o sólo al más allá. Cuando el hombre empieza a mirar y a vivir a través de Dios, cuando camina con Jesús, entonces vive con nuevos criterios y, por tanto, ya ahora algo del *éschaton*, de lo que está por venir, está presente. Con Jesús, entra alegría en la tribulación (Benedicto XVI, 2007, p. 99).

Las bienaventuranzas no nos sitúan, en primer lugar, frente a un programa

social o a un programa de lo que el hombre debe hacer para realizar su felicidad y su futuro; por supuesto que incluyen esto, y las transformaciones serán posibles en la medida en que la actividad humana y la responsabilidad comunitaria surjan como fruto de la fe y de la acogida de la propuesta de Jesús, propuesta que será posible llevar a cabo porque al inicio de todo buen obrar está la gracia de Dios que lo quiere, lo permite y lo posibilita. Por eso, las bienaventuranzas se deben comprender y leer partiendo de sus partes finales, que mediante su función sintáctica -que transmite la real- expresan la base de todo lo que precede. Tales partes finales abren la mirada a la plenitud de las acciones salvíficas de Dios, revelan un futuro y un cumplimiento que el hombre, por sí mismo, no puede imaginar y, aún menos, esperar. Constituyen una verdadera buena noticia, la proclamación de una alegría impensable. Explicitando y leyendo en continuidad estas terceras partes, recibimos este mensaje: Dios, omnipotente rey y pastor, está totalmente de su parte; Dios les consolará, cambiará definitivamente su destino doloroso por una existencia de alegría; Su Padre Dios, con disposición testamentaria, ha destinado para ustedes la tierra, el espacio de una vida tranquila y segura; Dios les saciará, les asegurará la plenitud de la vida; Dios tendrá misericordia de ustedes, les perdonará todas sus culpas; Dios saldrá de su estado velado y escondido y se les presentará en un encuentro personal e inmediato; Dios les reconocerá como sus verdaderos hijos, les hará entrar en su familia; Dios, el omnipotente rey y pastor está totalmente de su parte (Stock, 1991, p. 132-133).

Pero también es importante tener en cuenta las respectivas segundas partes de las bienaventuranzas, pues ellas nos hacen caer en cuenta de la necesidad de la cooperación humana para que se logre el objetivo buscado por el obrar divino y alcance su eficacia. Estas segundas partes indican las normas de un actuar humano, por medio del que el hombre se dispone a acoger, a recibir la acción de Dios. Sin embargo, tampoco el obrar humano, puede ser eficaz si es independiente del actuar de Dios; sigue siendo el anuncio de la acción divina el elemento más fundamental.

Recordemos que en la concatenación lógica de la estructura tripartita se hace patente que la tercera parte indica la causa (ὅτι) de la primera: son proclamados bienaventurados porque Dios actuará de tal manera, de modo que las terceras partes nos indican la causa de la felicidad. Pero parece que también tengan tal función para las segundas partes, es decir, el ὅτι puede referirse a ambas partes que lo preceden. Esto significa que la acción de Dios constituye la base y la condición posibilitadora de una tal acción humana; los hombres que aceptan con fe el mensaje sobre Dios y sobre sus acciones llegan a ser capaces de actuar en el modo indicado: Pueden ser conscientes de su pobreza, no deben negarla, porque Dios omnipotente está de su parte; pueden dejarse alcanzar por los sufrimientos, no deben endurecerse, porque Dios les consolará; pueden ser mansos, no deben afirmar su vida en la violencia, porque Dios ya ha destinado para ustedes el espacio de vida; pueden orientar toda su

hambre y su sed hacia la justicia, no deben preocuparse con afán de las necesidades terrestres, porque Dios les asegura la plenitud de vida; pueden perdonar a sus deudores y tener toda especie de misericordia, no deben estar cerrados, concentrados angustiosamente en su propio interés, porque Dios es generoso con ellos; pueden ser puros de corazón, determinados sólo por la voluntad de Dios, no deben tener otros intereses, porque Dios les hará el don de tener un encuentro inmediato con Él; pueden empeñarse por la paz, no deben devolver las ofensas y los sufrimientos recibidos, porque Dios les hace formar parte de su familia; pueden soportar el rechazo hasta la muerte, no deben ceder a las presiones de los hombres para salvarse, porque Dios omnipotente está de su parte (Stock, 1991, p. 133-134).

Así que, el factor ‘evangelio’ está representado tanto en la primera parte (felices) como en la tercera (acción de Dios): esta última ocupa un puesto y una función basilar: la acción de Dios funda tanto la bienaventuranza como la acción humana. Las tres partes son esenciales e imprescindibles, pero el fundamento de todo está en la acción de Dios, por eso, el mensaje que la proclama es siempre ‘evangelio’.

Como hemos visto, en Lucas (6,20-23) tenemos el paralelo de las bienaventuranzas del Sermón del Monte, aunque aquí la serie se limita a cuatro “macarismos”, seguidos, eso sí, de los cuatro “¡ayes!”, correspondientes a esas bienaventuranzas (6,24-26).

Estamos en un nivel distinto: ahora se dirigen directamente a los discípulos en segunda persona (“ustedes”), describiéndolos como personas que son objeto de pobreza, de sufrimiento, de toda clase de malos tratos en contraposición con quienes viven una existencia sin problemas:

Evidentemente, en este caso no se trata ya de disposiciones espirituales, sino de condiciones exteriores, económicas y sociales, sumamente penosas. Las tres primeras bienaventuranzas, en particular, no indican tres categorías distintas, sino un mismo y único grupo, en el que los pobres son al mismo tiempo aquellos que sufren el hambre y cuya aflicción provoca lágrimas. La misma situación miserable es considerada simplemente desde tres puntos de vista diferentes (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 269).

Las series de Mateo y las de Lucas tienen diversos acentos, que pueden acercarse o distanciarse, según la orientación que se tome. No obstante, “parece probable que en su tenor original estas bienaventuranzas querían referirse al oráculo profético de Is 61,1-3” (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 270), el cual cumplen: “El Señor me ha mandado a llevar la buena nueva a los pobres”.

Efectivamente, cuando Jesús responde a los enviados por Juan Bautista, describe su actividad refiriéndose a este oráculo: “a los pobres es anunciada la buena noticia” (Mt 11,5). Aquí hay una nota característica de su ministerio, que encontramos especialmente en la primera bienaventuranza de ambas series: “Bienaventurados los pobres (en el espíritu), porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3; Lc 6,20).

Para Lucas fue clara la importancia de este oráculo, el cual cita en su evangelio:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19), aunque deja por fuera una parte de la frase que interesa a las bienaventuranzas: “A consolar a todos los afligidos” (Is 61,2). De modo que tenemos que aceptar que los *pobres* y los *afligidos* son los destinatarios privilegiados del anuncio del evangelio.

Así que, desde el punto de vista cristológico, las bienaventuranzas asumen la importancia de una proclamación mesiánica; con la primera bienaventuranza Jesús actualiza la promesa de Is 61,1, presentándose a sí mismo como el mensajero divino en el que se cumple la profecía y se identifica con el personaje del que hablaba el profeta (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 271).

Pero las bienaventuranzas no agotan su sentido en la enseñanza cristológica; ellas tienen su punto de referencia en Dios, por eso hay que leerles su significado “teológico”. Dios se manifestará plenamente como rey cuando, tomando en serio sus prerrogativas reales, ponga fin al sufrimiento de los pequeños, los pobres e indefensos, haciendo de ellos los primeros y principales beneficiarios de su reino; “esto es lo que tiene que recordar la promesa: ‘De ellos es el reino de Dios’. No se trata de algo que poseer, sino de alguien que se hará cargo de ellos eficazmente” (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 271). Es Dios reinando, actuando en el actuar de cada creyente, como llega a ser realidad la promesa mesiánica y “macárica”. Por eso debemos afirmar que las bienaventuranzas son expresiones concretas de la buena nueva, de que Dios ya está con nosotros, de que su reino está presente:

Este mensaje fundamental (kérygma), que revela el significado teo-lógico y cristo-lógico del momento presente de la historia de la salvación, es también el presupuesto a partir del cual se pueden comprender las relecturas catequéticas que tienen su testimonio en las versiones de Mateo y de Lucas (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 271).

Aunque podamos, y debamos, hacer aplicaciones pastorales y catequesis que ayuden al pueblo a comprender y a vivir las consecuencias para la vida diaria de las bienaventuranzas, no podemos perder de vista la importancia del mensaje doctrinal que ellas expresan.

2.4. Otros textos de bienaventuranzas en el Nuevo Testamento

Lo dicho hasta aquí se refiere a las clásicas fórmulas de bienaventuranza que encontramos en los sermones del monte y del llano de Mateo y de Lucas. Pero, aunque el objeto de este trabajo es centrar la atención en las otras bienaventuranzas que encontramos en el género literario evangélico del Nuevo Testamento y en particular en los evangelios de Mateo, Lucas y Juan, es útil hacer mención además, antes de terminar este capítulo, a las bienaventuranzas que nos encontramos en general en el Nuevo Testamento²¹. Son 55 ocasiones en 42 versículos²²; relativamente pocos, pero suficientes para que hacerse una idea de hacia dónde se orientan las bienaventuranzas que no pertenecen al conocido sermón del monte (Mt 5,3-12) y a su paralelo en el sermón del llano (Lc 6,20-23).

Estos 42 versículos del Nuevo Testamento contienen en cincuenta (50) ocasiones el adjetivo *makarios* (Dupont, citado en Rossano, Ravasi & Girlanda, 1990, p. 267). En seis casos no se trata de bienaventuranzas estrictamente hablando (Hch 20,35²³; Hch 26,2²⁴; 1Co 7,40²⁵; 1Tm 1,11²⁶; 1Tm 6,15²⁷; Tt 2,13²⁸). Los otros 44 casos pertenecen al género en un sentido menos estricto, especialmente en razón de su estructura bipartita. Estos casos los encontramos distribuidos así:

- Evangelio de Mateo: 13 veces (5,3-11 (9x); 11,6; 13,16; 16,17; 24,46).
- Evangelio de Lucas: 15 veces (1,45; 6,20-22 (4x); 7,23; 10,23; 11,27.28; 12,38.37.43; 14,14.15; 23,29).
- Corpus joane. Evangelio: 2 veces (13,17 y 20,29); Apocalipsis: 7 veces (1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6 y 22,7).
- En el resto del Nuevo Testamento: Romanos 3x (4,7.8; 14,22); Santiago 2x (1,12.25); 1Pedro 2x (1P 3,14; 4,14).

21 *Μακάριοι* (bienaventurados) 26x, *μακάριος* (bienaventurado) 16x, *μακαρία* (bienaventurada) 2x, *μακάριον* (bienaventurado) 2x, *μακαρισμός* (bienaventuranza, bendición) 2x, *μακάριαι* (bienaventuradas) 1x, *μακαρίαν* (bienaventurada) 1x, *μακαρίζομεν* (considerar o proclamar bienaventurado) 1x, *μακαρίου* (bienaventurado, glorioso) 1x, *μακαριοῦ σὶν* (considerar bienaventurado) 1x, *μακαρισμὸν* (bienaventuranza) 1x, *μακαριωτέρα* (más feliz) 1x (Cf. Bible Works 7).
22 Mt 5,3; Mt 5,4; Mt 5,5; Mt 5,6; Mt 5,7; Mt 5,8; Mt 5,9; Mt 5,10; Mt 5,11; Mt 11,6; Mt 13,16; Mt 16,17; Mt 24,46; Lc 6,20; Lc 6,21; Lc 6,22; Lc 7,23; Lc 10,23; Lc 11,28; Lc 12,37; Lc 12,38; Lc 12,43; Lc 14,14; Lc 14,15; Lc 23,29; Jn 13,17; Jn 20,29; Hch 20,35; Hch 26,2; Rm 4,7; Rm 4,8; Rm 14,22; 1Ti 6,15; St 1,25; 1Pe 3,14; 1Pe 4,14; Apo 1,3; Apo 14,13; Apo 16,15; Apo 19,9; Apo 20,6; Apo 22,7.

23 “Y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Más *bienaventurado* (*μακάριον*) es dar que recibir.”

24 Pablo se considera *afortunado* (*μακάριον*) de poder defenderse ante el rey Agripa.

25 Pablo afirma que la viuda si no vuelve a casarse será *más feliz* (*μακαριωτέρα*).

26 “Según el glorioso evangelio del Dios bendito (*τοῦ μακαρίου θεοῦ*)...”

27 La manifestación del “bienaventurado y único Soberano” (*ὁ μακάριος καὶ μόνος δυνάστης*)...

28 “Aguardando la esperanza bienaventurada” (*τὴν μακαρίαν ἐλπίδα*).

- También debe relacionarse en este elenco dos usos de makarízō, “proclamar dichoso” (Lc 1,48; St 5,11) y tres de otros “macarismos” (Rm 4,6; Rm 4,9; Jds 4,15).

Enumeramos en particular los que pertenecen a los géneros literarios del Nuevo Testamento diferentes a los evangelios, sin hacer ningún comentario de los mismos a diferencia de lo que se va a presentar en el próximo capítulo sobre los otros textos (las otras bienaventuranzas de los evangelios de Mateo, Lucas y Juan).

1. *Hech 20,35*. Pablo afirma: “En todo les mostré que así, trabajando, deben ayudar a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Más *bienaventurado* es dar que recibir» (μακάριόν ἐστὶν μᾶλλον διδόναι ἢ λαμβάνειν)”.
2. *Hech 26,2*. Igualmente Pablo utiliza ante el rey Agripa el lenguaje de los “macarismos”: “Con respecto a todo aquello de que los judíos me acusan, me considero *afortunado* (ἡγημαὶ ἐμαυτὸν μακάριον), *oh* rey Agripa, de poder presentar hoy mi defensa delante de ti”.
3. *Rm 4,6-9*. Pablo se refiere a David hablando de la bendición (μακαρισμὸν) del hombre justificado no por las obras. Dentro de ese texto van insertos dos “macarismos”: “*Bienaventurados* aquéllos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Μακάριοι ὧν ἀφέθησαν αἱ ἀνομίαι καὶ ὧν ἐπεκαλύφθησαν αἱ ἁμαρτίαι). *Bienaventurado* el hombre cuyo pecado el señor no tomará en cuenta (μακάριος ἀνερ οὐ οὐ μὴ λογίσηται κύριος ἁμαρτίαν).
4. *Rm 14,22*. De nuevo tenemos a Pablo: “La fe que tú tienes, tenla conforme a tu propia convicción delante de Dios. *Dichoso* (Μακάριος ἀνὴρ) el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba”.
5. *1Cor 7,39-40*. Pablo hablando de la mujer viuda dice que ella es más dichosa si no se vuelve a casar: “La mujer está ligada mientras el marido vive; pero si el marido muere, está en libertad de casarse con quien desee, solo que en el Señor. Pero en mi opinión, será *más feliz* si se queda como está (μακαριωτέρα δὲ ἐστὶν ἐὰν οὕτως μένη)”.
6. *St 1,12*. “*Bienaventurado* el hombre que persevera bajo la prueba (Μακάριος ἀνὴρ ὃς ὑπομένει πειρασμὸν), porque una vez que ha sido aprobado, recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que le aman”.

7. *St 1,22-25*. En relación con la práctica de la Palabra de Dios y el cumplimiento de los mandamientos, Santiago afirma: “Sean hacedores de la palabra y no solamente oidores que se engañan a sí mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor, es semejante a un hombre que mira su rostro natural en un espejo; pues después de mirarse a sí mismo e irse, inmediatamente se olvida de qué clase de persona es. Pero el que mira atentamente a la ley perfecta, la ley de la libertad, y permanece en ella, no habiéndose vuelto un oidor olvidadizo sino un hacedor eficaz, éste será *bienaventurado* (μακάριος) en lo que hace”.
8. *St 5,11*. Santiago presenta como bienaventurados a quienes sufrieron (μακαρίζομεν τοὺς ὑπομείναντας).
9. *1Ped 3,14*. Pedro dice que es una bienaventuranza sufrir por la justicia: “Pero aun si ustedes sufren por causa de la justicia, *dichosos son* (μακάριοι)”.
10. *1Ped 4,14*. El sufrimiento y la persecución por el nombre de Cristo es causa de bienaventuranza para el discípulo de Jesús: “Si son vituperados por el nombre de Cristo, dichosos son (μακάριοι), pues el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre ustedes. Ciertamente, por ellos Él es blasfemado, pero por ustedes es glorificado”.
11. *Apoc 1,3*. Al inicio del libro del Apocalipsis encontramos estas palabras: “*Bienaventurado* (Μακάριος) el que lee y los que oyen las palabras de la profecía y guardan las cosas que están escritas en ella, porque el tiempo está cerca”.
12. *Apoc 14,13*. También la bienaventuranza es para quienes mueren en el Señor: “Y oí una voz del cielo que decía: Escribe: “*Bienaventurados* los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor (μακάριοι οἱ νεκροὶ οἱ ἐν κυρίῳ ἀποθνήσκοντες)”. Sí -- dice el Espíritu -- para que descansen de sus trabajos, porque sus obras van con ellos”.
13. *Apoc 16,15*. “He aquí, vengo como ladrón. *Bienaventurado* el que vela y guarda sus ropas (μακάριος ὁ γρηγορῶν καὶ τηρῶν τὰ ἱμάτια αὐτοῦ), no sea que ande desnudo y vean su vergüenza”.
14. *Apoc 19,9*. “Y el ángel me dijo: Escribe: “*Bienaventurados* los que están invitados a la cena de las bodas del Cordero (μακάριοι οἱ εἰς τὸ δεῖπνον τοῦ γάμου τοῦ ἀρνίου κεκλημένοι).” Y me dijo: Éstas son palabras verdaderas de Dios”.



15. *Apoc 20,6*. “*Bienaventurado* y santo es el que tiene parte en la primera resurrección (μακάριος καὶ ἅγιος ὁ ἔχων μέρος ἐν τῇ ἀναστάσει τῇ πρώτῃ); La muerte segunda no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él por mil años”.
16. *Apoc 22,7*. “He aquí, yo vengo pronto. *Bienaventurado* el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (μακάριος ὁ τηρῶν τοὺς λόγους τῆς προφητείας τοῦ βιβλίου τούτου”).
17. *Apoc 22,14*. “*Bienaventurados* los que lavan sus vestiduras (Μακάριοι οἱ πλύνοντες τὰς στολὰς αὐτῶν) para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas a la ciudad”.



CAPÍTULO III

LAS OTRAS BIENAVENTURANZAS EN MATEO, LUCAS Y JUAN



3. LAS OTRAS BIENAVENTURANZAS EN MATEO, LUCAS Y JUAN

A partir de la consideración de todos los textos a los que se ha hecho alusión en el capítulo anterior, se puede decir que la Biblia, y de manera especial el Nuevo Testamento, es en realidad una Buena Noticia, que plantea el tema de la felicidad. Más aún, podemos decir que la felicidad pertenece intrínsecamente a la revelación que nos propuso Jesús. El gozo anunciado y tan esperado ya está presente aquí, pues con la presencia de Jesús la escatología ha entrado en la historia, de forma que la felicidad del mundo futuro se hace ya realidad presente para los creyentes. Así pues, son muchos los llamados a esta felicidad, basta que sepan cómo acogerla y cumplir los requisitos que la posibilitan. Por eso son bienaventurados los ojos de los discípulos, que tienen el privilegio de ver lo que están viendo (Lc 10,23; Mt 13,16); es bienaventurado Pedro, que ha recibido del Padre la revelación del Hijo (Mt 16,17); son bienaventurados aquellos para los que Jesús no es ocasión de escándalo (Mt 11,6; Lc 7,23); son bienaventurados los que creen sin haber visto (Jn 20,29). Pero sobre todo es bienaventurada la madre del Salvador, porque ha creído (Lc 1,45; Lc 1,48); éste es también el presupuesto que da todo su significado a la doble bienaventuranza de Lc 11, 27-28 (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 267).

Queremos examinar todo este material evangélico a continuación y de manera selectiva, por las razones que vamos a mostrar. El objeto de este capítulo son las otras bienaventuranzas que encontramos en los evangelios de Mateo, de Lucas y de Juan. No se considera aquí el evangelio de San Marcos, como ya se ha dicho, porque en él no encontramos perícopas que correspondan a este género literario; lo que quizás se puede explicar por el hecho de que este evangelio en el recurso a la fuente Q, la cual proveyó los materiales de las bienaventuranzas que nos encontramos en los sermones de los evangelios de Mateo y Lucas.

3.1. EN EL EVANGELIO DE MATEO

Ya se dijo que en Mateo aparece trece (13) veces el género bienaventuranza: nueve (9) casos son los correspondientes al sermón de monte (5,3-11). Los cuatro casos restantes son los siguientes:

- “Bienaventurado es el que no se escandaliza de mí”: 11,6 (cf Lc 7,23).
- “Dichosos sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque oyen...”: 13,16 (cf. Lc 10,23).
- “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”: (16,17).
- “Dichoso aquel siervo a quien, cuando su señor venga, lo encuentre haciendo así” (velando, preparado): (24,46).



En este capítulo se pretende hacer un acercamiento teológico a estos importantes textos que también nos muestran el camino trazado por Jesús, para que sea posible alcanzarla bienaventuranza escatológica, la participación de la gloria de la salvación en la Jerusalén celestial.

Bienaventurado quien no se escandalice de mí (Mt 11,6 // Lc 7,23) Μακάριός ἐστιν ὃς ἐὰν μὴ σκανδαλισθῆ ἐν ἐμοί.

El cap. 11 de Mateo cierra la primera parte de su evangelio y entroniza la segunda parte. Este capítulo tiene material añadido de Q, dando como resultado una combinación de fragmentos sueltos (Schmid, 1981, p. 273); (Ulrich, 2001, p. 223). Los discípulos continuarán con la misión a la luz de lo que Jesús ha dicho y hecho. Este capítulo empieza precisamente con la identidad de Jesús desvelada mediante la pregunta del Bautista que invita a Jesús a pronunciarse sobre sí mismo (vv. 2-6). Acto seguido Jesús habla elogiosamente sobre Juan (vv. 7-15), se lamenta de sus contemporáneos (vv. 16-19) y de las ciudades que le rechazan (vv. 20-24). Concluye el capítulo con la bendición que Jesús dirige al Padre por haber revelado su misterio no a los sabios y entendidos, sino a los pequeños, quienes le acogen con gozo (vv. 25-27), al tiempo que invita a todos a acercarse a Él para que encuentren el descanso de Dios (vv. 28-30).

Este episodio del envío de Juan Bautista a interrogar a Jesús sobre si él es “el que ha de venir o debemos esperar a otro”, aparece con algunas modificaciones en los evangelios de Mateo y Lucas. El origen del texto lo encontramos en la fuente Q²⁹, común a ambos evangelistas. Más extenso es el texto de Lucas (7,18-23), quien interpola delante de la perícopa de los enviados la de la actividad terapéutica de Jesús (vv. 21-22), para luego enviar la respuesta. Bultmann (2000, p. 83, 169, 185) cataloga este pasaje como un apotegma y como la conciencia escatológica es una novedad en relación con el judaísmo, el “macarismo” contenido aquí no es considerado como un “macarismo” judío, sino como perteneciente con toda probabilidad a la tradición primaria de Jesús.

La pregunta que se le hace a Jesús obtiene una respuesta que debe concluir con la aceptación o rechazo de su persona. Se trata nada menos que del interrogante sobre el Mesías esperado, “el que ha de venir” (מֵהַמָּשִׁיחַ), anunciado en Malaquías

²⁹ Los vv. 20 y 21 del correspondiente texto lucano tienen otra procedencia. Cf. KLOPPENBORG, *Q, el evangelio desconocido*, p. 128.137.164; DALE C. ALLISON, JR., *The Jesustradition in Q*, p. 6, 8, 17, 32.

3,1³⁰. Si “el que ha de venir» (en arameo *ha ta'eb*, «el que vuelve», cf. Jn 4,25, y en griego *ho erjómenos*) es el Mesías (Lc 7,19; Jn 6,14)” (Mora Paz & Levoratti, 2003, p. 519). Es preciso comprender el porqué de la duda de Juan:

Él ha anunciado a un mesías “fuerte”, un juez severo que realizaría el juicio de Dios e inauguraría el día del Señor, tremendo como el fuego. La historia se detendría en la escatología, los justos se salvarían y los pecadores arderían. Jesús, en cambio, se revela como misericordia, traída inexorablemente por la miseria: es perdón para el pecador, justificación para el injusto, absolución del impío. Además tiene un estilo de pobreza absoluta, que rehúye toda toma de poder, ¡inclusive si se trata de un fin bueno! El biello que según Juan el Mesías ha de sacudir (3,17), en cambio lo sacudirá el enemigo (22,31). Él no juzga a ninguno, es compasivo y salva a todos los que se reconocen pecadores” (Fausti, 2007, p. 216).

Jesús no evade a los discípulos de Juan, pero sí le da un giro distinto a su pregunta. Ellos preguntaron por la *persona* de Jesús, y Jesús contesta señalando el *tiempo* presente de salvación que ellos pueden presenciar” (Ulrich. 2001, p. 233). No evade la pregunta, sino que “responde a la pregunta de quien la espera, y concluye con una bienaventuranza que contiene los nuevos precedentes (5,3-11): “¡Dichoso aquel que no halle escándalo en mí!”. En efecto, Él encarna la Palabra dicha en el monte (Fausti, 2007, p. 224).

En las obras que Jesús ha realizado se hacen claras las profecías³¹: “los discípulos que visitan a Jesús ven confirmado lo que la cadena de comentarios había divulgado, y pueden sacar sus propias conclusiones sobre el estatus de honor de Jesús” (Malina & Rohrbaugh, 2002, p. 247), de modo que el cumplimiento de estas profecías es confirmación de la misión mesiánica de Jesús³², pero la figura mesiánica es equívoca, pues Juan anunciaba a un justiciero y el pueblo esperaba un liberador político, en tanto que Jesús hace presente el Reino de Dios acogiendo a los pobres,

30 “He aquí que yo envío a mi mensajero a allanar el camino delante de mí, y enseguida vendrá a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis; y el Ángel de la alianza, que vosotros deseáis, he aquí que viene, dice Yahveh Sebaot”.

31 Por ejemplo, resuena aquí Is 35,5-6: “Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo. Pues serán alumbradas en el desierto aguas, y torrentes en la estepa”; también 61,1: “El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad”.

32 San Juan Crisóstomo, Homiliae in Matthaeum, hom. 36,2: Cristo, conociendo las intenciones de Juan no dijo: “Yo soy”, porque esto hubiera sido oponer una nueva dificultad a los que le oían; hubieran pensado, aun cuando no lo hubieran dicho, lo que dijeron los judíos de El mismo: “Tú das testimonio de Ti mismo por Ti mismo” (Jn 8,13) Por esa razón los instruye con los milagros y con una doctrina incontestable y muy clara, porque el testimonio de las realidades tiene más fuerza que el de las palabras; por eso El curó enseguida a los ciegos, a los cojos y a otros muchos, no para enseñar a Juan, que no lo ignoraba, sino a aquellos que le ponían en duda. (De Catena Aurea en español, 4102)

enfermos y despreciados.

El contexto nos lleva a una cuestión cristológica, cuestión capital: la pregunta sobre la identidad mesiánica de Jesús, su identidad con «El que viene». Jesús no cumple con la descripción que hace Juan, pero es necesario ajustarlo a esta identificación (Kloppenborg, 2005, 164). Por eso será dichoso quien le acoja como tal, reconociendo en Él, por sus obras y su mensaje, al anunciado por los profetas.

“*Dichoso*. Jesús se congratula con quien lo acoge. Esta décima bienaventuranza, síntesis de las otras, consiste en acogerlo a Él, pobre, afligido, manso, puro de corazón, misericordioso, obrador de paz, Hijo de Dios –plena realización del Reino” (Fausti, 2007, p. 226). La bienaventuranza, la felicitación, la bendición es para “quien lo recibe como Mesías” (Schökel, 1999, p. 61)³³, reconociendo en Él al anunciado en la Antigua Alianza, en quien se termina la espera y en quien se da la plenitud de los tiempos.

“*Aquel que no halle escándalo en mí*. Jesús es piedra de tropiezo: ¡es el escándalo de un Dios que viene tan distinto de como lo esperamos!” (Fausti, 2007, p. 226). Σκανδαλίζω es un término encontrado en el judaísmo y en el cristianismo con el significado de «poner una trampa», «colocar un obstáculo», posteriormente adquirirá el significado más general de «hacer caer», «llevar a la ruina», «inducir a pecado» (Ulrich, 2001, p. 233). Otras versiones cambian la palabra escandalizar por caer; tal es el caso de la Traducción Ecuménica de la Biblia³⁴. “Tropezar es sentirse defraudado por él y no reconocerlo como Mesías” (Schökel, 1999, p. 61); por tanto, optar en contra de Él, como efectivamente sucedió en muchas personas³⁵.

Claramente podemos notar que tanto en la versión de Mateo como en la de Lucas, este “macarismo” recuerda las bienaventuranzas de (Lc 6,20s, cf. Mt 11,16). Jesús se convierte en «piedra de tropiezo» para quienes ven una contradicción entre lo que ellos esperan del Mesías y el modo de actuar de Jesús. Realmente dichosa es la persona que no se cierra a la acción de Dios en Jesús, aunque esta acción no responda a las que uno se ha formado acerca del Mesías y del reinado de Dios” (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 519-520).

En fin, la presencia de Jesús, el Mesías anunciado y esperado, hace que la

33 Edición de Estudio, T. III, Comentario a Mt 11,1-19.

34 La Traducción Ecuménica de la Biblia (TOB) traduce: “et heureux celui qui ne tombera pas à cause de moi”, porque “per la Bibbia, lo «scandalo» non è un cattivo esempio o un fatto disgustoso, ma, secondo l’etimologia, un *ostacolo*, un *laccio* (Sal 124,7), una *pietra d’inciampo* che fa cadere (Is 8,14-15; Rm 9,33; 1 Pt 2,8)” (Comentario Bibbia TOB, Edición Italiana, sobre Mt 5,29, p. 2189).

35 San Juan Crisóstomo (*Homiliae in Matthaëum*, hom. 36,2) comenta que Jesús al responder con “lo que añade: “Bienaventurado el que no se escandalizare en Mí”, hiera a los enviados que se escandalizaban en Él porque, ocultando su duda y dejándolos el Señor al tribunal de su conciencia, los amenaza con remordimientos secretos”. (De Catena Aurea en español, 4102).

felicidad pueda llegar plenamente a todos en la medida en que se le reciba y se viva en su proyecto de vida. Esta salvación es oferta para todos, pero no todos (Cf. Mt 19,10) pueden con ella, no todos la aceptan, y por el contrario, son muchos los que se escandalizan, los que creen que Jesús “está aspirando a lo que no es propiamente suyo” (Malina & Rohrbaugh, 2002, p. 69), la divinidad, el mesianismo, el hacerse igual a Dios.

“El hecho de que el reino escatológico se realice en la historia, y además de un modo modesto, es ocasión de escándalo. Si se propone así, se expone inclusive al rechazo. El juicio del que habla Juan el Bautista, deriva precisamente de la aceptación o no de este camino y de este estilo de Dios en Jesús: Él no obra con la fuerza del juicio, sino con la humildad de la misericordia, no con la fuerza de sus obras, sino con la debilidad del anuncio. Es la opción por esta debilidad la que lo llevará a ser el Mesías crucificado. La bienaventuranza del reino que se da a los pobres (Lc 6,20) es precisamente para el que acepta este escándalo, ya profetizado por Simeón (cf. Lc 2,34s.) (Fausti, 2007, p. 218).

San Gregorio Magno dice que “el alma de los infieles sufrió un grande escándalo en Cristo al verle morir después de haber hecho tantos milagros. Por eso dice San Pablo: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, que sirvió de escándalo a los judíos” (1Cor 1,23) ¿Qué es, pues, decir: “Bienaventurado el que no se escandalizase en Mí”, si no remarcar la abyección de su muerte y su humillación? Que es como si dijera claramente: Yo hago en verdad cosas estupendas, pero no me rebajo porque sufra las más abyectas, porque, muriendo, no hago más que servirlos: los hombres que veneran mis milagros deben mirar bien el no despreciarme en mi muerte”³⁶.

Dichosos sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque oyen... (Mt 13,16-17 // Lc 10,23-24) ὑμῶν δὲ μακάριοι οἱ ὀφθαλμοὶ ὅτι βλέπουσιν καὶ τὰ ὤψια ὑμῶν ὅτι ἀκούουσιν.

En Mt 13,1-9 nos encontramos con la conocida parábola del sembrador (Cf. Mt 13,1-23; Mc 4,1-20; Lc 8,4-15; 1Pd 1,10). Inmediatamente a este texto le sigue una intervención de los discípulos, que obliga a Jesús a exponer el propósito del lenguaje parábólico (vv. 10-17); y continúa su desarrollo temático en los vv. 18-23 con la explicación (Cf. Mc 4,25 Lc 8,18; 19,26; Jn 9,39-41; 12,37-38; 12,40) por parte del mismo Jesús, de la parábola que acaba de exponer.

³⁶ Homiliae in Evangelia, 6,1 (*Catena Aurea en español*, 4102).

Es precisamente en los versículos que explican por qué Jesús habla en parábolas donde encontramos este interesante “macarismo”, que es el que ocupará nuestra atención. Los versículos 16 y 17 son un *logion* (=Lc 10,23s) que está tomado de la fuente Q³⁷, En esta perícopa como en su paralelo de Lc 10,23, “la inmediatez de la conciencia escatológica se expresa tan intensamente, que aquí no puede haber una tradición judía” (Bultmann, 2000, p. 185), de modo que su origen está en la tradición de Jesús, y el texto se considera que tiene ideas muy cercanas a Él y a su pensamiento, que se trata probablemente de un dicho auténtico (Ulrich. 2001, p. 403) suyo.

Es de notar que solo la versión de Mateo trae esta bienaventuranza en el contexto de la parábola del sembrador, ya que el paralelo lucano (10,23-24) la ubica en otro contexto, distinto al de esta parábola. Tomemos, entonces, en la versión de Mateo 13,16-17, esta bienaventuranza:

Pero dichosos (μακάριοι) sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque oyen.

Porque en verdad les digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron.

En el aparato crítico de Nestle-Aland encontramos algunas notas referentes a los versículos 16 y 17. En relación con el versículo 16, aparece que el segundo ὑμῶν es omitido en B 1424 y en unos pocos itálicos. También es cambiado ἀκούουσιν (verbo en indicativo presente activo, 3ª. persona plural) por ἀκούει (que está en singular) en K, L, Ω, Γ, Δ 565; en f¹³ encontramos el verbo en subjuntivo presente, voz activa de la 3ª p. plural: ἀκούωσιν.

Para el v. 17 tenemos que la conjunción γὰρ es omitida por a, 1241, pocos itálicos, un manuscrito sahídico y testigos bohaíricos. También D cambia εἶδαν (verbo en indicativo aoristo, voz activa, en 3ª persona plural) por ἠδυσνήθησαν (verbo indicativo aoristo, voz pasiva, en 3ª p.p.) más ἰδεῖν (v. infinitivo aoristo en voz activa).

En el capítulo 13 de San Mateo se encuentran ocho parábolas³⁸ dirigidas, las primeras cuatro para la multitud y otras restantes reservadas para los discípulos, con sus explicaciones (vv. 10-17.18-23-36-43). Estamos frente a “parábolas de discernimiento, que revelan el modo con el cual Dios lee la realidad: nos dan luz

37 Procede de la fuente Q. Cf. KLOPPENBORG, Q, *el evangelio desconocido*, p. 128.137; DALE C. ALLISON, JR., *The Jesus tradition in Q*, p. 79 y lo relacionado con su paralelo lucano. R. BULTMANN, *La historia de la Tradición Sinóptica*, 419. Estos versos están marcados por el *Jesus Seminar* con color gris en *The Five Gospels*.

38 El sembrador, el trigo y la cizaña, el grano de mostaza, la levadura, el tesoro escondido, el mercader de perlas, la red de pesca y el escriba.

sobre lo que sucede en este tiempo nuestro lleno de contradicciones. En efecto, el reino existe, pero todavía no se ha cumplido plenamente” (Fausti, 2007, p. 280).

Ahora nos ubicamos en el contexto de la parábola del sembrador. Después de pronunciarla, Jesús habla de la finalidad del lenguaje parabólico y de su sentido pedagógico:

Este trozo –colocado después de la parábola del sembrador y antes de la explicación a los discípulos–, indica el paso a dar para que la parábola no siga siendo un enigma, sino una bienaventuranza del que ve el cumplimiento de la promesa: es necesario abrir el corazón, los ojos u oídos al Señor, acercarse a Él y escucharlo, dispuestos a reconocer las durezas del propio corazón (Levoratti, 2003, p. 285).

Según el evangelio de Mateo:

Las parábolas no son enigmas indescifrables. No hay en ellas nada incomprensible, a no ser que la mente esté de antemano cerrada a la verdad. Jesús empieza a «hablar» a la multitud en parábolas no para impedirles que entiendan, sino *porque* no entienden. La separación entre los que comprenden y los que no comprenden se ha producido antes que Jesús les hable en parábolas. La gente que ha cerrado sus oídos y endurecido su corazón solo se merece una enseñanza en parábolas. No son las parábolas las que «embotan» el corazón; el endurecimiento del pueblo es anterior a la enseñanza en parábolas, si bien estas contribuyen a que él se afiance en su obstinación y pierda lo que antes tenía (Levoratti, 2003, p. 342-343).

Son tres las partes que pueden ser señaladas en esta perícopa: 1: Los discípulos como destinatarios de los misterios del reino se acercan a interrogar a Jesús (vv. 10-12); 2: Jesús habla de quienes no lo acogen (“ellos”), dando cumplimiento a las profecías (vv. 13-15); 3: Es la proclamación de la bienaventuranza para los discípulos, quienes oyen y ven, y por tanto comprenden la presencia del cumplimiento de la promesa de Dios en Jesús (vv. 16-17).

Los discípulos no le preguntan a Jesús por esta parábola, ni por otra en particular, sino que le interrogan por qué no es más directo, por qué no evita rodeos y habla enigmáticamente. La respuesta es clara en el v.11, pero parece que abre un abismo entre el pueblo (ἐκείνοις) y los discípulos (ὑμῖν). A los discípulos se les da el conocer los misterios del Reino, pero a la multitud no, que permanece en el mundo de la incomprensión (Ulrich. 2001, p. 415). Además, los discípulos ven y entienden, en tanto que la multitud se cierra a la revelación, impidiendo que Jesús les sane, les salve:

A los discípulos se les ha dado conocer *los misterios del reino de los Cielos* (v. 11), porque ellos mantienen una actitud de disponibilidad y apertura que los capacita para oír y comprender; la multitud, por el contrario, ve con sus ojos y oye con sus oídos, pero su corazón se ha endurecido y por eso no alcanza a comprender (Levoratti, 2003, p. 343).

Por tanto, la afirmación según la cual son bienaventurados quienes tienen la posibilidad de ver y oír es “una formulación no genérica, no válida en general para todos, sino específica para sus discípulos, para aquellos que lo han seguido y han creído en Él; de modo que “tiene que ver expresamente con los apóstoles, porque la experiencia del Mesías que han tenido ellos, nosotros no la podemos hacer. Quienes vivieron antes no la han tenido, quienes viven después mucho menos: es una experiencia excepcional, es una fuente de felicidad, es una experiencia altamente positiva haber podido vivir junto a Jesús” (Cf. http://www.atma-o-jibon.org/italiano/don_doglio33.htm).

Según Bultmann, esto no puede referirse sino a la era mesiánica, pues las personas piadosas de tiempos pasados anhelaron vivamente experimentarla. Mateo situó estas palabras en un contexto artificial, sustituyendo la crítica hecha contra los discípulos en Mc 4,13, y considerando dichosos a los discípulos porque oyen, de tal manera que el βλέπειν de los ὀφθαλμοί, no tiene ya ningún término correlativo. –La sentencia no expresa originalmente una relación directa con la persona de Jesús, aunque esa relación existe seguramente en la mente del evangelista (Bultmann, 2000, p. 168).

Pero el fundamento de la bienaventuranza, aunque en su sentido original estaría en el experimentar el comienzo del tiempo salvífico, ahora está en el reconocimiento de Jesús como el Mesías (Cf. Bultmann, 2000, p. 188, 209, 419). Jesús alaba a los discípulos como bienaventurados, porque ven y oyen, es decir, aquí ven y oyen *tal como conviene*. Pero lo que ven y oyen es *la persona y la palabra de Jesús*. En su palabra y en su persona está el misterio más profundo del reino de Dios:

Ya no hay que formularlo con ninguna frase instructiva, ni tampoco con ninguna explicación de parábolas. Pero este misterio central ha resplandecido ante los ojos de los discípulos y sus oídos lo han percibido. Por consiguiente pueden y tienen que ser «discípulos», porque el reino de Dios se les ha abierto en la persona del maestro (Trilling, 1980, p. 21).

En esta bienaventuranza se encuentra la clave para la comprensión de todo el pasaje. Desde el v. 10

Jesús dirige la palabra directamente a los discípulos, y los alaba llamándolos dichosos. Sus ojos son felices, porque ven, y sus oídos lo son, porque oyen. Hay una doble acción de *ver* y *oír*. Es una percepción y acogida meramente óptica y acústica y una concepción de la realidad, que se da a conocer con imágenes y palabras. Muchos profetas y justos han deseado ver lo que veis, y oír lo que oís. ¿Qué es lo que vemos y oímos? En primer lugar lo que ocurrió cuando vino Jesús. La actuación preparatoria del Bautista con su enorme amplitud. Y luego el mismo Jesús con la proclamación de su mensaje, la afluencia de la multitud, las señales prodigiosas y las palabras llenas de Espíritu (Trilling, 1980, p. 24-25).

Mientras que ante el obrar y las palabras de Jesús muchos han tenido dureza³⁹ de corazón y permanecieron ciegos y sordos, los discípulos pueden ver y entender y por eso Jesús les llama dichosos, pues han “encontrado el camino y las huellas... encontrado el propio, el verdadero objetivo, no solamente para su vida personal y para su última consumación, sino el objeto final del mundo y de la historia” (Trilling, 1980, p. 25). Ellos han entrado en los misterios del Reino⁴⁰ y se disponen para vivir según las sus disposiciones o exigencias.

Los discípulos son declarados *felices* porque ven lo que habían deseado ver *muchos profetas y justos* (vv. 16-17). En esta nueva situación, quienes tienen la capacidad de entender se abren a la posibilidad de una iluminación cada vez mayor. Por eso la explicación de las parábolas, reservadas a los discípulos (13,18-23.36-43), llega como un regalo adicional para los que han oído y comprendido (Levoratti, 2003, p. 343). Los ojos de los discípulos ven porque reconocen la propia ceguera, sus oídos oyen porque advierten la propia sordera, su corazón comprende porque siente las propias resistencias a la palabra” (Fausti, 2007, p. 287), y aunque el ver y el oír no incluyan necesariamente el entender sin más, sí “son parte integrante: ‘ojos que ven’ y ‘oídos que oyen’ son el fundamento para que pueda surgir el entender. Los discípulos no *son* personas que entienden, sino que *llegan a entender* por la enseñanza de Jesús (Ulrich, 2001, p. 419-420).

39 “El texto de Isaías (6,9-10) predice el fracaso del profeta por culpa de los oyentes. Dada la dureza de los oyentes, la predicación profética los irrita y endurece más, y agrava su culpa. Aun previendo el resultado negativo, el profeta no puede callar, pues lo envía Dios, y la denuncia tiene una intención salvadora. El “para que / de modo que” de Marcos lo cambia Mateo en “porque”: la actitud ha condicionado la comprensión.” (Luis Alonso Schökel, Biblia del Peregrino, NT. 66).

40 “L’espressione *misteri del Regno* era familiare alla letteratura apocalittica del tempo di Gesù per indicare le disposizioni nascoste di Dio per la fine dei tempi. Nei vangeli essa appare soltanto qui e potrebbe riferirsi sia allo stesso Regno (ai discepoli è stata data la conoscenza del Regno), sia al mistero o segreto di Gesù quale iniziatore del Regno, oppure, in base al contesto immediato, ai segreti che riguardano la natura dapprima nascosta e contestata del Regno, secondo le parabole di questo capitolo” (Bibbia TOB, 2213-2214).

Como los discípulos, hoy también es dichoso quien ve y conoce, quien oye y entiende, y así experimenta en Jesús el misterio de Dios, hasta ahora escondido, pero ya manifestado en Cristo Jesús (cf. Col 1,24ss). De Él, lo que vieron y oyeron los Apóstoles fueron su presencia, sus milagros, su voz y su doctrina. Y en esto los prefiere, no sólo a los malos, sino a los que fueron buenos, porque dice que fueron más dichosos que los justos de la antigüedad, puesto que ven no sólo lo que no vieron los judíos, sino lo que los profetas y los justos desearon ver y no vieron. Porque aquellos solamente contemplaron a Cristo con la fe, y éstos lo vieron con sus ojos y con más claridad (San Juan Crisóstomo, *Homiliae in Matthaem*, hom. 45,2, en *Catena Aurea en Español* 4310).

El paralelo de Mt 13,16-17 lo encontramos en Lc 10,23-24. Este texto está en el contexto del envío apostólico o la misión de “los Setenta y dos” (10,1-12), el regreso de los misioneros a contarle a Jesús sobre la realización del encargo y la efectividad misionera. Están alegres por el sometimiento del mal. Pero Jesús les dice que deben alegrarse (χαίρετε) más bien porque sus nombres están escritos en los cielos (cf. vv. 17-20).

Acto seguido, tenemos que Jesús, lleno de gozo⁴¹ en el Espíritu Santo, dirige una especie de himno de alabanza al Padre “porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños” (v. 21.). Además, afirma que “nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (v. 22).

Si comparamos el texto mateano con el lucano, además del contexto que es diverso en cada evangelista, podemos notar en la sinopsis que Lucas no trae las palabras “y vuestros oídos, porque oyen” (καὶ τὰ ὦτα ὑμῶν ὅτι ἀκούουσιν), que sí aparecen en el texto mateano; también notamos que mientras Mateo habla de profetas y justos (προφῆται καὶ δίκαιοι), Lucas lo hace de profetas y reyes (προφῆται καὶ βασιλεῖς).

Aquí vienen nuestros versículos en la versión lucana: “¡Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron” (vv.23-24). Los discípulos de Jesús son los “pequeños” que ven el presente de Jesús con la comprensión del pasado de la promesa del Padre y con el futuro de la bienaventuranza salvífica. Ellos son a quienes el Hijo ha querido revelar el rostro del Padre y los misterios del Reino. Ellos deben alegrarse porque sus nombres están escritos en los cielos.

41 Esta es la única ocasión en el NT en que se menciona que Jesús “se llenó de alegría”.

Tenemos aquí también que en forma de “macarismo”, Lucas hace ver a sus lectores el carácter excepcional de la misión de Jesús. Los ‘profetas y los reyes’ son las figuras de la antigua economía que vivieron con la esperanza de ver tiempos mejores. Pero los discípulos de Jesús tienen ahora el singular privilegio de ser testigos presenciales del cumplimiento (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 541).

Esta manifestación exultante de Jesús es un sumario sucinto de los sentimientos de Jesús por el éxito de los setenta y dos y el futuro de la Iglesia. Los discípulos estaban viendo y oyendo los maravillosos misterios de los designios eternos de Dios sobre el reino. Verdaderamente a muchos profetas y reyes les hubiera gustado ver lo que los discípulos vieron y oyeron, pero no pudieron. Lo que los discípulos ven y oyen es el misterio de Dios en Jesús: la interacción íntima entre Dios y el Hijo que se ha manifestado a los escogidos por el Hijo (Oyin Abogunrin, 2005, p. 1279).

En tanto que la bienaventuranza de Mateo en principio se dirige a los discípulos (Ulrich. 2001, p. 420)⁴², testigos oculares de la obra de Jesús y oyentes de su predicación, la bienaventuranza de Lucas es para todos los creyentes⁴³, y subraya la gracia concedida a los fieles, beneficiarios del cumplimiento mesiánico. No obstante, debemos pensar en el lector implícito y sentirnos implicados en esta bienaventuranza de Mateo, la cual sería dicha también para nosotros en el hoy de nuestra historia salvífica.

Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mt 16,17) Μακάριος εἶ, Σίμων Βαριωνᾶ, ὅτι σὰρξ καὶ αἷμα οὐκ ἀπεκάλυψέν σοι ἀλλ’ ὁ πατήρ μου ὁ ἐν τοῖς οὐρανοῖς

En la triple tradición sinóptica encontramos la confesión de Pedro (Mt 16,13-20; Mc 8,27-30 y Lc 9,18-21); pero únicamente la versión de Mateo (16,13-20) (Ulrich. 2001, p. 593-632)⁴⁴ registra la bienaventuranza de Jesús sobre Pedro:

42 Ulrich Luz piensa que no es solo para ellos, pues “que Mateo sustituya ‘reyes’ (Lc 10,24) por ‘justos’ es significativo, porque los cristianos de la comunidad mateana no son reyes, pero sí profetas y justos (10,41; 23,34; cf. 37). Los fieles del Antiguo Testamento que mantenían la esperanza son, por tanto, el antecedente de la comunidad que, asociada a los discípulos de Jesús, puede participar en el tiempo de la salvación”.

43 “La beatitudine parallela di Mt 13,16 è indirizzata ai soli discepoli, testimoni della rivelazione di Gesù. Lc la estende a tutti i credenti. Questo rallegramento conclude i vv. 21-24, e sottolinea la grazia fatta ai fedeli, beneficiari del compimento delle promesse dell’AT.” (Bibbia TOB, 2358)

44 Un interesante análisis y explicación a toda esta perícopa lo encontramos en Ulrich Luz, *El evangelio según San Mateo* (Vol. II).

ἀποκριθεὶς δὲ ὁ Ἰησοῦς εἶπεν αὐτῷ· μακάριος εἶ, Σίμων Βαριωνᾶ (vv. 17ss). Los vv 17-19 serían la continuación original de la escena de la confesión presentada por Mc 8,27-30, fuente de los vv. 13-16.20, y se remontaría a una antigua tradición aramea (Cf. Bultmann, 2000, p. 196-199), pues difícilmente se puede haber formulado esta bienaventuranza fuera de la primitiva comunidad de Palestina, la cual tenía a Pedro como su fundador y dirigente (Cf. Bultmann, 2000, p. 317-318), Mateo habría recogido de la tradición esta sentencia por su interés específicamente eclesial. He aquí el texto:

¹³Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» ¹⁴Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas.» ¹⁵Díceles él: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» ¹⁶Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» ¹⁷Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¹⁸Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. ¹⁹A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.» ²⁰Entonces mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era el Cristo.

En esta perícopa solo a los vv. 13a.14.15a.16.17a.20 el *The Jesus Seminar* les da el carácter de contener tradición o ser palabras muy cercanas a Jesús, en tanto que el resto de la perícopa es considerada tradición posterior (Funk et al, 1997, p. 36-37, 206-207). Sin embargo, el aparato crítico de Nestle-Aland no hace comentarios de trascendencia al respecto, fuera del cambio de unas cuantas palabras entre algunos de los testigos.

Jesús está en la región de Cesarea de Filipo⁴⁵ y les hace una doble pregunta a sus discípulos. No es de extrañar que pregunte primero sobre lo que la gente dice sobre Él, no porque no lo sepa, sino porque está preparando el camino para hacer la pregunta central, la interrogación existencial que no permite escudarse en los “decires” de los otros: ¿Quién soy yo para ustedes? Sin ningún problema llueven las respuestas, buenas por demás, sobre lo que la gente opina, cree y dice al respecto de Jesús. Para la mayoría Jesús es un profeta (21,11), Herodes lo identifica con Juan el Bautista, quien habría resucitado de entre los muertos (14,1-2), para otros aquí estaba el regreso de Elías (17,10-13), incluso algunos –solo mencionado por Mateo–

45 Cerca de las fuentes del río Jordán el tetrarca Herodes Filipo había transformado una antigua localidad en una ciudad importante en honor del emperador César Augusto. Por esto la nominó Cesarea. Había otra Cesarea, sede del prefecto romano, a orillas del Mediterráneo.

lo identifican con Jeremías. Esta mención es significativa, porque el judaísmo contemporáneo de Jesús no esperaba a Jeremías como precursor del Mesías. Sin embargo, la historia de sus padecimientos, detalladamente relatada en la Biblia, hacía de él una prefiguración de Jesús, el Servidor sufriente (Levoratti, 2003, p. 353-354).

Ahora que ha escuchado la opinión de la gente, quiere invitar a sus seguidores más íntimos a que tomen posición frente a él, no por lo que se escucha de Jesús, sino por la convicción propia surgida de su seguimiento, de su discipulado, de su experiencia, de su relación personal íntima con el Maestro. Ahora dirán algo que no es neutral, no podrán decir algo que han escuchado, sino algo que han vivido y que les compromete. A diferencia de lo que sucede hoy, antiguamente no era tan importante la identidad concreta o exacta de una persona, “sino la posición y el poder que se desprendían del estatus de honor adscrito o adquirido. La respuesta que podía esperarse a la pregunta sobre quién es alguien, consistiría en identificar la familia o el lugar de origen (Pablo de Tarso, Jesús de Nazaret). En esta identificación estaba codificada la información necesaria para conocer quién es la persona en cuestión... Como la conducta de Jesús se desvía de la que podía esperarse a tenor de su lugar de nacimiento, se proponen otros medios de identificar su poder y estatus” (Malina & Rohrbaugh, 2002, p. 87).

Cuando Jesús propone la primera pregunta muchos son los que responden; pero en relación con la segunda pregunta es Pedro quien toma la palabra y, a título personal pero también en nombre de los demás apóstoles, responde con su confesión de fe que es fundamental en la tradición sinóptica, desde el punto de vista cristológico, pero tiene en el evangelio de Mateo consecuencias de tipo eclesiológico: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (v. 16). A la confesión de fe referida por los otros dos sinópticos⁴⁶, Mateo añade la filiación divina, con lo cual “Pedro hace avanzar a los lectores del evangelio en el conocimiento de Jesús. Sin embargo, la respuesta no puede proceder únicamente de esta confesión de fe, por importante que sea. La respuesta plena y definitiva tendrá que darla el relato evangélico en su totalidad. Solo al final del evangelio, después de la muerte y resurrección, la persona de Jesús revelará todo su sentido” (Levoratti, 2003, p. 354).

Es algo lógico que quienes sigan a Jesús tengan buena impresión suya y lo consideren alguien de importancia, fuera del común de las gentes y de los maestros que rondaban por las calles de Jerusalén y por la región de Judea. Es de notar que “la gente no hostil, que ha presenciado la actividad de Jesús, lo considera alguno

⁴⁶ En Marcos Pedro responde: “Tú eres el Cristo” (ὁ χριστός); en Lucas: “El Cristo (τον χριστόν) de Dios”, en tanto que en Mateo se extiende: “Tú eres el Cristo (ὁ χριστός), el Hijo (υἱός) del Dios viviente”.

como enviado especialísimo de Dios para preparar la era mesiánica; incluso como alguien reservado sin morir (Eclo 48,1) o muerto y redivivo para mayor autoridad (Lc 16,30). Simón, que por la carne y la sangre es hijo de Jonás, declara que Jesús es el Mesías esperado” (Schökel, 1999, p. 72).

Algunos piensan que Pedro no pronunció el nombre inefable de Dios, sino que la expresión original aramea fue: “Tú eres el Hijo del Viviente”⁴⁷, pero sigue teniendo el mismo sentido, pues El “Viviente” no es otro que Dios, nombre omitido por respeto. Aunque es muy clásica la famosa obra de los Profesores de Salamanca, “Biblia Comentada”, me parece interesante referirme a ella en lo que concierne a las razones que permiten ver en este texto la *divinidad* de Cristo, valorando esta frase en su momento histórico y en la perspectiva redaccional de Mt.:

1) *Momento histórico de la frase: “Tú eres el Hijo de Dios viviente.”* La ausencia de ella en Mc-Lc es decisiva. Si en Mt hubiese sido primitiva, de seguro que no faltaba en Mc-Lc. Sería increíble la supresión de la misma, a no ser que la quisiesen considerar como sinónima de la primera, del *Hijo de Dios*. Lagrange escribió: “No se probó que *Hijo de Dios* sea sinónimo de Mesías, ni incluso en el IV de Esdras”. Sin embargo, algunos pasajes evangélicos podrían hacer suponer esto⁴⁸, pero parecen “interpretaciones” posteriores del mesianismo o incluso de la divinidad de Cristo... no es admisible decir que esta segunda frase es equivalente a la primera, y con la que se indica — la segunda — la “supereminente autoridad de Jesús en términos de relación con su Padre” (Bonnard). Pues la primera, que es el Mesías, indica su relación “supereminente” de autoridad con Dios — el Padre — que lo “envía”. También se puede añadir que, si esta segunda frase es sinónima de la primera, se va a una tautología: “el Cristo, Hijo de Dios,” sería igual a “el Cristo, el Cristo.” Esta es la interpretación — con apreciaciones diversas — de Padres de la Iglesia y de la generalidad de los autores católicos anteriores.

2) *La frase en la perspectiva redaccional de Mt.* Si la frase no es primitiva, es añadida por Mt y, probablemente, por el Mtg! Pero con el sentido de proclamar la *divinidad* de Cristo, al recoger los diversos títulos mesiánicos ambientales, v.gr., hijo de David, etc. Pero en otros pasajes aparece Cristo “mayor” (μεῖζον) que Salomón (realeza), que Jonás (profetismo), que el templo, es “Señor del sábado” (de institución divina), y perdona pecados; todo esto lo sitúa en una *esfera trascendente*. La frase, pues, de Mt tiene, en su perspectiva, la confesión de la divinidad de Cristo, acaso frente a alguna

⁴⁷ Es la idea de Dalman, citado por los profesores de Salamanca al comentar este pasaje.

⁴⁸ Mt 4,6; Lc 4,3; Mc 3,11.12; Jn 1,41.

polémica de su ambiente, o por provecho de su catequesis. Aparte que Mt tiene una tendencia didáctica a la “paráfrasis litúrgica y edificante.” Ni en este contexto, proclamado ya el mesianismo, podría ser comprendida por los cristianos de otra manera⁴⁹.

Continuando en la perspectiva de la divinidad para Jesús, recordemos que “en el AT, la expresión *hijo de Dios* se aplica a los ángeles, al pueblo elegido, a los israelitas fieles y de un modo especial al rey, el «ungido de Yahvé» (2Sm 7,14; Sal 2,7; 89,27). Esta relación de paternidad y filiación establece un vínculo particular con Dios, fundado en la elección y en la misión que Dios confía a su elegido. A partir de estas ideas, el cristianismo primitivo, desde sus primeras confesiones de fe, ha subrayado el carácter único de la persona de Jesús: Jesús es el *Hijo de Dios* porque su relación filial con Dios tiene un carácter único e incomparable. La filiación divina de Jesús en sentido propio es una novedad absoluta de la revelación evangélica: el cumplimiento de las Escrituras desborda aquí todas las expectativas. En cuanto Hijo de Dios, a él le fue confiada una misión sin igual para la salvación del mundo /1,21; 2,15; 3,17; 4,3; 11,25-27; 26,63)” (Levoratti, 2003, p. 354) (Cf. TOB 2223).

Y viene la respuesta de Jesús (v.17)(Cf. Ulrich. 2001, p. 595-596)⁵⁰ en la que felicita a Pedro por haber tenido esta revelación y hace precisión e interpretación de su nombre con el uso judío de mencionar al padre con la expresión *ben*, hijo de, o en forma aramea *bar* (Is 1,1; Jr 1,1; Ez 1,1). Pedro tenía un nombre común, Simón (abreviatura de Simeón), y así aparece en diversos pasajes evangélicos (Mt 4,18; Mc 1,16; Lc 5,3.8.10; Jn 21,2.3.15-17). Luego, viene la expresión “hijo de Jonás”, según la forma aramea *bar Yonah*, hijo de Yóna (paloma), nombre también conocido en Israel (2Re 14,25; Jn 1,1).

Pedro ha tenido una revelación, ahora Jesús hará la suya, dirigiéndose a Pedro. Le revela su nombre y le entrega una misión.

Los vv. 17-19 constituyen una unidad. Las palabras de Jesús forman tres estrofas (una en cada versículo) y cada estrofa contiene tres líneas. La primera línea expresa el nuevo tema (*feliz de ti... , Yo te digo... , Yo te daré*

49 PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia Comentada*, comentarios a los versículos en cuestión.

50 “Es probable la tesis de que el propio Mateo sea autor del v.17. En tal supuesto, él formó el v.17 como tránsito a v. 18s.” (Ulrich Luz, *El evangelio según san Mateo*, II, p. (596). Es problemática la posición del v. 17, que no puede ser evaluado en sí mismo, porque falta un complemento directo que indique el contenido de la revelación a Pedro. ¿Qué precedió, por tanto, en el origen? Si consideramos el v.17 como una tradición antigua, caben tres respuestas: 1. El v. 17(-19) es la respuesta originaria de Jesús a la confesión de Pedro, relegada en la tradición de Mc.; 2. ¿Podríamos suponer que al v.17 precedió un fragmento perdido de tradición desconocida?; 3. Está la posibilidad de que v.17 se añadió tardíamente como respuesta de Jesús a la confesión de Pedro en Mc. De todas formas no se excluye que la respuesta de Jesús a Pedro sea el producto de una reelaboración premateana de Mc 8,27-30 llevada a cabo en la comunidad.

las llaves...); la segunda y la tercera desarrollan el tema en proposiciones antitéticas: la revelación de Dios, Pedro como la Roca y las llaves del Reino (Levoratti, 2003, p. 285) (Cf. (Leske, s.f., p. 1185).

Así vemos la importancia de esta revelación, lo pensado por el autor evangélico al poner sumo cuidado en esta respuesta trascendental para la vida de Pedro y, por ende, para la vida de la naciente comunidad cristiana y eclesial.

Ya sabemos el contenido de la revelación que ha tenido Simón Pedro sobre la identidad de Jesús y cómo ha confesado el mesianismo y la filiación divina de Jesús.

Ahora, Jesús asume la confesión de Pedro y muestra sus consecuencias. Jesús comienza con una bienaventuranza «dichoso tú...» porque el pleno conocimiento de la dignidad de Jesús y del misterio de su persona no proviene de abajo, sino de arriba. La razón se da en Mt 11,27: nadie sino el Hijo conoce al Padre, y nadie sino el Padre conoce al Hijo; por tanto, solo el Padre ha podido dar a conocer a Pedro la medida plena de la filiación divina de Jesús (Leske, s.f., p. 1185).

Jesús es generoso; no rechaza las palabras de Pedro, ni las usa para su provecho personal. Al contrario, como se ha afirmado su divinidad, con todo derecho puede hablar desde Dios y seguir revelando el misterio, no solo suyo, sino también de los suyos, en este caso de Simón.

Jesús responde a esta profesión de fe con una bienaventuranza (cf. 5,3-12). Pedro es declarado *feliz* porque sus palabras no proceden de *la carne y la sangre*, sino de una revelación divina. *Carne y sangre*⁵¹ son una forma semítica para designar a la persona entera, sobre todo en su debilidad y caducidad naturales (1Cor 15,50; Gál 1,16). El por qué de esta revelación se aclara en 11,27. Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y nadie conoce al Hijo sino el Padre. Por lo tanto, solo el Padre que está en el cielo pudo revelar a Pedro la filiación divina de Jesús. Con estas palabras, Jesús da a entender que Pedro es constituido fundamento de la Iglesia porque dio la respuesta correcta a la pregunta que él había planteado a sus discípulos. Jesús aprueba el contenido de esa profesión de fe, fruto de una especial revelación divina. Pero el episodio que se narra a continuación (vv. 21-23) pondrá de manifiesto que Pedro no ha comprendido en toda su profundidad las palabras que acaba de pronunciar (Levoratti, 2003, p. 354).

51 "La expresión «la carne y la sangre» indican todo el hombre, considerado en su debilidad natural (Sir 14,18; 1Cor 15,50; Gal 1,16). Pedro ha tenido el don de una *revelación* divina (el mismo término se encuentra en 11,25-27; Gal 1,16). Pero esta revelación, completamente aprobada por Jesús, tiene un significado que Pedro, como mostrará más tarde, no ha captado en su profundidad (16-22-23)" (Bibbia TOB 2223).

Entonces, Pedro es declarado bienaventurado por Jesús: “La de Pedro es la bienaventuranza suprema: al acoger al Hijo, entra en el reino del Padre. Él es el primero en recibir la revelación de lo que está escondido a los sabios y a los inteligentes. Al que le dice: “Tú eres”, Él responde: “Bienaventurado eres”, y comienza el diálogo entre los dos” (Fausti, 2008, p. 358).

Luego se da una llamada: la interpretación de su nombre, la asignación de una misión. A Simón se le abre el horizonte existencial con las solemnes palabras declarativas que Jesús pronuncia, como un regalo para él: “*Y yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*” (v. 18). “Esta frase solo resulta inteligible a partir de su trasfondo arameo. El nombre Πέτρος⁵² era desconocido antes del cristianismo; es probable que sea la traducción griega del arameo *kefa*, que es el sobrenombre dado a Pedro⁵³ por Jesús (Mc 3,16), y cuyo significado es «piedra» (Mundle, tiene un interesante artículo sobre Roca (πέτρα) en Coenen et al, 1983-1985, p. 116-119). De ahí el juego de palabras: «Tú eres Kefa (piedra, roca) y sobre la piedra que eres tú edificaré mi Iglesia».

Con cierta frecuencia, la Biblia aplica a Dios la metáfora de la «roca» (Is 7,10; 26,4; 30,29; 44,8) para expresar la idea de punto de apoyo incommovible y de refugio seguro. Pero la imagen de la roca como fundamento parece remontarse a Is 51,1-2, donde Abraham es considerado como la roca de la que fue tallado el pueblo de Dios. De manera semejante, Pedro, en cuanto portador de una revelación especial de Dios sobre el mesianismo y la filiación divina de Jesús, es la roca sobre la que Cristo funda la comunidad de los fieles. En los dichos de Jesús, la metáfora de la construcción ya había aparecido en la parábola del hombre sabio que *edificó su casa sobre roca* (7,25). A la luz de esta parábola, la metáfora adquiere su pleno sentido (Cf. Levoratti, 2003, p. 354-355 y Leske, s.f., p. 1185-1186).

Nos dice San Hilario que “la confesión de Pedro mereció una gran recompensa, porque supo ver en aquel hombre al Hijo de Dios” y que es “bienaventurado Pedro porque fue bendecido con la gracia de poder ver y comprender más allá de los ojos humanos, sin quedarse en lo que es de carne y sangre, sino contemplando al Hijo de Dios gracias a la revelación del Padre Celestial. Pedro fue juzgado digno de conocer el primero la divinidad de Cristo” (Homiliae in Matthaëum, 16, en Catena Aurea 4613). O sea que Simón es bienaventurado por la revelación recibida, por la

52 “Pietro: traduzione greca del nome aramaico Kepha (roccia); questa parola greca non veniva usata come nome proprio di persona nell’ambiente di allora. Il NT fa pure uso della semplice trascrizione greca della parola aramaica (Kêfas: Gv 1,42; 1Cor 1,12; Gal 1,18; ecc.). Más comentarios sobre el nombre Πέτρος en ULRICH LUZ, *El evangelio...*, II, p. 600.

53 San Agustín, en *De consensu evangelistarum*, 2,53, nos recuerda que no es en este pasaje donde recibió Pedro su nombre, sino en el evangelio de San Juan (Jn 1,42): “Tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro”. Pero esto no cambia la importancia de la confesión de fe de Simón y la revelación de su nombre por parte de Jesús.

declaración de Jesús sobre su persona y por la misión que se le encomienda: “Cristo edifica su Iglesia sobre Pedro en su condición de piedra basal. No se trata de un privilegio sino de una función que él debe cumplir. Esa función está relacionada con el acto de fe que Pedro ha expresado en nombre de todos” (Levoratti, 2003, p. 355).

El v. 17 nos informa que el “macarismo” recae sobre Pedro de manera personal, como siendo el centro de atención; sin embargo, ya en 13,16s los discípulos todos recibieron su felicitación, pero aquí se trata de una felicitación que va dirigida en particular al primer discípulo elegido, Pedro, hijo de Juan, como dice Mateo al estilo semítico. Nos encontramos así nuevamente con la extraña yuxtaposición de Pedro, soporte singular de revelación, al que Jesús felicita, y la revelación del Padre que es brindada a cada discípulo (Ulrich, 2001, p. 605).

En las palabras de Jesús descubrimos que “se propone “construir” un templo, que es una comunidad nueva, en la cual Pedro será una “piedra” fundamental. El griego *petros* designa una piedra o pedrusco, algo que se puede agarrar o arrojar. Mientras que *petra* designa un sillar o la peña o roca donde se asienta un edificio. El edificio o comunidad es obra y dominio de Jesús, “mi iglesia”; Pedro tendrá en ella una función mediadora central” (Schökel, 1999, NT, 72).

Jesús da más que el nombre y la misión. Promete a Pedro *las llaves del reino de los Cielos* (v. 19). Esta expresión metafórica se puede comprender con el texto de Is 22,22⁵⁴, de modo que “Pedro se presenta como mayordomo de la casa cuyo dueño es Jesús. Investido de esa autoridad, él abre y cierra para permitir la entrada y salida. Este símbolo deja entrever la función que Pedro deberá llevar a cabo para asegurar el acceso al reino de Dios” (Levoratti, 2003, p. 355). Pedro, al conferírsele *las llaves del reino de los Cielos*, recibe el poder de «atar» y «desatar»:

Este poder, tal como aparece en las fuentes rabínicas, se refiere a la autoridad para decidir sobre las acciones que están permitidas o prohibidas, y al poder de admitir en la comunidad o excluir de ella. Se trata, por lo tanto, de la competencia para establecer con autoridad, sobre la base de la ley interpretada por Jesús (cf. 5-7), lo que es normativo y lo que no lo es, o ha dejado de serlo, en el hoy de fe. Esta competencia parece incluir dos aspectos: por una parte, la de velar por la aplicación de las instrucciones dadas (es la dimensión *disciplinar*). (...) Algunos refieren los verbos «atar» y «desatar» a la práctica de los exorcistas, que «atan» a Satanás (o a otro demonio) y «desatan» a la

54 El texto se refiere a Eliaquim quien llegará a ser mayordomo de palacio: *Pondré sobre sus hombros la llave de la casa de David: lo que él abra, nadie lo cerrará; lo que él cierre, nadie lo abrirá*. En la Biblia no es extraño el uso de esta expresión –la llave– para simbolizar la autoridad del mayordomo sobre los bienes del dueño de la casa. En el texto mencionado la referencia a la casa de David se transfiere al reino de Dios.

víctima de la posesión diabólica. Sin embargo, el contexto de Mt 16,17-19 sugiere que esas expresiones tienen el sentido bien determinado que le dan los textos rabínicos: «permitir» y «prohibir» (o más precisamente, declarar en forma autoritaria lo que está permitido y prohibido). Lo que Pedro «ata» en la tierra será ratificado por Dios (*en el Cielo*). Por lo tanto, la Iglesia no se identifica con el Reino futuro, pero una y otro mantienen una relación muy estrecha (Levoratti, 2003, p. 355).

Debemos afirmar que “la comunidad transmitió una sentencia de Jesús en la que se asigna a Pedro la autoridad en cuestiones de doctrina o de disciplina” (Bultmann, 2000, p. 197), según el sentido de los verbos λῦσαι y δῆσαι. Nosotros, los católicos echamos mano de este texto para fundamentar la doctrina del primado de Pedro y de su herencia a los sucesores⁵⁵ suyos, en tanto que la tradición ortodoxa piensa que todos los obispos en sus diócesis gozan de la sucesión de Pedro y de los demás apóstoles: “Esta autoridad viene prometida a Pedro y, más adelante, a todos los discípulos juntos o al colegio apostólico (18,18); es dada a los discípulos reunidos (Jn 20,23). Esa autoridad se manifiesta particularmente en el perdón de los pecados y da acceso al reino de Dios” (Bibbia TOB 2223).

Jesús quiere darle solidez a la comunidad que comienza, a la Iglesia, que tendrá una sólida roca como fundamento perenne:

“Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia”. Con el término *iglesia* con gran probabilidad se está traduciendo la palabra *qahal*⁵⁶, cuyo significado es asamblea, para indicar la nueva comunidad que Jesús va a construir sobre la base de Pedro. Cabe anotar que “Mt es el único evangelista que emplea la palabra «iglesia» (gr. *Ekklesía*), en el v. 18 y en 18,17. Esta expresión traduce el *qah^hlá* (=heb. *qahal*). En el AT, ese término designa al pueblo de Israel como «asamblea cultural»; aquí, en cambio, se refiere a la *Ekklesía* o «asamblea cultural» que prolongará al grupo reunido alrededor de Jesús durante su vida terrena y se reunirá posteriormente en torno a Cristo resucitado (cf. 28,16-20). De este modo, la imagen del edificio erigido por Cristo se entrecruza con la de una comunidad congregada para el culto (Levoratti, 2003, p. 355).

Y será Pedro la roca en relación con la fe sobre la que estará firme la comunidad de los seguidores de Jesús que ahora comienza. Jesús quiere indicar que “sobre esta fe y sobre esta confesión edificará su Iglesia”. Palabras que dan a entender, que muchos

55 Los exégetas protestantes afirman que en esta perícopa Jesús se refiere solo a la persona de Pedro, no a sus sucesores (cf. Bibbia TOB 2223).

56 También vale la traducción de los términos esenios *sôd* y *'edah*, con los cuales se presentaba esta congregación de Qumran como la comunidad escatológica de los elegidos de Dios.

creerán en lo mismo que ha confesado Pedro. El Señor bendice las palabras de Pedro y le hace pastor” (San Juan Crisóstomo, *homiliae in Matthaeum*, hom. 54,2, en Catena Aurea 4613).

Y nosotros podemos incluirnos en el premio de Pedro, “pues, quien reconoce a Nuestro Señor Jesucristo como Hijo de Dios, es hecho partícipe de la bienaventuranza; pero quien niega al Hijo de Dios se hace infeliz y desgraciado”⁵⁷.

Esta bienaventuranza tiene que ver con un aspecto individual, la recepción del Espíritu Santo que le da a conocer la identidad de Jesús, con la revelación de su nombre, Pedro, que implica una misión, ser la base y el fundamento en donde se asentará la fe la Iglesia, lo que le saca del aspecto individual y lo lanza a la responsabilidad comunitaria. En este sentido también podemos entender la recepción de las llaves del Reino de los cielos, que será para ejercer una responsabilidad comunitaria.

En todo caso, estos versículos distan de la visión de las bienaventuranzas tradicionales, en el sentido de que el “macarismo” para Simón Pedro no le viene por sus sufrimientos, persecuciones, injusticias, pobreza, y demás motivaciones del Sermón del monte, sino por su apertura al Espíritu, lo que me permite catalogarla como bienaventuranza espiritual, aunque el cumplimiento de lo encomendado por Jesús sin lugar a dudas que le traerá a Pedro la persecución, el sufrimiento, el rechazo, la injusticia... y, en definitiva la muerte por el Reino de Dios y su causa.

Bienaventurado el siervo fiel y prudente (Mt 24,46) Τίς ἄρα ἐστὶν ὁ πιστὸς δοῦλος καὶ φρόνιμος;...; μακάριος ὁ δοῦλος ἐκεῖνος ὃν ἐλθὼν ὁ κύριος αὐτοῦ εὐρήσει οὕτως ποιοῦντα·

Este texto del capítulo 24 de Mateo es un pasaje en el cual Jesús anuncia la destrucción de Jerusalén: “no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada”. Tenemos aquí un extenso discurso apocalíptico que termina con la invitación a estar preparados, velando, para la venida del Señor. Será dichoso el siervo que esté preparado y lo encuentre el Señor en fidelidad. Aunque se debe tener en cuenta todo el capítulo para comprender el contexto, nos fijamos principalmente en los vv. 42-51⁵⁸, y desde allí nos concentramos en el v. 46:

⁴²Por tanto, velen, porque no saben en qué día su Señor viene. ⁴³Pero comprendan esto: si el dueño de la casa hubiera sabido a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, hubiera estado alerta y no hubiera permitido

⁵⁷ Documentos de los Padres 9999.

⁵⁸ Para el *The Jesus Seminar* se trata de una tradición tardía, posterior a Jesús, aunque algunos versículos se acercan mucho al pensamiento de Jesús. Cf. el texto en *The Five Gospels*.

que entrara en su casa. ⁴⁴Por eso, también ustedes estén preparados, porque a la hora que no piensen vendrá el Hijo del Hombre. ⁴⁵¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien el señor puso al frente de su servidumbre para darles la comida a su tiempo? ⁴⁶*Dichoso* aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. ⁴⁷Yo les aseguro que le pondrá al frente de toda su hacienda. ⁴⁸Pero si el mal siervo aquel se dice en su corazón: “Mi señor tarda”, ⁴⁹y se pone a golpear a sus compañeros y come y bebe con los borrachos, ⁵⁰vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, ⁵¹le separará y le señalará su suerte entre los hipócritas; allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Esta perícopa, símil con mezcla de alegoría (Bultmann, 2000, p. 231), también la registra el evangelio de Lucas en 12,41-46, sin mayores diferencias con respecto a Mateo. El pasaje contiene dos símiles: el del ladrón (vv. 43-44), y el del criado fiel y el criado infiel (vv. 45-51), y hay posibilidad de que provengan de una tradición judía (Cf. Bultmann, 2000, p. 184-187), pero por la conciencia escatológica, es difícil no apuntarlos a la tradición cristiana, en donde su origen se explica mejor.

Estamos en la última sección del “discurso escatológico” de Mateo, el cual se refiere a la necesidad de “vigilar”, pues no conocemos “ese día ni esa hora”. Para esta enseñanza se vale Jesús de dos comparaciones. La primera se refiere a la vigilancia de la casa: si el *dueño de la casa* supiese la hora en que llegaría el ladrón, “vigilaría” y no dejaría que “perforasen su casa” para entrar a robar (vv. 43.44). Y la segunda, es la comparación entre el *siervo bueno y el malo* (vv. 45-51).

En los vv. 43 y 44 Jesús ha invitado a sus discípulos a la vigilancia y a estar preparados para la llegada del Hijo del hombre. Como no sabemos el cuándo de nuestra muerte, ni de la parusía, es preciso estar alerta y despiertos, para que no nos sorprendadesprevenidos la llegada del Hijo del hombre, quien vendrá cuando menos se piense. En este contexto de vigilancia y de solicitud de estar preparados, presentan los versículos siguientes no ya al dueño de la casa, sino al criado, fiel y sensato, que debe vivir en vigilancia perfecta, precisamente en el hacer lo que le encomienda su amo, alimentar a tiempo a su servidumbre (vv. 45-51). El estar en vela se traduce en servir con fidelidad al encargo de su señor.

Antes de emprender su viaje el amo se fía de un criado y lo deja como cabeza de su servidumbre para que cuide de ella. A esta servidumbre debe ahora servir el criado, con sus cuidados y dando a tiempo lo que sea necesario para su bien, expresado aquí con el término alimento. El criado será fiel si cumple a cabalidad este encargo, sin traicionar la confianza depositada en él por parte de su señor.

Dichoso este criado si el señor a su regreso lo encuentra en el fiel ejercicio de su misión:

La actitud ante el señor que vuelve también está determinada por esta fidelidad a lo que quiere el señor. Aquí en primer lugar se piensa en los que han logrado un *cargo administrativo en la comunidad*. Deben transmitir a los fieles los bienes que los fieles necesitan del Señor celestial de la casa. Con esta confianza y fidelidad muestran la disposición que espera el Señor celestial que les ha dado el encargo. Su vigilancia se manifiesta en su fiel servicio. Porque este servicio no les deja ninguna posibilidad de pensar en sí, sino que los conduce todos los días a cuidarse de las personas que les han sido confiadas. Éste es un ejercicio ininterrumpido que dispone para la parusía (Trilling, 1980, p. 281).

Pero algo distinto le espera a quien descuida su misión, a quien toma con ligereza su cargo, abusa de su autoridad y lleva una vida licenciosa. Ilusoriamente piensa que su señor tardará mucho en volver, pero a la hora menos pensada se verá sorprendido y desprevenido, tendrá que afrontar un severo castigo y tendrá que dejar su cargo (Trilling, 1980, p. 281), porque “los seguidores de Jesús que no vivan pensando en la pronta y repentina llegada del Mesías serán castigados: equiparados con los hipócritas (siempre fariseos en Mateo) y avergonzados también en público” (Malina & Rohrbaugh, 2002, p. 123).

La parábola que contiene la bienaventuranza de nuestro interés “muestra el contraste entre un siervo fiel y prudente y uno malvado. Ser «puesto al frente de [la] casa» para administrar los asuntos del amo es recibir la responsabilidad de ser fiel a la participación personal en el reino, haciendo presente al Padre al mostrar solicitud y compasión para con los demás. El Hijo del hombre puede venir antes de lo esperado, pero los fieles, que viven como hijos del Padre celestial, siempre estarán preparados” (Leske, s.f., p. 1200). Aquí parece que no podemos ver de manera especial una advertencia a quienes ejercen roles de dirección en la comunidad cristiana (Bultmann, 2000, p. 178).

Cumplir el deber, estar preparados, es vivir de acuerdo con lo que nos ha pedido el Señor, y que podríamos equiparar a la profecía de Miqueas: “Se te ha dicho hombre lo que debes hacer, lo que Dios pide: derecho, fidelidad, humildad obediente” (Miq 6,8). Así, actuando según la Palabra, caminando según el proyecto de vida de Jesús, “los discípulos, al dejar el tiempo del juicio en manos de Dios, viven como justos, constantemente preparados para la venida del Hijo del hombre” (Leske, s.f., p. 1200).

Como seguidores de Jesús que esperamos con ansias su segunda venida, que anhelamos su parusía, tenemos que estar preparados en cada instante. Y debemos esperar en vela, con la mente despierta, que:

Es la que no está preocupada por intereses mundanos, ni por la defensa, ni la acumulación material de riqueza. El centro de atención tiene que estar en la preparación para la venida del Señor. El siervo del Señor está preparado, según la parábola, para su venida, sea cual sea el tiempo de su llegada. La seguridad más eficaz de cualquier casa es la preparación vigilante (Oyin Abogunrin, 2005, p. 1283).

Así, nuestra seguridad está en la vigilancia continua y en la gozosa espera, lo que implica una existencia vivida a lo cristiano.

También es interesante percatarse de que esta perícopa llama la atención sobre la seriedad para administrar nuestra vida y lo que con ella Dios ha puesto en nuestras manos, pues “el blanco a que apunta la parábola es la vigilancia en la incerteza; pero de paso revela a los hombres su condición de criados y administradores, responsables ante el amo” (Schökel, 1999, p. 90). Así que como administradores de lo que Dios nos ha encomendado, dichosos nosotros si somos responsables y estamos dispuestos en cada instante a rendirle cuentas a nuestro Señor. Nos irá bien en el balance, seremos juzgados dignos de confianza y se nos confiarán bienes superiores, eternos, toda su hacienda; nos otorgará la salvación.

3.2. En el evangelio de Lucas

También en el evangelio de Lucas, además del interesante paralelo con las bienaventuranzas del sermón de la montaña de Mateo, se encuentra esta terminología en otros relatos y en otros contextos: en la visitación de María a su prima Isabel (Lc 1,39-56); en la respuesta a los enviados de Juan a interrogar a Jesús sobre su mesianismo (Lc 7,18-23); en un lugar donde Jesús declara dichosos a quienes son testigos de su presencia y de su misión (Lc 10,21-24); en un lugar donde Jesús declara dichosos a quienes escuchan y practican la palabra de Dios (Lc 11,27-28); también donde declara dichosos a quienes, preparados y vigilantes, esperan la venida de su señor (12,35-48); donde se declara que serán dichosos quienes inviten sin esperar recompensa (Lc 14,12-14); donde se afirma que es dichoso quien pueda comer el pan en el reino de Dios (Lc 14,15)⁵⁹; y donde se declara también que serán dichosas las estériles (Lc 23,26-32).

⁵⁹ Esta bienaventuranza no fue dicha por Jesús, sino por uno de los presentes en un banquete en el que fue invitado Jesús. A esta bienaventuranza Jesús responde que comer el pan en el Reino de Dios está reservado a los pobres, a los lisiados y a los excluidos; a ellos que tienen hambre de Dios se les dará como don el Reino de los cielos (Cf. Lc 14,15-24).

En el Codex Bezae encontramos una adición después de Lucas 6,4, que sería, según Joachim Jeremias y Otfried Hofius (Stanton, s.f., p. 179), un auténtico dicho de Jesús que, aunque “no forme parte del evangelio de Lucas, bien pudiera ser una tradición oral antigua (quizás incluso auténtica) que se habría transmitido en algunas comunidades de la Iglesia primitiva y que un escriba incluiría finalmente” (Stanton, s.f., p. 71-72): “El mismo día él [Jesús] vio a un hombre trabajando en sábado y le dijo: «Hombre, si sabes lo que haces, eres dichoso (μακάριος εἶ); si no lo sabes, eres un maldito y un transgresor de la ley» (Cf. Nestle-Aland, *Novum Testamentum Graece*, aparato crítico sobre Lc 6,4).

Bienaventurada la que creyó... Todas las generaciones me tendrán por bienaventurada (Lc 1,45.48) Μακαρία ἡ πιστεύσασα ὅτι ἔσται τελείωσις τοῖς λελαλημένοις αὐτῇ παρὰ κυρίου. Καὶ εἶπεν Μαριάμ: ἀπὸ τοῦ νῦν μακαριοῦσίν με πᾶσαι αἱ γενεαί.

Aquí parece que estamos ante unas palabras de tradición muy cercana a Jesús⁶⁰, aunque autores como Bultmann (2000, p. 357-363) afirman que el salmo de Lc 1,46-55 es originalmente un fragmento independiente, un himno escatológico judío.

Aunque el texto completo de la Visitación de María a su prima Isabel y el hermoso cántico del *Magnificat* lo encontramos en 1,39-56⁶¹, solo nos interesa para nuestro propósito la perícopa de los versículos 41 al 50, que nos trae en dos ocasiones la expresión de *bienaventuranza*, una vez en boca de Isabel (v. 45), y la otra en labios de la misma María (v. 48):

⁴¹Y aconteció que cuando Elisabeth oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo, ⁴²y exclamó a gran voz y dijo: ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ⁴³¿Por qué me ha acontecido esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? ⁴⁴Porque he aquí, apenas la voz de tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de gozo en mi vientre. ⁴⁵Y bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor. ⁴⁶Entonces María dijo: Mi alma engrandece al Señor, ⁴⁷y mi espíritu se regocija en Dios

⁶⁰ El *The Jesus Seminar* considera que el texto contiene una tradición muy cercana a Jesús (Cf. *The five gospels*, p. 271-273). Aquí encontramos también claras dependencias del cántico de Samuel.

⁶¹ ⁴⁵Bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor. ⁴⁶Entonces María dijo: Mi alma engrandece al Señor, ⁴⁷ y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. ⁴⁸Porque ha mirado la humilde condición de esta su sierva; pues he aquí, desde ahora en adelante todas las generaciones me tendrán por bienaventurada. ⁴⁹ Porque grandes cosas me ha hecho el Poderoso; y santo es su nombre ⁵⁰y de generación en generación es su misericordia para los que le temen.

mi Salvador. ⁴⁸Porque ha mirado la humilde condición de esta su sierva; pues he aquí, desde ahora en adelante todas las generaciones me tendrán por bienaventurada. ⁴⁹Porque grandes cosas me ha hecho el Poderoso; y santo es su nombre. ⁵⁰Y de generación en generación es su misericordia para los que le temen.

Gracias a María, quien ha obedecido a la Palabra, ha sido posible el encuentro de las dos economías salvíficas, la del Antiguo y la del Nuevo Testamento. Dios visita a su pueblo que lo reconocerá en la persona de Jesús. “Este reconocimiento es el término de su plan, el fin de su fatiga (cf. 19,44; 13,34), cumplimiento de la historia de la salvación (cf. Rm 11,25-36): el encuentro entre Israel y la Iglesia, entre el pueblo de Dios y su Mesías” (Fausti, 2008, p. 35). Algunos estudiosos, como R. Laurentin (1957, s.p.) ven en el pasaje de la visitación, por los contactos literarios con el relato del traslado del Arca de la casa de Abinadab a la casa de Obed-edom, y su depósito allí (2 Sam 6,2-12), un intento reflejo de presentar a María como portadora de Dios, lo que podría deducirse orientando la investigación y la comprensión del texto por este sentido. Las dos mujeres están embarazadas, Isabel esperando a Juan Bautista, y María esperando al Eterno esperado. Su encuentro es el abrazo entre la promesa de Dios a nuestros padres y el cumplimiento en Jesús de Nazaret.

María se dirige a los montes de Judea en busca de su pariente porque ha creído lo que se le ha dicho sobre ella; va entonces movida por la amistad y con el anhelo de compartir la alegría y prestar ayuda a quien en tales condiciones precisa de su servicio. “Visita a su pariente para congratularse con ella y para asistirle en su embarazo” (Mora Paz & Levoratti, 2003, p. 479). Y se va a dar la alegría del encuentro que hace saltar de un gozo que confirma lo que se ha creído desde la fe: Dios está con nosotros, no es necesario esperar más, solo tenemos que acogerlo. El saludo de María “llena de paz y de gozo toda la casa. Hasta el niño que lleva Isabel en su vientre «salta de alegría». María es portadora de salvación, pues lleva consigo a Jesús” (Pagola, 2012, p. 27).

El encuentro se realiza por iniciativa de aquella que es bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de la Palabra del Señor... El Nuevo Testamento va a reconocer en el Antiguo Testamento el don que estaba contenido como promesa de lo imposible... Y en María y en la Iglesia Israel ve la visita que el Señor le ha hecho. Es un gran misterio este reconocimiento: marca el paso de la promesa al cumplimiento, es el don del conocimiento pleno del Señor (Fausti, 2008, p. 36).

María saluda como una judía, al estilo hebreo, con el saludo del *shalom*, el saludo de la paz. Ella es portadora de la paz que le anuncia a Isabel y la trae consigo para ella y para los de su casa, no solo por ser una visitante, sino ante todo porque

es signo de la visita del Señor que bendice a quien le acoge. Es esto lo que comenta de manera muy acertada Fausti:

María, por su fe en la Palabra, lleva en sí la bienaventuranza de ese don que es el mismo Dios. Isabel se sobresalta: reconoce en ella la realidad de toda promesa. Cesa la espera, cesan los preparativos. Comienza la alegría y resuena el grito de la llegada del esposo. Israel se sobresalta en el Nuevo Testamento, es decir, en María, exulta y se reconoce (Fausti, 2008, p. 37).

Con una alegría incontenible Isabel bendice a María y al fruto de sus entrañas, aunque Jesús no necesita bendición por ser la fuente de todas las bendiciones. Y reconoce que a pesar de la indignidad humana Dios se hace presente y visita a su pueblo; es el reconocimiento de lo inmerecido del don lo que hace que “la humildad y la alegría acompañen siempre el conocimiento y el amor de Dios” (Fausti, 2008, p. 38).

Entonces con palabras se exterioriza lo que se siente en el corazón y se expresa hacia los otros dándoles lo que les corresponde, lo que merecen por bondad de Dios. De ahí que “Isabel termina exclamando: «Dichosa tú, que has creído». María es feliz porque ha creído. Ahí radica su grandeza, e Isabel sabe valorarla” (Pagola, 2012, p. 28), y la declara bienaventurada porque ha creído a Dios, a sus promesas, a su Palabra. “Es la primera bienaventuranza, la que es fundamental: la fe en la promesa, que le permite al Señor vivir “hoy” en el creyente que lo escucha” (Fausti, 2008, p. 38). María es feliz porque ha creído (*μακαρία ἡ πιστεύσασα*) en la Palabra de Dios, haciéndose poseedora de las bienaventuranzas que Jesús pronunciara en este sentido en el evangelio de Juan para quienes creen sin ver y para quienes oyen la Palabra de Dios y la guardan (Cf. Jn 11,27; 20,29):

Ella es, entonces, la creyente. Se puede notar cómo en lugar del pronombre personal de segunda persona referido a María, Isabel emplea un participio aoristo griego con artículo (*ἡ πιστεύσασα*), que viene a ser un epíteto o sobrenombre característico y distintivo de la Virgen nazaretana, la cual desde ahora deberá ser conocida como la Creyente (Muñoz Iglesias, 1988, p. 177).

Ahora, María creyó que *ἔσται τελείωσις τοῖς λελαλημένοις αὐτῇ παρὰ κυρίου* (1,45); no dudó en que lo dicho por Dios se cumpliría, en que la promesa tendría un cumplimiento. Pero, ¿qué fue lo anunciado, lo prometido por Dios? Felices los que creen en las promesas de Dios:

La fe del pueblo de Israel es la certeza de que Dios realiza sus promesas: Dios lleva a su pueblo elegido a la tierra prometida (Dt 1,8; Sal 105,8-11); si los

hombres cumplen los mandamientos de Dios, Dios realiza su alianza con ellos, y se preocupa por ellos, para que estén bien, como les prometió (Dt 7,12-16; 28,9-14); según su promesa, Dios mantendrá el trono de David por los siglos (Sal 89,4-5.36-37; 1332,11-12) (Langner, 2008, p. 79).

El Dios de Israel es el Dios de las promesas, pero ante todo es el Dios del cumplimiento. Son felices quienes creen esto, pues experimentarán que Dios no les fallará.

Tengamos en cuenta que “la idea de «cumplimiento», aunque expresada aquí con la palabra *teleiōsis*, un término que no sale más que en este pasaje en toda la obra de Lucas (cf. Jdt 10,9; Heb 7,11), es uno de los pilares fundamentales de la comprensión lucana de la historia de salvación” (Fitzmyer, 1987, p. 149).

Luego de las palabras de saludo por parte de Isabel a María, la joven madre de Jesús responde cantando la propia pobreza y grandeza de Dios con el *Magnificat* (1,45ss), hermoso canto de alabanza al estilo del pronunciado por Ana cuando ve cumplido lo que le había prometido Dios con respecto a su hijo (1Sam 2), pero con algunas diferencias entre los dos cantos:

Comparado el de María con el cántico de Ana (1Sm 2,1-10), notamos el trato distinto de Dios con los potentados, soberbios y ricos. Ana describe la inversión radical de los potentados a impotentes, de los débiles a fuertes, de los hartos a hambrientos, y de las mujeres que tienen muchos hijos a mujeres marchitas y estériles (1Sm 2,4-5). María, en cambio, alaba la justicia compensada de Dios: los potentados son derribados de sus tronos, ya no son poderosos, pero todavía no son impotentes; los humildes son exaltados, pero no llegan a ser los nuevos señores (Lc 1,52). Los hambrientos son colmados de bienes por Dios, pero los ricos no llegan a ser pobres, Dios no les quita sus bienes (...) (1,53). (...) Ana canta que sólo Dios es omnipotente, y que los hombres no triunfan por la fuerza propia (1Sm 2,2.6-7.9). María, en cambio, alaba la misericordia de Dios, que se acuerda de su promesa y acoge a Israel (Lc 1,50.54.55), para que su pueblo experimente su actuación maravillosa (1,49). No se trata de una reversión o inversión radical, sino que se trata más bien de la justicia compensada y equilibrada (Langner, 2008, p. 80).

El Magnificat pronunciado por María “expresa la bienaventuranza de quienes han reconocido la acción de Dios a su favor” (Fausti, 2008, p. 40-41); ella es el prototipo de quienes saben esperar en el Señor y reconocer cuando se hace presente para transformar nuestra simple historia en historia salvífica.

Entonces, al constatar que ha sido objeto de la benevolencia de Dios, al percibir que está recibiendo el don de Dios, canta la misericordia de quien se ha fijado en su humildad:

El ojo nuevo, es decir, el corazón nuevo, es el motivo del canto nuevo. El ojo del viejo Adán empuqueñeció a Dios, y se lo hizo ver mezquino, envidioso y malo (Gn 3,1ss.); el de Sara lo encarneció como incapaz del prodigio de la vida (Gn 18,10-15); el de Israel consideró como “acortado” su brazo, inepto para salvar (Nm 11,23). En cambio el ojo de María “engrandece” a Dios y lo ve como generoso en el amor, dador de todo bien, capaz de dar la vida, poderoso en su brazo, victorioso sobre todo mal. El hombre había convertido a Dios en un ídolo a su imagen y semejanza, en un continuo empuqueñecimiento de Él que, inevitablemente, viene a ser un empuqueñecimiento de sí mismo –hasta el anonadamiento. En cambio, María le atribuye grandeza a su nombre. Lo reconoce como Dios y muestra que está llena de Él. Cada uno lo recibe en la medida en que lo “engrandece” y lo engrandece en la medida en que cede el puesto a su altura, humillándose” (Fausti, 2008, p. 41).

Con sus palabras sinceras “María confiesa abiertamente que no son sus propios méritos los que le han llevado a ser la madre del descendiente de David, del Mesías, del Hijo de Dios. Y por eso precisamente puede proclamar que Dios es grande” (Fitzmyer, 1987, p. 152). El ser humilde (ταπεινωσις) le permite reconocer lo que es obra de otro. Y surge de manera espontánea la alegría como consecuencia del engrandecimiento del Señor por parte de María, quien se complace en el autor de este don. “Este alegrarse de la gracia de Dios es el destino sublime del hombre” (Fausti, 2008, p. 41).

El motivo del don no es tanto la piedad, bondad o justicia de María, cuanto su humildad, que la hace disponible con todo su ser y la pone en condiciones de recibirlo todo de manos de Dios. Así, María nos ha dado ejemplo de disponibilidad para acoger el don de Dios, ella “es el primer ser humano que reconoce la propia pequeñez y la distancia de Él, de un modo pleno y absoluto. Por eso Dios puede darse a ella de un modo pleno y absoluto” (Fausti, 2008, p. 42). Su mérito fundamental es reconocerse no merecedora, y eso la hace merecer el don, que es Dios mismo, quien se ha fijado en la humildad de su sierva: ὅτι ἐπέβλεψεν ἐπὶ τὴν ταπεινωσιν τῆς δούλης αὐτοῦ. Y en su humildad, y sin renunciar a reconocer su poquedad, es capaz, eso sí, de reconocer y proclamar lo que Dios es capaz de hacer con el ser humano, y que ahora ha hecho en ella.

Ahora empieza la nueva etapa de salvación, según lo indica la locución temporal *desde ahora* (ἀπὸ τοῦ νῦν), fórmula común en Lucas (cf. Lc 5,10; 12,52; 22,18.69; Hch 18,6) (Fitzmyer, 1987, p. 152). Por eso, por lo que el Altísimo ha hecho en ella, tendrá para siempre el título de bienaventurada entre todas las naciones: μακαριοῦσιν με πᾶσαι αἱ γενεαί:

Todos los hombres la felicitarán no por su humildad, sino porque Dios ha

mirado su abajamiento. Él ha manifestado su amor en su no amabilidad. El mismo motivo de engrandecer al Señor y del danzar en Él es su mirada que se fija en ella. Todas las generaciones se alegrarán de ahora en adelante con ella: en ella la nada del hombre se ha revelado como el abismo capaz de concebir a Dios, el don de los dones (Fausti, 2008, p. 42).

Vemos una situación similar en la gozosa exclamación de Lía en Gn 30,13: “¡Qué felicidad la mía! Todas las mujeres me felicitarán”; pero Lucas 1,48 cambia (Fitzmyer, 1987, p. 153) *todas las mujeres* (αἱ γυναῖκες) por *todas las generaciones* (αἱ γενεαί), con lo cual expresa una exaltación especial de quien será «la madre del Señor». Esta profecía se ha ido cumpliendo (Schökel, 1999, p. 157) a lo largo de toda la historia de la Iglesia, y se cumplirá hasta el encuentro escatológico con el Señor, cuando alcanzaremos también nosotros la felicidad prometida por Dios.

Al mirar su pequeñez, Dios realiza en ella cosas grandes; por eso es bienaventurada, no solo por ser mirada su humildad, sino por lo que sigue: el obrar de Dios sobre ella y a favor de ella, y lo más grande es darse a sí misma, permitiendo que su Verbo se haga carne en el seno virginal de su sierva, María, y que pueda habitar en medio de nosotros.

En el relato de la visitación “María no es en realidad alabada por Isabel porque va a ser la madre del Señor, sino porque ha creído que lo que le ha prometido el Señor se cumplirá, a diferencia de lo que ha sucedido con Zacarías. Nada es imposible para Dios: María se ha comportado como Abraham (Gn 18,14): los dos, Abraham y María, han creído y esperado contra toda esperanza (Rm 4,17). Con ambos ha comenzado por eso un tiempo decisivo de la historia de Dios con los hombres: con Abraham la historia de la salvación de la antigua alianza, con María el cumplimiento definitivo de la promesa puesto que ella trae al mundo la descendencia esperada desde Abraham, con el que comienza ahora esta nueva alianza de Dios con los hombres” (Ramírez Zuluaga, 2008, s.p.).

Esta bienaventuranza tiene que ver, pues, con la fe, con el creer:

Isabel la declara dichosa porque «ha creído». María es grande no simplemente por su maternidad biológica, sino por haber acogido con fe la llamada de Dios a ser Madre del Salvador. Ha sabido escuchar a Dios; ha guardado su Palabra dentro de su corazón; la ha meditado; la ha puesto en práctica cumpliendo fielmente su vocación. María es Madre creyente (Pagola, 2012, p. 29).

Así nos invita a reconocer que es bienaventurado quien le cree a Dios, con todo lo que implica creer, con ese ponerse en movimiento para seguir detrás de aquel que habla, porque se ha puesto en él toda la confianza. Se es bienaventurado porque

Dios no miente; por tanto, se cumplen sus palabras, se hacen realidad sus promesas; no es tanto el Dios de la promesa, cuanto el Dios del cumplimiento. Pero se es bienaventurado también, y ante todo, como María, porque Dios hace obras grandes en el creyente y a favor del creyente. Basta dejar que Dios actúe y las maravillas de su acción se hacen cada vez más evidentes.

Esto me lleva a decir que esta bienaventuranza es necesaria para acoger, aceptar y vivir en el espíritu de las bienaventuranzas del Sermón del Monte, pues sólo quien cree en las palabras de Jesús es capaz de emprender la aventura de vivir según su proyecto de vida; solo quien cree en las palabras de Jesús podrá caminar detrás de él como un verdadero discípulo, y eso lo hará bienaventurado.

El mundo de hoy piensa que la fe es antagónica a la felicidad, contraria a ella, o, por lo menos, que ella tiene poco que ver con la felicidad. De hecho, son bastantes los que piensan que la religión es un estorbo para vivir la vida de manera intensa, pues empequeñece a la persona y mata el gozo de vivir. Además, ¿por qué iba a preocuparse un creyente de ser feliz? Vivir como cristiano, ¿no es fastidiarse siempre más que los demás? ¿No es seguir un camino de renuncia y abnegación? ¿No es, en definitiva, renunciar a la felicidad? (Pagola, 2012, p. 30).

En realidad están muy equivocados quienes piensan así. Cuando Dios llama a creer, la llamada es a ser feliz; seguir a Jesús es descubrir otra alegría, la verdadera alegría, que transforma de raíz nuestra vida. Seremos verdaderos creyentes cuando entendamos y aceptemos que solo en Jesús podemos encontrar una alegría más plena y verdadera y vivamos en conformidad con esa afirmación.

Las palabras dirigidas a María: «Dichosa tú, que has creído», no se quedan en ella, sino que abarcan a todo los llamados y este saludo puede extenderse de alguna manera a todo creyente. A pesar de las incoherencias y la infidelidad de nuestras vidas mediocres, dichoso también hoy el que cree desde el fondo de su corazón. María es el mejor modelo de esta fe viva y confiada. La mujer que sabe escuchar a Dios en el fondo de su corazón y vive abierta a sus designios de salvación. Su prima Isabel la alaba con estas palabras memorables: «¡Dichosa tú, que has creído!». Dichoso también tú si aprendes a creer. Es lo mejor que te puede suceder en la vida (Pagola, 2012, p. 31-32).

Dichoso tú, que has creído, y que no ves a Dios como enemigo de tu felicidad, sino como su fuente y origen, pues lo que Él ha prometido se cumplirá también en ti, pues como dice el Apóstol de los gentiles: “anunciamos lo que ni el ojo vio ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (1Cor 2,9).

Bienaventurado quien no se escandaliza de mí (Lc 7,23) Μακάριός ἐστιν ὃς ἐὰν μὴ σκανδαλισθῆ ἐν ἐμοί.

Jesús, en Lc 7,18-23⁶², después de responder a la embajada de Juan Bautista, le envía a decir a su Precursor que son bienaventurados “*quienes no se escandalicen de mí*”. Una bienaventuranza digna de análisis y reflexión, que ya hemos considerado en Mt 11,6, y que podríamos asumir aquí con el mismo sentido:

¹⁸Los discípulos de Juan le contaron todas estas noticias. Entonces él, llamando a dos de ellos ¹⁹los envió a decir al Señor: ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? ²⁰Llegando donde él aquellos hombres, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? ²¹En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades y dolencias, y de malos espíritus, y dio vista a muchos ciegos. ²²Y les respondió: vayan y cuenten a Juan lo que han visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ²³y *dichoso* (μακάριός) aquel que no halle escándalo en mí!

Este texto, clasificado como «declaración» de Jesús, es incluido por Bultmann entre sus «apoteogmas» (Bultmann, 2000, p. 83). Recordemos que en el paralelo de Mateo se encuentra esta perícopa inmediatamente después del discurso de instrucción a los apóstoles del capítulo 10, después de la cual nos encontramos con una sección dedicada a diversos dichos de Jesús (11,2-12,50). En los vv. 2-19 del capítulo 11 aparecen los enviados de Juan, y en ese contexto nos encontramos con nuestra bienaventuranza (v. 6).

En cambio, en Lucas el contexto es el de la actividad de Jesús en Galilea (4,14-9,50), contexto en el cual tiene lugar una serie curaciones y de portentos, en el cual Jesús llama a Leví y escoge a sus doce Apóstoles, así como también enseña a la multitud. Después de sanar al criado de un oficial romano y de resucitar al hijo de la viuda de Naím (7,1-17), viene la embajada de Juan el Bautista (7,18-35) y nuestra bienaventuranza (v.23). Posteriormente, nos encontramos con Jesús en casa de Simón el fariseo, y por fin, en 8,4ss, la parábola del sembrador y su explicación, seguida de la parábola de la lámpara y otras acciones milagrosas y enseñanzas de Jesús, la transfiguración y anuncios sobre su muerte 8,16-9,50).

⁶² Sacando los vv. 20,21, el texto que trae esta bienaventuranza procede de Q. Cf. Kloppenborg, *Q, el evangelio desconocido*, p. 128.137.164; Dale C. Allison, Jr., *The Jesus tradition in Q*, p. 6, 8, 17, 32. Son pues material procedente de Q, cf. Joseph A. Fitzmyer, *El evangelio según Lucas*, II p. 653. El Jesus Seminar considera los vv. 22-23 como tradición tardía, posterior a Jesús (*The Five Gospels*, p. 301).

Han sido mucho los intentos por aclarar el sentido de las «dudas de Juan». Sintéticamente mencionaré algunas posturas (Fitzmyer, 1987, p. 656-657)⁶³:

Desde la patrística hasta la Reforma, la pregunta de Juan es una duda ficticia, usada como recurso para reforzar en los discípulos la imagen de Jesús. Es una interpretación insostenible por el contexto. Aquí ubicamos a San Juan Crisóstomo (*Hom. xxxvi in Matt.*, 11, 2; PG 57, 413-415, citado por Fitzmyer, 1987, p. 657), San Agustín (*Sermones de scripturis*, 66, 3-4; PL 38, 432-433, citado por Fitzmyer, 1987, p. 657), San Hilario (*Comm. in Matt.*, 11, 2; PL 9, 978-979, citado por Fitzmyer, 1987, p. 657). Otros piensan que la pregunta sería una sospecha inicial del Bautista sobre el papel que estaría desempeñando Jesús. Encontramos en esta postura a A. Loisy (*Les évangiles synoptiques*, I, Ceffonds 1907, 660, citado por Fitzmyer, 1987, p. 657). Hay un grupo que considera esta pregunta desde otra óptica: La pregunta de Juan es considerada como el reflejo de la polémica entre los distintos grupos de discípulos y se menospreciaba a los discípulos de Juan porque este no había cedido ante la manifestación mesiánica de Jesús. Tal es el pensamiento de M. Goguel (*Au seuil de l'évangile: Jean Baptiste*, 1928, p. 64-65, citado por Fitzmyer, 1987, p. 657). Otro enfoque, muy difundido desde Tertuliano (*Adversus Marcionem*, 4, 18, 4-6; CC 1, 589-590, citado por Fitzmyer, 1987, p. 657), ve aquí una auténtica duda y perplejidad ya que Jesús “no ha resultado ser el Mesías que Juan esperaba que fuera”.

Pero es más apropiado pensar que “la perplejidad de Juan no nace de una falta de fe en la condición mesiánica de Jesús; Juan duda porque no logra ver a Jesús desempeñando el papel de un reformador fogoso, de un *Elías redivivus*, de «el que ha de venir»” (Fitzmyer, 1987, p. 657).

Esta perícopa es importante, entre otros aspectos, por tener la función de identificar (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 519) la imagen de Jesús con la que han anunciado los profetas de Israel. Por eso la pregunta se orienta a la constatación de si en Jesús está «el que ha de venir», es decir, si Jesús es el Mesías. Un indicio seguro de la posibilidad de hacer esta identificación del Mesías esperado con Jesús es el anuncio de la Buena Noticia a los pobres, que aquí son lisiados, ciegos, sordos y leprosos, a quienes Jesús con su mensaje propone redención total. Este texto retoma la cita del profeta Isaías, que Lucas pone en boca de Jesús en su predicación inaugural (4,18-19). Ahora bien, está claro que Jesús está realizando aquello para lo cual fue enviado, lo ha hecho en los precedentes capítulos (4-7), que pueden paragonarse con nuestra perícopa, según nos lo evidencia la enumeración que hace al respecto Córdula Langner (2008, p. 79).

⁶³ Debo estas posiciones a Joseph A. Fitzmyer.

Jesús expulsó el espíritu inmundo de un hombre endemoniado (4,31-37 corresponde a 7,21b); Jesús curó a la suegra de Simón y al hombre con la mano seca (4,38-39; 6,6-11 corresponde a 7,21a); Jesús cura a un leproso (5,12-16 que corresponde a 7,22d); Jesús cura a un cojo (5,17-26 corresponde a 7,22c); Jesús resucita al hijo de una viuda (7,11-17 correspondiente a 7,22f); Jesús anunció la Buena Nueva (6,20-49 corresponde a 7,22g). Unos capítulos más adelante añade Lucas la curación de un mudo (11,14 con la correspondencia en 7,22e). No aparecen curaciones de ciegos, pero 7,21c informa que Jesús devolvió la vista a muchos, y más adelante nos encontraremos con el ciego de Jericó (18,35-43). De modo que la conclusión y la respuesta a la pregunta formulada por Juan está muy clara: Jesús está cumpliendo lo anunciado por el profeta Isaías (Is 61,1; pero también Is 29,18; 35,5-6; 42,18; 26,19). ¿Podemos responder quién es Jesús? Pues la respuesta se va haciendo obvia.

Sin embargo, es claro que “el Bautista no aparece aquí, en manera alguna, como testigo del Mesías, sino como una persona atormentada la duda y que quiere una respuesta; ahora bien: eso está en contradicción con la tendencia de la comunidad primitiva que en realidad quería presentar a Juan el bautista en su calidad de testigo (Kümel, p. 110-111, como se puede comprobar en esta observación citada por Fitzmyer (1987, p. 655).

Pero Jesús va más allá de las palabras de Isaías: perdona los pecados y predica la llegada de un reino en el cual el hombre será salvado de manera integral, por lo cual proclama en 4,18 la «remisión (ἀφεσις) a los cautivos» y la «libertad (ἀφέσει) a los oprimidos». El sentido del sustantivo ἀφεσις es de perdón o de cancelación de la culpa del pecado, pero también el sentido de la libertad (de prisioneros); en el mismo sentido, el verbo ἀφίημι es tanto perdonar, borrar, remisión de pecados o deudas, como también liberar, dejar libre.

Jesús viene a perdonar nuestras faltas, pero también a liberarnos de las esclavitudes que nos impiden vernos como hermanos, vivir como hijos de Dios y miembros de un mismo pueblo. Aquí llegan las dificultades, pues no es con la violencia, la venganza, el rencor o la inversión de los señores del poder como se actúa la misión del Mesías. Por eso Jesús da lugar a equívocos sobre su identidad con el Mesías y escandaliza a muchos que lo rechazan o ponen en duda su legitimidad.

Jesús, entonces, escandalizaría a quienes ven contradicción entre lo que esperan del Mesías prometido y lo que él realiza. Por el contrario, “dichosa es la persona que no se cierra a la acción de Dios en Jesús, aunque esta acción no responda a las ideas que uno se ha formado acerca del Mesías y del reinado de Dios” (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 520). Además, solo en esta bienaventuranza, junto con la de 14,14, están introducidas por la conjunción *kai* («y»), lo que hace muy relevante el comentario de Jesús sobre Juan el Bautista, de modo que “Jesús

proclama bienaventurado a todo el que entiende correctamente su identidad y el carácter de su misión y no se deja llevar de prejuicios que le puedan proporcionar un «tropiezo» (skandalon)” (Fitzmyer, 1987, p. 664).

Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven... (Lc 10,23) Καὶ στραφεὶς πρὸς τοὺς μαθητὰς κατ’ ἰδίαν εἶπεν· μακάριοι οἱ ὀφθαλμοὶ οἱ βλέποντες ἃ βλέπετε.

Jesús ya ha emprendido su viaje a Jerusalén (Lc 9,51), envía mensajeros a Samaría (vv. 52-56), habla de las implicaciones que tiene su seguimiento (vv. 57-62). En el capítulo 10 encontramos el envío de los setenta y dos, quienes regresan felices de su misión (vv. 1-12.17-20). Inmediatamente está el texto que contextualiza próximamente la bienaventuranza contenida en el versículo 23⁶⁴, se trata de Lc 10,21-24, proveniente de la fuente Q (Kloppenborg, 2005, 128, 137, 190, 193, 259s64) (Alisson, 1988, p. 11, 47, 61). “Aunque es posible que Lucas haya abreviado el paralelismo de los miembros, y aunque sea discutible la relación de los βασιλεῖς de Lucas con los δίκαιοι de Mateo, sin embargo Lucas es seguramente más original, porque en él no se felicita a los oyentes por el hecho de ver y oír, sino por lo que están viendo y oyendo, es decir, por lo que están experimentando” (Bultmann, 2000, pp. 167-168). En todo caso Fitzmyer, analizando la unidad y origen de los vv. 22 y 23, hace notar que “las huellas de composición personal de Lucas en este episodio son evidentes” (Fitzmyer, 1987, p. 247)⁶⁵.

²¹En aquella misma hora Él se regocijó mucho en el Espíritu Santo, y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a sabios y a inteligentes, y las revelaste a niños. Sí, Padre, porque así fue de tu agrado. ²²Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ²³Y volviéndose hacia los discípulos, les dijo aparte: Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven; ²⁴porque les digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron.

En estos versículos Jesús, lleno de alegría espiritual, alaba al Padre por ocultar los secretos del Reino a los entendidos y revelarlos a los niños. Acto seguido, se dirige a sus discípulos y les dice: “Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven⁶⁶ (μακάριοι

64 Según el *The Jesus Seminar* los vv. 23-24 se consideran una tradición muy cercana a Jesús, aunque las palabras no provengan de Él. Cf. *The Five Gospels*, p. 322.

65 Para toda la discusión véanse las pp. 246ss.

66 En el texto paralelo de Mt 13,16s aparece “Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen” (ὁμῶν ὃς μακάριοι οἱ ὀφθαλμοὶ ὅτι βλέπουσιν καὶ τὰ ὦτα ὑμῶν ὅτι ἀκούουσιν).

οἱ ὀφθαλμοὶ οἱ βλέποντες ἄ βλέπετε.); porque les digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron”. Sigue la parábola del buen samaritano (10,25-37) y la visita de Jesús a casa de Marta y María (vv. 38-42). Es toda una enseñanza sobre cómo deben seguir los discípulos a Jesús y cómo su acogida es causa de felicidad.

El evangelio de San Juan proclama dichosos a quienes sin ver creen (20,29), pero también quienes ven son declarados felices, si esa visión les conduce a la fe.

Jesús les habla “aparte” (κατ’ ἰδίαν) a sus discípulos, no para excluirlos de los demás, ni para excluir a los otros, sino ante todo para llevarlos a la intimidad, en donde pueda revelarles el abismo insondable del amor del Padre y de su Hijo. Esta expresión, que puede significar solos, privadamente, aparte, de manera individual, etc. también la encontramos en Lc 9,10, luego del regreso de la misión de los Doce y de los setenta y dos, como haciendo entender que la finalidad de la misión es en definitiva entrarnos en la intimidad, en la vida de Dios.

Y en esa intimidad Jesús declara: “Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven” (Lc 10,23). “Jesús se congratula y se alegra. La bienaventuranza fundamental en Lucas es la de la fe (1,45; 11,28), que da el pan del Reino (14,15) y hace pasar de la escucha a la visión de Jesús. A la luz de esta bienaventuranza se comprenden las otras de 6,20ss” (Fausti, 2008, p. 379) y, por supuesto, que también las conocidas del sermón del monte.

Sin lugar a dudas tienen por qué ser afortunados, felices, bienaventurados, quienes tuvieron la oportunidad de ver al mesías en acción; quienes pudieron presenciar –y creer en lo que ven– la presencia de Dios en Jesús, el Reino de Dios inaugurado, las promesas del Padre cumplidas. Y esto vale para todos los creyentes según la versión lucana (Bibbia TOB, p. 2358)⁶⁷, pues Mateo restringe la bienaventuranza a los discípulos, testigos de la revelación de Jesús.

¿Qué es lo que ven los discípulos que desearon ver muchos profetas y no lo vieron? ¿Por qué ver esto es causa de bienaventuranza?

Los discípulos estaban viendo y oyendo los maravillosos misterios de los designios eternos de Dios sobre el reino... Lo que los discípulos ven y oyen es el misterio de Dios en Jesús: la interacción íntima entre Dios y el Hijo que se ha manifestado a los escogidos por el Hijo (Oyin Abogunrin, 2005, p. 1279).

⁶⁷ “La beatitudine parallela di Mt 13,16 è indirizzata ai soli discepoli, testimoni della rivelazione di Gesù. Lc la estende a tutti i credenti. Questo rallegramento conclude i vv. 21-24, e sottolinea la grazia fatta ai fedeli, beneficiari del compimento delle promesse dell’AT.”

¿Qué están viendo los discípulos que los hace dichosos? Nada menos que al Verbo de Dios, quien nos ha permitido escucharlo, verlo, tocarlo⁶⁸, y ¡hasta comerlo! Y en él ven al mismo Dios, pues “en Jesús, el Hijo, nosotros escrutamos la profundidad de Dios, y vemos como somos vistos por el Padre: nos ve como hijos en el Hijo. “En tu luz vemos la luz” (Sal 36,10): en esta luz, que es el Hijo, vemos la luz que es el Padre, del cual nacemos. Solo en esta visión vivimos. Si el hombre vivo es la gloria de Dios, la visión de Dios es vida del hombre (Ireneo). Por eso es necesario que todo ojo que mira y no ve, vea para tener vida” (Fausti, 2008, pp. 379-380).

Se evidencia que “el v. 22 es una síntesis del contenido de la revelación; lo que se revela no es sólo la mutua relación entre Jesús y el Padre, sino también otra relación, la de los discípulos con el propio Jesús. Él es el único que puede revelar todas «estas cosas» (v. 21), porque es «el Hijo»; él es la manifestación de su Padre y de «todo» lo que «le ha entregado» el Padre. El «Señor de cielo y tierra» le entrega «todo» a Jesús, porque es «el Hijo»” (Fitzmyer, 1987, p. 251), y el Hijo transmite y participa de este misterio a todos aquellos que le escuchan y le acogen.

Ahora, es claro que muchos pueden ver a Jesús, ver sus obras, oír sus palabras, constatar sus portentos, pero eso de por sí no es causa de bienaventuranza, pues “aquí Jesús no proclama dichosos a los que lo miran a Él, sino los ojos que miran lo que los discípulos miran. Son los ojos de todos los discípulos de todos los tiempos, que a través del testimonio de los testigos oculares, llegan a la comunión con el Padre en el Hijo... El motivo de la bienaventuranza no es el de ver, sino “lo que” ven: el mismo Jesús, en cuya carne se revela y se da a los pequeños el amor eterno del Padre al Hijo” (Fausti, 2008, p. 380), y pueden entrar en íntima relación con Él.

Lo que desearon ver profetas y reyes –y justos, según el paralelo de Mateo– es el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho a nuestros padres. Los profetas y reyes representan la antigua economía y ellos son sus figuras que vivieron en la esperanza de ver cumplidas las promesas con la llegada de tiempos mejores. Sin embargo, son los discípulos de Jesús quienes tienen el singular privilegio de presenciar este cumplimiento y de ser testigos de la nueva economía salvífica (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 541). De lo que hablaron los profetas y lo que prefiguraron los justos es ahora visible a los ojos de los discípulos, quienes viven lo que aconteció en el Antiguo Testamento ya no como anuncio, profecía, prefiguración o promesa, sino, al mirar a Jesús, como realización y cumplimiento en él y por él de todo lo que estaba anunciado.

68 “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida (pues la vida fue manifestada, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y les anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, lo proclamamos también a ustedes” (1Jn 1,1-3).

Jesús es la “imagen del Dios invisible” (Col 1,15), es el rostro de Dios:

Todo el Antiguo Testamento es deseo de ver ese rostro que los discípulos contemplan entre Moisés y Elías (9,30). El hombre en búsqueda del “rostro de Dios” (Sal 27,8)... Si Dios muestra su rostro estamos salvos (Sal 80,4.8.20). Por eso, Moisés suspira por ver la “gloria”, el rostro de Dios (Ex 33,18-23). El hombre está constituido por el ‘deseo natural de ver a Dios’ (Fausti, 2008, p. 380).

Entonces podemos afirmar que en la Antigua Economía Dios se iba revelando poco a poco, de manera fragmentaria, dejando en los profetas, en los justos, en los temerosos de Dios, el deseo de encontrarse con Dios de manera plena, de verlo todo. Esa totalidad y plenitud se da en Jesús (cf. Hb 1,1ss) y sus discípulos, que le miran y escuchan, pueden contemplar lo que hasta ahora era parcial. Nuestros antepasados en la fe, aun siendo justos “no consiguieron el objeto de las promesas. Dios tenía ya dispuesto algo mejor para nosotros, de modo que no llegaran ellos sin nosotros a la perfección” (Fausti, 2008, p. 381).

Nuestra esperanza es la misma del salmista: “En cuanto a mí, en justicia contemplaré tu rostro; al despertar, me saciaré cuando contemple tu imagen” (Sal 17,15). Por tanto, no temo afirmar que este “macarismo” es también de tipo espiritual, pues invita a que seamos capaces de contemplar el rostro de Dios en Jesús, y eso nos llenará de alegría porque, imposible reconocer a Dios-con-nosotros y no llenarnos de gozo por la llegada de la plenitud de los tiempos y por la posibilidad que tenemos nosotros –no nuestros antepasados en la fe– de ser sus discípulos y de gozarnos con su seguimiento.

Dichosos quienes oyen la palabra de Dios y la guardan (Lc 11,28)

Μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες.

Nos dedicamos ahora al pasaje de Lc 11,27-28, una bienaventuranza que se expresa en relación con la escucha y cumplimiento de la Palabra de Dios. Esta narración es exclusiva de Lucas (Santos Otero, 2003, s.p.)⁶⁹, de modo que se puede atribuir a la fuente particular «L», aunque algunos ven probable su procedencia de Q⁷⁰. También han sugerido algunos comentaristas ver en este episodio una mera

69 En el Evangelio copto de Tomás encontramos esta bienaventuranza unida a la de Lc 23,29: “Le dijo una mujer de entre la turba: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». El [le] respondió: «Bienaventurados aquellos que han escuchado la palabra [λόγος] del Padre (y) la han guardado de verdad, pues días vendrán en que diréis: Dichoso el vientre que no concibió y los pechos que no amamantaron» (EvTom 79).

70 Parece probable que estos versos procedan de Q. Cf. Kloppenborg, *Q, el evangelio desconocido*, p. 127.137. Para el *Jesus Seminar* aunque Jesús no dijo esto tal cual aparece, la idea contenida sí es tradición muy cercana a Jesús (*The Five Gospels*, p. 331).

variante (Fitzmyer, 1987, p. 360)⁷¹ de Lc 8,19-21, donde se habla de la verdadera familia de Jesús, pero ambos textos son tan diversos que no permiten esta relación.

Y sucedió que mientras decía estas cosas, una de las mujeres en la multitud alzó su voz y le dijo: ¡Dichosa la matriz que te concibió y los senos que te criaron! Pero Él dijo: Al contrario, dichosos (μακάριοι) los que oyen (οἱ ἀκούοντες) la palabra de Dios y la guardan (φυλάσσοντες).

El capítulo 11 contiene importante enseñanza de Jesús sobre la oración, de hecho en los primeros versículos encontramos el Padrenuestro (1-4), seguido por la parábola que pide hacer oración aunque parezca inoportuna (5-8), pues el Padre del cielo está atento a darnos (el Espíritu Santo) lo que le pedimos (9-13). Le sigue la enseñanza sobre el Reino de Dios que ha llegado hasta nosotros en la persona de Jesús, quien expulsa a los demonios con el dedo de Dios (14-26). Y vienen los versos 27.28, que, como ya dijimos, son de propiedad lucana (Fitzmyer, 1987, p. 360-361)⁷² y que Bultmann considera como «apoteagma biográfico» (Bultmann, 2000, p. 169, 185) o «declaración» de Jesús.

La bienaventuranza del v. 27 corresponde a un motivo muy conocido y difundido en el judaísmo; “así, en GénR 98 (62d) se alaba a Raquel, que parió a José: «¡Benditos sean los pechos que así amamantaron y el cuerpo que así dio a luz!»” (Strack-Billerbeck, II, 187, citado por Bultmann, 2000, p. 90), aunque el v. 28 rechaza el motivo y lo corrige: bienaventurados mejor...

La de Jesús, es una palabra que no solo escandaliza a los detractores suyos, sino que, ante todo, causa admiración y entusiasmo en el pueblo humilde y sencillo que se ha abierto a la presencia, a la visita de Dios en la persona de Jesús. En ese contexto podemos imaginar el grito entusiasta y desprevenido de esta mujer que irrumpe para dirigir sus palabras a Jesús, proclamando dichosa a su madre. Es reconocimiento de lo grandiosa y extraordinaria que ha debido ser la madre de tal personaje. Pero Jesús le da otro enfoque, poniendo como centro de la auténtica bienaventuranza la escucha de la palabra de Dios, a lo que todos pueden acceder, de modo que la extiende no a quienes tengan vínculos de carne y sangre, sino a todo aquel que acoge la palabra de Dios.

Jesús está participando a sus oyentes de los misterios del Reino de Dios; su enseñanza entusiasma y hace que muchos le sigan y quieran conocer y entrar a la realidad del Reino, cuya llegada se ha dado por Jesús, quien lo inaugura, lo explica

71 Aquí cita sobre esta discusión a: J. M. Creed, *The Gospel according to St. Luke*, 162; W. E. Bundy, *Jesús and the First Three Gospels*, 349; E. Klostermann, *Das Lukasevangelium*, 127,

72 Sobre la procedencia de estos versículos se puede ver Fitzmyer.

y lo hace presente en sus obras y en sus palabras, que han de escucharse y recibirse como Palabra de Dios.

Una mujer se remite al origen de este gran maestro, a su madre, y llena de admiración por ella, sin duda por la posibilidad permanente que tendría para estar cerca de Jesús, la declara dichosa, la declara bienaventurada. Entusiasmada por la enseñanza y la elocuencia de Jesús esta mujer proclama la bienaventuranza que nos hace pensar en el texto de Prov 23,24-25: “El padre del justo se regocijará en gran manera, y el que engendra un sabio se alegrará en él. Alégrese tu padre y tu madre, y regocíjese la que te dio a luz”. Ya Isabel había hablado así sobre María, declarándola feliz por haber creído (cf. Lc 1,45), pues la fe es la verdadera felicidad y bienaventuranza de la Madre del Señor. Pero esta mujer, sin pensar en ninguna trascendencia, solo dejándose llevar de la emoción declara a María feliz por su maternidad, por haber dado al mundo un hombre de este talante. Y si esto hace también bienaventurada a María, ha sido una gracia de Dios haberse fijado en su sierva y haberla hecho digna para llevar en su seno al Salvador.

El vientre que lo ha engendrado y los pechos que lo alimentaron forman parte de la maternidad. Así, el vientre, que acoge la semilla, es la escucha que hace concebir la Palabra. Los senos, que alimentan lo que ha sido concebido, son la guarda activa, el recuerdo de lo que es escuchado, para que crezca hasta la plenitud. Es una distinción análoga a la acogida y al crecimiento de la Palabra de 8,15, a la escucha y al cumplimiento de la Palabra de 8,21 (Fausti, 2008, p. 427).

Esta mujer “hace eco a la felicitación de Isabel y a la predicción de María. Puede prestar su voz a una humanidad que felicita a María porque escuchó y cumplió, o dejó cumplirse, la palabra de Dios” (Schökel, 1999, p. 189). En este versículo 27 ya se van cumpliendo las palabras que María misma había pronunciado ante Isabel: “Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones” (Lc 1,48). Sin embargo, “la verdadera bienaventuranza de María no consiste en lo que dice la mujer como su prerrogativa única, sino en el hecho de que ella anticipa en sí misma lo que Dios da a todo creyente. Jesús extiende aquí a la Iglesia la bienaventuranza que Isabel dijo a María: “Dichosa tú que has creído” (1,45). Realmente fecunda es la maternidad de María, que se ha de reproducir en todos los creyentes y en todos los tiempos” (Fausti, 2008, p. 427).

Hace notar Fitzmyer (1987, p. 365) sobre el *más bien* del v. 28 que la partícula adversativa compuesta *menoun* (*meno oun*), que solo la encontramos en cuatro ocasiones en el NT, puede entenderse como simple adversativa: «No, sino, más bien; por el contrario». Significaría que Jesús rechaza lo que se dice sobre su madre (cf. Rm 9,20; 10,18). Pero también puede entenderse como afirmativa: «Así

es, es cierto». En este caso estaría de acuerdo con lo que acaba de afirmarse (cf. Flp 3,8). Finalmente, sería una partícula correctiva: «Sí, de acuerdo, pero más bien...». Lo dicho es verdad, pero no del todo. Este último significado es el que mejor cuadra en el texto, pues Lucas para expresar contradicción usa otras fórmulas, como *ouchi, legō hymin* (cf. 12,51; 13,3.5) y para indicar aserción usa *nai* (cf. 7,26; 10,21; 11,51; 12,5).

Jesús es el Verbo de Dios, la Palabra hecha carne, esa es la verdadera bienaventuranza y pueden acceder a ella quienes le oyen como María, la primera que le escuchó, la primera oyente de la plena Palabra de Dios, “su maternidad, antes que en el seno, estuvo en el oído y en el corazón. Ella obedeció, y por eso fue madre. Su misma bienaventuranza, por consiguiente, es la de todo el que acoge la semilla de la Palabra” (Fausti, 2008, p. 428). Por eso es necesario escuchar la palabra de Dios. Eso es «estar con Jesús». En tal sentido, ni siquiera bastaría el mayor de los honores externos, como el de ser madre de Jesús; María es «bienaventurada» por haber guardado la palabra de Dios (1,28-29.42-45; 8,19-21) (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 545).

La Palabra de Dios es Jesús. Oírlo a él es estar cerca de la salvación, es ser testigo de la presencia salvífica de Dios, es poder ver y oír lo que tantos desearon. Estar junto a Jesús significa tanto como presenciar el cumplimiento de las promesas a nuestros padres.

No obstante, la bienaventuranza no consiste en el oír simplemente a Jesús, aunque ya sea una gracia poder hacerlo, pues los demonios también escuchan (cf. Mc 1,34; Lc 4,41), pero no actúan en conformidad con lo que pide la Palabra. La verdadera maternidad es escuchar a Jesús, es escuchar y cumplir la Palabra de Dios. Son bienaventurados, por tanto, solo los que la guardan (φυλάσσουντες). El sentido del verbo φυλάσσω es precisamente guardar, mantener bajo cuidado, obedecer, seguir.

En esto María es ejemplo, y por eso bienaventurada; así como la escuchó y concibió, así conservó e hizo crecer la Palabra en su corazón (2,19.51). Si la verdadera bienaventuranza del vientre es la del oído que escucha la Palabra, la verdadera bienaventuranza de los pechos es la del corazón “hermoso y bueno”, que guarda esta Palabra y produce fruto con perseverancia (8,15). El oído es el principio de la escucha, el corazón es el principio del crecimiento: si es guardada en el recuerdo constante, la Palabra crece, hasta transformar en sí a todo el hombre” (Fausti, 2008, p. 428)

De modo que Jesús proclama la grandeza de la fe (de María) de todos aquellos que creen en él contraponiéndolos a sus adversarios. Aquí, pues, no podemos ver

un rechazo a María (Cf. Biblia TOB, p. 2362) o una crítica a ella, pues el mismo evangelio la ha presentado antes como la creyente (1,45) que medita en su corazón la palabra de Dios y el evento de Jesús (2,19). En la primera bienaventuranza se proclama a María dichosa porque «ha creído». En esta, son dichosos quienes escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra. Así, el v.28 reconoce que la madre de Jesús es digna de toda alabanza, no precisamente por haber engendrado a tal Hijo, sino esencialmente porque también ella pertenece a los que escuchan la palabra de Dios, creen en ella (1,45) y la ponen por obra (Lc 8,21; cf. Hch 1,14) (Fitzmyer, 1987, p. 363).

Quien escucha la Palabra de Dios y la guarda es porque ama a Jesús (Jn 14,15) y de esta manera se hace merecedor de la promesa de Jesús a quienes guardan sus palabras y mandatos: “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14,21). Así como también afirma: “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15,10). ¿Qué más puede pedir por lo tanto un creyente que ser amado por el Padre y por su Hijo?

He ahí el sentido de esta bienaventuranza, la cual cobija el sentido de todas las demás, pues quien escucha y obedece la palabra de Dios es justo, es puro, se mantiene vigilante, aunque también puede ser perseguido por su fidelidad a Dios, pero, en general, se hace dichoso por ser llamado hijo de Dios. Es también una bienaventuranza espiritual que encierra las demás, pues quien escucha y guarda la Palabra de Dios solo podrá hacerlo si es pobre en el espíritu, tendrá que ser puro de corazón y misericordioso, y tendrá que preocuparse por la justicia y la transformación social en bien de los más necesitados, lo cual le traerá persecuciones y sufrimientos, incluso la muerte.

Dichosos los siervos a quienes el Señor encuentra en vela, cumpliendo su deber (Lc 12,37.38.43) Μακάριοι οἱ δοῦλοι ἐκεῖνοι, οὓς ἐλθὼν ὁ κύριος εὕρησει γρηγοροῦντας·

La perícopa de Lc 12,35-46⁷³ es considerada muy propia de Jesús. Esta

73³⁵«Estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas, ³⁶y sed como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que, en cuanto llegue y llame, al instante le abran. ³⁷Dichosos los siervos, que el señor al venir encuentre despiertos: yo os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro, les servirá.

³⁸Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, si los encuentra así, ¡dichosos de ellos! ³⁹Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. ⁴⁰También vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre.»

⁴¹Dijo Pedro: « Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos? » ⁴²Respondió el Señor: « ¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? ⁴³Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. ⁴⁴De verdad os digo que le

bienaventuranza tiene que ver con la fidelidad del siervo que aguarda en vela la llegada de su Señor. Debe estar siempre preparado, como lo habíamos tratado en su paralelo de Mateo (Mt 24,46), en donde se declara bienaventurado el siervo fiel y prudente, precisamente por estar preparado, en vela esperando la venida de su amo. Se trata, entonces, de la vigilancia y la fidelidad. En nuestro caso tomamos los vv. 35-38.43:

³⁵Estén siempre preparados y mantengan las lámparas encendidas, ³⁶y sean semejantes a hombres que esperan a su señor que regresa de las bodas, para abrirle tan pronto como llegue y llame. ³⁷Dichosos aquellos siervos a quienes el señor, al venir, halle velando; en verdad os digo que se ceñirá para servir, y los sentará a la mesa, y acercándose, les servirá. ³⁸Y ya sea que venga en la segunda vigilia, o aun en la tercera, y los halla así, dichosos son aquellos siervos... ⁴³Dichoso aquel siervo a quien, cuando su señor venga, lo encuentre haciendo así...

Los vv. 35-38 proceden de «L», pues son exclusivos en la recensión de Lucas, así opina W. Grundmann, D. Lührmann, C.H. Dodd (Fitzmyer, 1987, p. 475). La propuesta de Bultmann (Cf. Fitzmyer, 1987, p. 475-476)⁷⁴ es aceptar estos versículos como pertenecientes a Q, aunque los haya suprimido Mateo para introducir la parábola de las diez vírgenes (Mt 25,1-13), procedente de «M», pero esto no es lógico, pues los detalles figurativos cambian del todo en ambas redacciones. Así que sostenemos su procedencia del material lucano.

El sentido de la existencia cristiana es vivir en la espera de quien nos prometió que ha de volver. Los cristianos sabemos que la parusía es una realidad y que debemos llenar esta historia temporal de historia salvífica, en tanto se da la segunda venida de Jesús y con Él la plenitud de los tiempos.

A la luz de esta visión cristiana y siguiendo lo visto en el pasaje paralelo de Mateo, entrémonos a estos versículos, de creación específicamente cristiana (Bultmann, 2000, p. 186):

Lucas continúa usando su fuente primaria, es decir, Mateo. Aquí (en vv. 35-53) se ha desplazado a Mt 24-25. Ha abreviado la parábola mateana de las diez vírgenes (Mt 25,1-13) y ahora combina Mt 24,13 con Mt 24,42, lo

pondrá al frente de toda su hacienda. ⁴⁵Pero si aquel siervo se dice en su corazón: "Mi señor tarda en venir", y se pone a golpear a los criados y a las criadas, a comer y a beber y a emborracharse, ⁴⁶vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, le separará y le señalará su suerte entre los infieles.

⁷⁴ Es muy dudoso que estos versículos, a excepción del 43, procedan de Q, de todas formas no podemos determinar si estuvo toda o en parte en esta fuente. Cf. Kloppenborg, *Q, el evangelio desconocido*, p. 128.137. Cf. R. Bultmann, *La historia...*, p. 177. El *Jesus Seminar* afirma de estos vv. que tienen una tradición muy cercana a la propiedad de Jesús (*The Five Gospels*, p. 341). Cf. el paralelo de Mt 24.

que le proporciona el punto en el que se desplaza a Mt 24,42-51. El término clave de la obra de Lucas aquí es «estad preparados», pues nadie sabe el momento preciso de la venida del Señor (Oyin Abogunrin, 2005, p. 1283).

El verso 35 nos dice que hay que estar preparados con el uniforme de trabajo. Es lo que significa tener “ceñidos los lomos” (ὄσφύες περιεζωσμένοι), como lo pedía el libro del Éxodo para la cena pascual (Ex 12,11). Igualmente, “el israelita se ciñe y sujeta la túnica talar para trabajar o caminar. Estar ceñido es estar disponible” (Schökel, 1999, p. 193), “estar listo para algo” (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 549). Solo si estamos listos podremos decir que tendremos la actitud correcta como actitud necesaria para esperar al Señor. “Los lomos ceñidos representan la identidad del discípulo que sirve con humildad como su Señor” (Fausti, 2008, p. 467). Y estar preparados incluye también tener siempre las “lámparas encendidas” (οἱ λύχνοι καιόμενοι), ardiendo, iluminando, disipando la oscuridad. Así tiene que ser “la vida del discípulo, encendida en la luz de su Señor” (Fausti, 2008, p. 467), capaz de iluminar no solo la vida del discípulo, sino también a los otros para que se acerquen a la salvación.

En el v. 36 se pide a los creyentes comportarse como “hombres que esperan a su Señor” al regreso de la boda para poderle abrir. Es un esperar expectantes, ansiosos y gozosos; es un estar prontos para abrir cuando toque, de modo que no pase de largo, sino que se pueda cenar en su compañía como aparece en Apoc 3,20. Es pues una referencia o alusión eucarística. El Señor se hace invitado a cenar con nosotros, o con quien le espera y no deja que pase de largo.

Estar preparados, velando, despiertos, no es sinónimo de estar temerosos y angustiados, sino vivir cada instante de la vida “cumpliendo con el deber” (v. 38) que se nos ha encomendado.

Entonces el Señor “se ceñirá” (περιζώσεται), se preparará para servir a sus servidores (v. 37), se ciñe para servir a quienes están preparados o ceñidos y *los hace sentarse a la mesa*, otra alusión eucarística. Es en la Eucaristía donde se celebra el amor de Dios por el hombre y entre Dios y el hombre; la Eucaristía “indica el descanso y la mesa, la comunión de la vida dichosa que él nos concede” (Fausti, 2008, p. 467). De la Eucaristía pueden participar plenamente quienes estén “preparados”, quienes estén listos para recibir al Señor, y allí Él mismo se hace servidor, descanso y comida.

Es tal el interés eucarístico en este texto que el v. 38 habla de la posibilidad de la venida del Señor “en la segunda vigilia o en la tercera” y no en la primera vigilia de la noche, que es aquella en la que se celebra la eucaristía. En esta primera vigilia se recibe fuerza para velar durante toda la noche. La noche es amplia como nuestra



vida, con sus dificultades. La eucaristía nos hace capaces de llevar una vida luminosa y pascual, hasta cuando salga el sol (Fausti, 2008, p. 468).

Dichosos aquellos que están preparados para la llegada del amo, pues “como el hecho es cierto, la incertidumbre de la hora incita a la vigilancia (Schökel, 1999, p. 194). Es lo que hay que tener en cuenta, pues “a pesar de la doble «bienaventuranza» (vv. 37.38), el tema de la recompensa es secundario; lo que predomina realmente es la actitud de vigilancia y de disponibilidad” (Fitzmyer, 1987, p. 478), como algo propio del comportamiento cristiano, porque no se sabe a qué horas viene, pero sí hay seguridad de que vendrá, es más, está viniendo permanentemente en el presente, en el hoy de la historia, y debemos estar listos para abrirle; nuestra puerta debe estar abierta y nosotros allí, de pie para entrar con él al banquete, cuando llegue definitivamente.

La parábola toda es muy dicente. Debemos comportarnos según espera nuestro Señor, quien nos ha puesto “al frente de sus bienes”, nos ha bendecido con carismas, cualidades, dones y múltiples posibilidades para realizarnos y para transformar el mundo de acuerdo con su proyecto, con su Reino. Somos administradores y espera de sus discípulos una buena administración.

El tiempo de espera es el tiempo de la salvación, es el tiempo para anunciar el Reino, así como también el tiempo para salir de la oscuridad del mal, el tiempo para el testimonio, el tiempo para alimentar (evangelizar) al mundo dando la ración a tiempo, de modo que todos se pongan en actitud de vigilancia y espera. De esta manera se puede decir que el mundo se prepara para la venida de su Señor, e incluso, acelera esta venida.

Mientras el Señor regresa no ha nombrado administradores; “su salvación está confiada ya a la responsabilidad de los creyentes. La historia viene a ser el lugar de la decisión y de la conversión, de la vigilancia y de la fidelidad a la Palabra, que nos transforma a imagen del Hijo” (Fausti, 2008, p. 467). Participamos de la bienaventuranza aquí declarada si el Señor nos encuentra preparados. Nuestra vigilancia, nuestro estar preparados no es caminar en la angustia ante la incertidumbre del tiempo de su llegada, sino tener en cada instante encendida ante el mundo la lámpara de la luz de Cristo, continuando su misión de entrega y servicio a nuestros hermanos.

Estar preparados y vigilantes, tener la lámpara encendida, es cumplir nuestro deber, el cual como cristianos es actuar la fe, la esperanza y la caridad. La fe nos permite creer en aquel que viene a participarnos de sus bienes escatológicos; la

esperanza nos anima con el gozo del aguardar al esposo que viene, y nos llena de expectante alegría; y la caridad nos hace gustar desde ya las realidades salvíficas preparadas por Dios para quienes le aman y anticipan el participar en el banquete de su gloria.

Entonces el administrador que se comporta así, será dichoso. La suerte que le espera a este administrador fiel, prudente, vigilante, que está preparado “es la de tener como don todo aquello que es Dios por naturaleza. La misericordia lo ha hecho hijo suyo y entra en la alegría de su Señor (Mt 25,21.23)” (Fausti, 2008, p. 469), participará de su banquete, el Señor le pondrá al frente de todos sus bienes para que goce de ellos, le servirá, que no es otra cosa que le amaré. Así que dichoso este servidor que podrá experimentar la bondad de Dios derramada sobre él.

San Pablo, escribiendo a la comunidad de Corinto, formula la actitud de vigilancia así: “Velad, manteneos firmes en la fe, sed hombres, sed fuertes” (1Cor 16,13). En tanto que en el libro del Apocalipsis leemos algo similar a una exhortación a vigilar: “He aquí, vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus ropas, no sea que ande desnudo y vean su vergüenza” (Apoc 16,15). El Evangelio copto de Tomás, en otro contexto, tiene un paralelo del v.39: “Por eso os digo: «Si el dueño de la casa se entera de que va a venir el ladrón, se pondrá a vigilar antes de que llegue y no permitirá que éste penetre en la casa de su propiedad y se lleve su ajuar [σκευος]. Así, pues, vosotros estad también alerta ante el mundo [κόσμος]»” (EvTom 21) (Cf. Santos Otero, 2003, s.p.).

Dichoso porque serás recompensado en la resurrección de los justos (Lc 14,14) Μακάριος ἔσῃ, ὅτι οὐκ ἔχουσιν ἀνταποδοῦναί σοι, ἀνταποδοθήσεται γάρ σοι ἐν τῇ ἀναστάσει τῶν δικαίων.

El capítulo 14 de Lucas inicia informándonos que Jesús estaba en casa de uno de los jefes de los fariseos para comer (14,1), y fijándose en que los invitados buscaban los primeros puestos, les habla sobre la humildad y la importancia de no buscar protagonismos por sí mismos, sino elegir los últimos puestos o esperar a que nos ubiquen en el puesto correspondiente para evitar vergüenzas, “pues quien se ensalza será humillado y quien se humilla será enaltecido” (cf. 14,7-11).

Ahora se dirige, no ya a los invitados, a quienes ha pedido escoger los últimos puestos en el banquete, sino que centra su atención sobre quien ha invitado al banquete, a quien le pide que escoja, invite a los últimos, es decir, que practique la generosidad desinteresada. De modo que el pasaje estaría dividido en dos partes:



7-11 y 12-14. Veamos, entonces, los versículos 14,12-14⁷⁵, de nuestro inmediato interés y que pueden ser llamados «consejos exhortativos», pues no tienen ninguna característica de parábola (Fitzmyer, 1987, p. 595-596)⁷⁶ como es introducida la perícopa en el v.7:

Y dijo también al que le había convidado: Cuando ofrezcas una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos a su vez también te conviden y tengas ya tu recompensa. Antes bien, cuando ofrezcas un banquete, llama a pobres, mancos, cojos, ciegos, y serás bienaventurado, ya que ellos no tienen para recompensarte; pues tú serás recompensado en la resurrección de los justos.

Los versículos que nos ocupan son dirigidos por Jesús al fariseo que lo había invitado. Sin duda era un hombre pudiente y estaba rodeado de personas pudientes que se intercambiaban atenciones. Quizás la excepción de entre los comensales era Jesús —el texto no dice que estuvieran o no sus discípulos—, sin embargo, podemos pensar que había ciertos intereses en este fariseo y en quienes estaban presentes para compartir esta comida con Jesús.

Aprovecha entonces, el Maestro, en el verso 12, para continuar su enseñanza, dirigiéndose al dueño de casa para hacerle una propuesta revolucionaria que va contra los cánones culturales del momento (y de siempre) y que invierte todos los usos y costumbres habituales (Cf. Biblia TOB, 2373): Cuando ofrezcas una comida no llames a quienes te sean más cercanos, por afecto, afinidad o familiaridad; no invites a quienes a su vez te puedan invitar. Extraña la petición, pues normalmente invitamos a quienes forman parte de nuestro círculo amistoso, familiar o laboral. Eso es lo normal; buscamos compartir con “los nuestros”. No tiene nada de malo; pero tampoco tiene nada de extraordinario, pues con este círculo de personas habrá ya la recompensa del amor correspondido y de la esperanza de un intercambio, quizás ventajoso.

Es decir, estos personajes, amigos, hermanos, parientes y vecinos ricos llevan al anfitrión a pensar a corto o largo plazo en perspectiva de reciprocidad, a una invitación de vuelta (ἀντικαλέσωσίν σε); por tanto, no hay en este caso una motivación inocente, una motivación de gratuidad.

75 Bultmann piensa que aquí hay un *marshal* profano que por obra de la tradición llegó a ser sentencia del Señor y que no corresponde mucho a la predicación de Jesús (Cf. La historia de... p. 161.162). Es una tradición tardía; posterior a Jesús según el *Jesus Seminar* (cf. *The five Gospels*, p. 350).

76 En cuanto al pasaje 14,7-14 “La denominación «parábola» (*parabolé*) se aplica únicamente a los vv. 7-11; pero al leer estos versículos se ve que no poseen las características de una «parábola» en su habitual configuración. R. Bultmann (HST 179) reconoce que la relación estilística de este pasaje con otras «parábolas» o «semejanzas» es muy «tenu»; en realidad, tiene más puntos de contacto con las llamadas «advertencias».

Así que, en perspectiva de gratuidad se debe invitar a “pobres, mancos, cojos, ciegos” (v. 13). Pueden ser amigos, hermanos, parientes y vecinos, pero deben ser pobres, deben pertenecer al círculo de los que nada tienen, de los que sufren, de los que nada pueden dar. Son los segregados, marginados de la sociedad, sin esperanzas ni derechos, ni siquiera pueden participar del culto (cf. Lv 21,16-20). Pero el mundo no piensa así; el mundo piensa distinto a Dios y actúa en contravía al proyecto de Jesús. Para el mundo, el evangelio de Cristo es algo paradójico, algo sin lógica ni sentido. Pero el Hijo del hombre vino precisamente para ellos, vino a sanar a los enfermos (5,31) y a buscar a los que estaban perdidos (9,10), a estar cerca de aquellos a quienes los que “cuentan” para el mundo quieren tener distantes.

Ya en el Antiguo Testamento (Cf. Is 58,7-12; Sal 112,9; Eclo 7,32-33) se hablaba de la generosidad para con los pobres, pero con Jesús tenemos una novedad total que en el caso presente está en el modelo de invitados y en la recompensa escatológica. Las invitaciones mutuas, como costumbre social, crean y afianzan un círculo de bienestar del que son excluidos los más necesitados. Las cenas eran muy buenas ocasiones para construir y afianzar relaciones sociales. Era muy importante saber quién era invitado. Más aún, la aceptación de una invitación a cenar obligaba normalmente al invitado a devolver el favor. A veces los invitados rechazaban la invitación, pues sabían que la obligación de corresponder iba más allá del trato que podían o deseaban mantener (Malina y Rohrbaugh, 2002, p. 277).

“La caridad que predica y practica Jesús rompe ese círculo a favor de los menesterosos y también en provecho del que es caritativo” (Schökel, 1999, p. 197), lo que manifiesta una vez más la “preferencia de Jesús por los pobres, como beneficiarios privilegiados del Reino” (Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 554). Esa es la mentalidad evangélica, ese es el proceder de Jesús. Y será dichoso quien actúe siguiendo este camino (v. 14); y lo será porque los pobres del mundo, a quienes ha invitado a su banquete, no tienen cómo pagar; no tienen nada para darle en cambio, como recompensa (ἀνταπόδομά) por la acción generosa. Al menos a la manera humana, a la manera del mundo y en este mundo, se queda sin la paga.

Extraño pensar que se es dichoso cuando no se nos puede recompensar. Sin embargo, es una bienaventuranza verdadera: es la semejanza con Dios, que es amor gratuito, gracia y misericordia (6,36). No exige contraprestación y es un premio en sí misma; pero no como una gratificación solitaria de autocomplacencia, sino como participación gozosa en la vida divina. Es la verdadera recompensa –hermosa, apretada, remecida, rebosante– prometida a los misericordiosos (6,35.38)” (Fausti, 2008, p. 514).

Queda claro que la caridad, la gratuidad que sitúa a los pobres en los primeros puestos, pertenece a la naturaleza del cristianismo y es esencial al evangelio. La caridad para con los hombres trae la gratuidad del amor de Dios para quien actúa generosamente. Esta invitación hecha en gratuidad no se quedará sin recompensa. Solo que será una paga con creces y supera incluso esta vida. La recompensa vendrá de parte de quien dijo “cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mt 25,40). Ahora bien, esta caridad que comparte con el más necesitado debe ser la caridad solidaria que se identifica con los últimos al estilo de Jesús (cf. Flp 2,5-11; 2Cor 8,9), pues “la caridad verdadera, así como es gratuita, es también humildad y capacidad de compartir” (Fausti, 2008, p. 515).

Lucas nos está invitando a la construcción de una sociedad distinta, una sociedad en la que no se posean los bienes de manera absoluta, sino en la que se tenga en cuenta la función social de cuanto se posea y en la que quienes tienen más no pierdan de vista a los necesitados y vayan a su encuentro con la ayuda caritativa, según el modelo de Dios que hace subir al menos indigno.

Por supuesto que quien actúa de esta manera está imitando la generosidad de Dios y de Jesús para con los más necesitados, y, como Jesús, experimentará la crítica, rechazo y aún persecución de quienes no resisten un modelo social regido por los cánones de la generosidad, sino que están acostumbrados a vivir de los cálculos y el utilitarismo con intereses personales y egoístas.

Pero no todos se dejan llevar de la mentalidad de este mundo. El creyente apunta hacia el infinito. Sabe que Dios le tiene reservado algo que no puede darle nadie aquí como recompensa a su entrega generosa y desinteresada. Esta recompensa será escatológica, está reservada y se dará precisamente en la “resurrección de los justos”. Es decir, no esperamos que todo termine en este mundo caduco, sino que los cristianos sabemos que participaremos de la victoria de Cristo sobre la muerte, y como Él, y gracias a Él llegaremos a la gloria de la resurrección.

La bienaventuranza de este pasaje tiene que ver con aquel que actúa en la tierra sin esperar recompensa de los hombres, pues sabe que la tiene asegurada en la vida eterna, en la resurrección de los muertos. De hecho, el v. 14 habla de la resurrección de los justos, pero no porque los pecadores no resuciten (Bibbia TOB, 2373), pues Lucas anuncia en Hech 24,15 la resurrección de justos y pecadores, sino porque en este lugar se da a entender que la resurrección es para la salvación, y por lo tanto, que es distinta a la resurrección para la condenación (Jn 5,29). En realidad, solo los justos alcanzarán la vida verdadera.

La recompensa será algo que vendrá después. No obstante, algo alcanzamos en el presente, en esta vida: es posible alcanzar, siquiera por un momento, una

pura bondad altruista sin experimentar un sentimiento de dicha que no viene por ningún otro camino, un gusto anticipado de algo que llegará a su perfección en la resurrección de los justos (Masson, citado Mora Paz y Levoratti, 2003, p. 554).

Esta bienaventuranza, aunque tiene que ver con el compromiso y la caridad hacia los menos protegidos de la sociedad, apunta hacia la escatología, hacia los bienes prometidos para el más allá; es por lo tanto la esperanza del futuro la que está en juego, un futuro que estará totalmente en las manos de Dios, quien, después de nuestra resurrección, nos hará participar de la verdadera vida y nos sentará junto a sus elegidos para hacernos gozar de su gloria y darnos el pago por lo que hicimos desinteresadamente por los más necesitados. Entonces, bienaventurados quienes hagan el bien sin esperar recompensa de los hombres, porque les espera una gran recompensa en el cielo.

¡Dichoso el que coma pan en el reino de Dios! (Lc 14,15) μακάριος ὅστις φάγεται ἄρτον ἐν τῇ βασιλείᾳ τοῦ θεοῦ.

El contexto de este macarismo es el mismo de la bienaventuranza anterior; es más, es continuación del texto referido a una cena a la que asistió Jesús un sábado, encasa de uno de los jefes de los fariseos. Aquí, en el versículo 15⁷⁷, uno de los comensales, que escuchaba las palabras de Jesús, expresa esta bienaventuranza, la cual le da pie al Maestro para contar esta parábola (Cf. Bultmann, 2000, p. 175)⁷⁸, –presente también en el evangelio apócrifo de Tomás (Cf. EvTom 64)– y enseñar quién es invitado y quién será digno de participar en el banquete celestial:

Al oír estas palabras, uno de los invitados le dijo: “Feliz el que tome parte en el banquete del Reino de Dios.” Jesús respondió: “Un hombre dio un gran banquete e invitó a mucha gente. A la hora de la comida envió a un sirviente a decir a los invitados: “Vengan, que ya está todo listo”.

Pero todos por igual comenzaron a disculparse. El primero dijo: “Acabo de comprar un campo y tengo que ir a verlo; te ruego que me disculpes.” Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego que me disculpes.” Y otro dijo: “Acabo de casarme y por lo tanto no puedo ir”.

Al regresar, el sirviente se lo contó a su patrón, que se enojó. Pero dijo al sirviente: “Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad y trae para acá a los pobres, a los inválidos, a los ciegos y a los cojos”.

77 Dos indicaciones de crítica textual encontramos en este versículo, según el *Novum Testamentum* Grace de Nestle-Aland: El pronombre ὅστις es cambiado por ὅς en A D W Θ Ψ y otros manuscritos, en tanto que el texto es apoyado por P⁷⁵ κ¹ B L P R y otros pocos. También encontramos que cambian ἄρτον (pan) por ἄριστον (cena, comida) A* W f¹³ Cyr y otros pocos, en tanto que el texto es apoyado por una gran mayoría: P⁷⁵ κ¹ A^c B D K* L N P R Δ Θ Ψ f¹, entre otros. 78 Lc 14,15-24 Desde el punto de vista de historia de las formas es “una verdadera «parábola», construida según las técnicas de la más estricta narratividad.

Volvió el sirviente y dijo: “Señor, se hizo lo que mandaste y todavía queda lugar”.

El patrón entonces dijo al sirviente: “Vete por los caminos y por los límites de las propiedades y obliga a la gente a entrar hasta que se llene mi casa.

En cuanto a esos señores que había invitado, yo les aseguro que ninguno de ellos probará mi banquete” (Lc 14,15-24⁷⁹).

A pesar de las diversas posiciones sobre la procedencia de esta parábola, podemos aceptar que Lucas la reelaboró, al menos en lo fundamental, a partir del material de la fuente Q (Fitzmyer, 1987, p. 611)⁸⁰, introduciendo un versículo transicional: el comentario de uno de los comensales sobre el banquete escatológico en el Reino de Dios (v. 15). R. Bultmann considera esta «bienaventuranza» como una observación de tipo profético o apocalíptico, atribuible al propio Jesús; las deformaciones típicas de toda transmisión oral habrían puesto esa reflexión en labios de uno de los participantes en el banquete. Pero no hay motivos razonables que impidan considerar ese comentario como composición personal de Lucas; podría ser un «macarismo» semejante al de Lc 11,27, que provoca una explicación de Jesús: allí, un nuevo «macarismo» (11,28); aquí, toda una parábola (14,16-24) (Fitzmyer, 1987, p. 611).

Tiene razón Bultmann cuando atribuye el v. 15 al propio Lucas, como «elemento redaccional de su construcción del relato». En tanto que M. Dibelius califica esa observación como *chreia*, es decir, «un dicho significativo, de carácter más bien genérico, pronunciado por una persona determinada en una situación concreta» (Fitzmyer, 1987, p. 611). En cuanto elemento redaccional en el v. 15 no se trata del comentario piadoso de uno de los asistentes para cambiar de tono a la conversación y darla por terminada o para introducir un nuevo tema, sino que “hay que interpretarlo, más bien, como una transición compuesta por el propio Lucas, para recordar a sus lectores otra dimensión del banquete, ya expuesta anteriormente, en Lc 13,29” (Fitzmyer, 1987, p. 615).

La interrupción de un invitado que retoma la bienaventuranza de Jesús señala el sentido doble del tema del banquete. Por un lado, se trata de un banquete concreto, lo que bien conocen los lectores, pues en las culturas antiguas era costumbre invitar a comer —o ser invitado— en sábado, en días festivos y en fiestas. Por el otro, se figura también el *banquete escatológico* en el Reino de Dios (Langner, 2008, p. 182).

⁷⁹ Versión electrónica de la Biblia Latinoamericana, en e-Sword.

⁸⁰ Así opinan R. A. Edwards, S. Schulz y D. Lührmann (*Die Redaktion der Logienquelle*, 87), citados por Fitzmyer.

Para los judíos, comer o festejar con alguien es signo de comunión con él; de ahí que el banquete sea propicio para hablar de la comunión con Dios significada en el comer en su presencia, como lo refiere Dt 12,7; 14,26 y Neh 8,10-12. El final de los tiempos se caracterizará por un banquete con Dios, al decir de Is 25,6 y Ap 19,9. Pero también hay que tener en cuenta que la comensalidad interclasista era relativamente rara en las sociedades tradicionales. En las primeras comunidades cristianas, de naturaleza inclusiva, se convirtió en un ideal que causó agudas fricciones en diversas ocasiones (cf. 1Cor 11,17-34). Resultaba especialmente difícil para los grupos elitistas, cuyos miembros corrían el riesgo de ser excluidos de su familia y de su red de relaciones sociales si eran vistos comiendo en público con gente de clase inferior (Malina y Rohrbaugh, 2002, pp. 277-278).

Se nota que este comensal ha comprendido el mensaje de Jesús y comparte este pensamiento, lo que le impulsa espontáneamente a manifestar su parecer. Detrás de este personaje podríamos ver un discípulo que comienza a entender algo acerca del misterio de la eucaristía (Fausti, 2008, p. 518).

Su comprensión del significado escatológico del banquete se basa, con toda probabilidad, en las palabras conclusivas del pasaje anterior, en las que Jesús hacía referencia al día de la retribución, o sea, a «la resurrección de los justos» (Lc 14,14). En su mentalidad, él concibe esa recompensa como una participación en el banquete escatológico del Reino (v. 15)” (Fitzmyer, 1987, p. 606), en donde ya no regirán las normas del honor que impedían compartir con otros de distinto rango, puesto que Jesús eleva a todos a nivel de hijos y les tendrá como comensales en su banquete, siempre y cuando acepten la invitación.

Esta congratulación, que está como fuera de lugar y dicha intempestivamente, es otra bienaventuranza no dicha por Jesús, sino por un personaje del auditorio, como en otros casos, y que tendrá luego su razón de ser y su verdadero sentido en lo que explicará Jesús. De hecho, a Isabel, que la proclama dichosa por su fe, María responde con el Magnificat, cantando la propia pobreza y la grandeza de Dios (1, 45ss.). A la mujer que proclama dichosa a la madre de Jesús, este responde revelando que la verdadera maternidad es escuchar y cumplir la Palabra (11, 27s.). A este que declara dichoso al que come el pan en el Reino, Jesús responderá que esa bienaventuranza está reservada a los pobres, a los impedidos y a los excluidos (vv. 21ss.): en efecto, a ellos, que tienen hambre de él, se les da como un don el reino de Dios (6, 20ss.) (Fausti, 2008, p. 518).

Jesús se vale de la intervención del comensal para, mediante una parábola, retomar el tema del banquete en el Reino de Dios. El Señor llama a muchos, les



invita a participar de su banquete, pero no todos quieren hacer parte de él; para no participar tienen, o encuentran excusas perfectas; hay cosas más importantes que hacer, responsabilidades que atender. El banquete no es de su interés. Por eso, la invitación se traslada a pobres, lisiados, ciegos y cojos, pues para ellos está abierto el Reino de Dios, y es a ellos a quienes se dedica de manera primordial, aunque ninguno está excluido, pues los primeros invitados se excluyeron ellos mismos con sus prioridades alternativas a la participación en el banquete.

La bienaventuranza refleja el deseo del pueblo de Dios; aspira a un futuro en el que estén invitados a participar en el banquete celestial, caracterizado por la abundancia, la gratitud y la comunión (Is 25,6; 55,1-2; Sal 22,27), algo de lo que se adolece en el presente; el pueblo espera la salvación y eso es lo que trae Jesús, eso es lo que anuncia, a esa salvación estamos invitados. Será bienaventurado, no ya el que sea llamado o invitado, sino el que pueda participar de los bienes de la salvación reservados por Dios para aquellos que acogen su proyecto, el proyecto del Reino de Dios, y lo asumen como lo más importante, lo único por lo que vale la pena relativizar todo lo demás. ¡Felices quienes participen de la salvación!

Dichosas las estériles (Lc 23,29) ἰδοὺ ἔρχονται ἡμέραι ἐν αἷς ἐροῦσιν· μακάριαι αἱ στείραι καὶ αἱ κοιλῖαι αἱ οὐκ ἐγέννησαν καὶ μαστοὶ οἱ οὐκ ἔθρεψαν.

En el camino de la cruz, el camino que conduce a Jesús a la crucifixión, se encuentra con las mujeres de Jerusalén y les anuncia, según el texto del evangelio de Lucas, a quienes les anuncia que llegarán días en los cuales se dirá: ¡Dichosas las estériles y las que no han dado a luz ni han tenido que criar hijos! Este episodio lo encontramos en Lc 23,26-31⁸¹:

Cuando le llevaban, tomaron a un cierto Simón de Cirene que venía del campo y le pusieron la cruz encima para que la llevara detrás de Jesús. Y le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres que lloraban y se lamentaban por Él. Pero Jesús, volviéndose a ellas, dijo: Hijas de Jerusalén, no lloren por mí; lloren más bien por ustedes mismas y por sus hijos. Porque he aquí, vienen días en que dirán: “Dichosas las estériles, y los vientres que nunca concibieron, y los senos que nunca criaron.” Entonces comenzarán a decir a los montes: “caigan sobre nosotros”; y a los collados: “cúbrannos.”

81 *The Jesus Seminar* considera que Jesús no dijo esto que contienen los vv. 28-31, sino que representa la perspectiva o contenido de una tradición posterior o diferente (*The five Gospels*, p. 23).

Porque si en el árbol verde hacen esto, ¿qué sucederá en el seco?

Bultmann considera que los vv. 27-31 forman parte de los fragmentos legendarios (2000, p. 96-97, 114-115, 119, 366)⁸² del evangelio que llegaron a ser novela de fe obedeciendo a motivos apologéticos a partir de tradiciones muy antiguas. Además afirma que los vv. 29-31 “son una profecía cristiana puesta en labios de Jesús... se remonta a una fuente aramea; si ya en arameo se transmitió como palabra de Jesús, es cosa, claro está, que ya no podemos determinar” (Bultmann, 2000, p. 174).

En el v. 26 es claro el trabajo redaccional (Cf. Bultmann, 2000, p. 336)⁸³ de Lucas sobre Mc 15,20b-21, pues encontramos diez de las diecinueve palabras del texto marcano (Fitzmyer, 1987, p. 479). Los demás versículos pertenecen a Lucas, por tanto, este episodio es propio del material lucano (Rinaldi, citado por Fitzmyer, 1987, p. 479), ya que los tres sinópticos refieren que Jesús, exhausto, es ayudado por Simón de Cirene, pero solo Lucas describe este encuentro (Oyin Abogunrin, 2005, p. 1303) y diálogo de Jesús con las hijas de Jerusalén, quienes, al paso de Jesús, se lamentaban en el camino hacia el Calvario. Estos vv. nos recuerdan al profeta Zacarías (12,10-14), a la vez que subrayan la buena disposición del pueblo hacia Jesús (Bibbia TOB, 2402). Aunque hay dificultades para determinar con precisión qué se puede atribuir a Jesús y si los vv. 29.30 son ajenos a la unidad (Kässer. Citado por (Fitzmyer, 1987, p. 480) original de la perícopa, el episodio completo funciona como una invectiva contra Jerusalén.

Las manifestaciones de duelo eran tradicionales en las mujeres, y mucho más ahora, en este momento en que ellas, con el pueblo, estaban afectadas por la cruel sentencia de muerte. Se duelen y sienten compasión por la terrible y angustiosa situación del Nazareno. Jesús en lugar de recibir consuelo y a pesar de su situación degradante e inhumana, aprovecha la ocasión para ser consolador de las mujeres que lloran por el destino del Hijo del hombre y les subraya “que la verdadera tragedia no era su destino sino el de su ciudad, que corría el peligro de la destrucción inminente” (Oyin Abogunrin, 2005, p. 1304). En forma de bienaventuranza, podemos ver una resonancia a Is 54,1.

La bienaventuranza del v.29, con unos pequeños cambios, también la encontramos en el Evangelio de Tomás (EvTom 79), junto a la de Lc 11,27-28, como lo habíamos mencionado antes, pero “en la redacción de Lucas, la bienaventuranza

82 Según el *The Jesus Seminar* aquí no tenemos palabras auténticas de Jesús, sino la presencia de una tradición posterior, distinta a la de Jesús (*The Five Gospels*, p. 395).

83 Lucas enriqueció el relato de la vía dolorosa introduciendo el episodio del encuentro de Jesús con las mujeres en los vv. 27-31.

recae sobre la esterilidad, o la carencia de hijos, mientras que en el *Evangelio según Tomás* se refiere a la renuncia voluntaria a la maternidad” (Fitzmyer, 1987, p. 479).

“Las palabras que Jesús dirige a las mujeres contrastan sorprendentemente con la actitud condenatoria de las mujeres sin hijos” (Malina y Rohrbaugh, 2002, p. 312). Ser estéril era signo de maldición o de olvido de Dios; en tanto que la fecundidad le daba sentido, nombre e importancia a la mujer. Ahora se considerará una desdicha el mayor gozo que puede tener una mujer, la maternidad (cf. 2Re 4,28).

M. Dibelius (Citado por Fitzmyer, 1987, p. 480) ve aquí “una «narración de martirio», en la que el mártir advierte a los espectadores compasivos que «todo eso también les afecta a ellos, de modo que deberían deplorar su propio destino». Dice T.W.Manson que “Si Jerusalén lamenta por anticipado la muerte de Jesús, él entona, también por anticipado, una dramática elegía a la muerte de Jerusalén” (Fitzmyer, 1987, p. 481).

3.3. En el evangelio de Juan

En el cuarto evangelio solo encontramos dos bienaventuranzas y aparecen en la segunda parte del evangelio, el “Libro de la Pasión”, o la “manifestación de Jesús a los amigos”, como titula esta parte el Cardenal Martini (1982, p. 179). Es estos capítulos queda concentrada la enseñanza de Jesús a sus discípulos y a los suyos (Tuñi Vancells, 1983, p. 147), de manera especial en los cc. 13-17, enmarcados en el género discursivo-dialogal.

Los dos pasajes que nos interesan son Jn 13,16-17 y Jn 20,29. Enmarcando esta segunda parte del evangelio de Juan, como si habláramos de una especie de inclusión, empieza con bienaventuranza y termina en bienaventuranza. Inclusive podría pensarse en que este evangelio termina en bienaventuranza, toda vez que el cap. 21 es considerado un añadido posterior al final original de Juan, quizás para que concordara con los demás evangelistas.

Es bueno recordar que para comprender estos capítulos es necesario tener en cuenta que “no se trata de una simple biografía o sucesión de hechos que culminan en el Calvario. Son *reflexiones de fe*. Jesús nos invita a profundizar en el sentido interior de su gesto supremo de entrega, para que también nuestra fe camine con los mismos pasos del amor” (Santos Benetti, 1982, p. 250).

Si saben esto, serán felices si lo practican (Jn 13,17) Ἀμήν ἀμήν λέγω ὑμῖν, οὐκ ἔστιν δοῦλος μείζων τοῦ κυρίου αὐτοῦ οὐδὲ ἀπόστολος μείζων τοῦ πέμψαντος αὐτόν. εἰ ταῦτα οἴδατε, μακάριοί ἐστε ἐὰν ποιῆτε αὐτά.

Esta primera bienaventuranza está situada en la segunda parte del cuarto evangelio (cc. 13-21) y de manera más específica en Jn 13,1-17:

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y durante la cena, como ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el que lo entregara, Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que de Dios había salido y a Dios volvía, se levantó de la cena y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñió. Luego echó agua en una vasija, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía ceñida. Entonces llegó a Simón Pedro. Éste le dijo: Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? Jesús respondió, y le dijo: Ahora tú no comprendes lo que yo hago, pero lo entenderás después. Pedro le contestó: ¡Jamás me lavarás los pies! Jesús le respondió: Si no te lavo, no tienes parte conmigo. Simón Pedro le dijo: Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que se ha bañado no necesita lavarse, excepto los pies, pues está todo limpio; y ustedes están limpios, pero no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No todos están limpios. Entonces, cuando acabó de lavarles los pies, tomó su manto, y sentándose a la mesa otra vez, les dijo: ¿Saben lo que les he hecho? Ustedes me llaman Maestro y Señor; y tienen razón, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les lavé los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan lo que acabo de hacer con ustedes. En verdad, en verdad les digo: un siervo no es mayor que su señor, ni un enviado es mayor que el que le envió. Si saben esto, serán felices si lo practican.

Es un tanto extraña la formulación de esta bienaventuranza si es comparada con las que hemos tratado en los sinópticos. La nuestra está propiamente en Jn 13,17⁸⁴, y reza así: “Si saben esto, serán felices si lo practican”. Bultmann opina (2000, p. 350) que estos versículos son una composición apologética tardía. El primer versículo del c. 13 de Juan nos pone en tónica del misterio del amor, que será la temática de los capítulos 13-21.

Según los críticos (León Dufour, 1998, p. 22), con el cap. 13 (vv. 1-32)

84 El *The Jesus Seminar* considera las palabras de los vv. 16-17 como no dichas por Jesús, sino que surgen de una tradición posterior a Él (cf. *The five Gospels*, p. 445).

estamos en la introducción al discurso de despedida de Jesús, y más exactamente en el lavatorio de los pies (13,1-20), del cual Jesús explica su sentido y exhorta a sus discípulos a que imiten su espíritu de entrega, servicio y caridad.

Juan y Juan Barreto (1982, p. 582) titulan la sección 13,1-17,26 *La nueva comunidad: fundación y camino*, sección encuadrada en el marco de la cena y con algunas inclusiones entre estos capítulos: el tema del amor (13,1; 17,26; el apelativo «Padre» (13,1; 17,25); la mención de la hora (13,1; 17,1); la manifestación de la gloria (13,31-32; 17,1.4.-5); el *eis telos – teleioô* (13,1; 17,4); la entrega de todo a Jesús por parte del Padre (13,3; 17,2); el tema del traidor (13,2.27; 17,12); el cumplimiento del texto de la Escritura (13,18; 17,12).

En los evangelios sinópticos encontramos el relato de la última cena de Jesús con sus discípulos (Mt 26,26-29 y paralelos), o institución de la Eucaristía, en tanto que en Juan, en lugar de instituir la eucaristía, vemos a Jesús en el lavatorio de los pies. No son episodios equiparables (Jeremías, citado por León Dufour, 1998, p. 22), entre otros detalles, porque mientras los sinópticos sitúan este encuentro como ocurrido el 14 de nisán, para Juan fue el 13, antes de la pascua.

El sentido de nuestro relato aparece en el significado del banquete para los semitas, en quienes “compartir una cena no es solamente comer juntos un mismo alimento, sino tener la ocasión de compartir unas ideas y de entrar profundamente en una comunión de sentimientos: de este modo la comensalidad adquiere un valor social y espiritual. La función primera de un banquete comunitario es asociar a unas personas” (León Dufour, 1998, p. 24-25).

Lo inaudito e intolerable es la actitud de Judas y que en este ambiente de comunión se haga presente alguien que no quiera entrar en relación íntima, sino que sea un divisor y, por tanto, alguien que no tiene nada que hacer en este contexto, pues es un falso invitado, inspirado por el *diablo* y convertido en su instrumento. Judas, “actuando en contra del amor revelado, obra como un retoño del diablo, cuya ralea se orienta hacia el rechazo y el homicidio (8,44)” (León Dufour, 1998, p. 25). En contraste, Jesús es signo de amor, de unidad, de comunión y servicio y contra Él no tiene ningún poder el *príncipe de este mundo* (14,30). Por eso en este pasaje se relata como Jesús toma el lugar del siervo y expresa su grito de triunfo sintiéndose glorificado.

En este contexto próximo situamos la acción del lavatorio de los pies (Grelot, 1963; Ritcher, 1967, citados por León Dufour, 1998, p. 26)⁸⁵ (13,4-17),

⁸⁵ Se puede ver más sobre el Lavatorio de los pies en P. GRELOT, *L'interprétation pénitentielle du lavement des pieds*, en

que termina, precisamente, en una bienaventuranza (v. 17). Sin entrar en muchos detalles, ni en la discusión de si el relato contiene la fusión o no de dos documentos diversos, es claro que Jesús dice a Pedro que, aunque este gesto no se entienda por el momento, sí es necesario para que el discípulo tenga «parte con él», de modo que “el servicio fraternal que deben prestarse los discípulos se basa en lo que Jesús dio a entender de sí mismo en su respuesta a Pedro”(León Dufour, 1998, p. 26).

En el antiguo oriente se honraba al huésped lavándole los pies, algo encomendado a un criado, ya que realizar esta acción suponía inferioridad y sumisión. Por eso hay aquí algunas anomalías (Mononey, 2005, p. 388), entre ellas el que sea el Hijo del Padre, el Maestro y Señor quien la realice. Otra cuestión que llama la atención es que se da el lavatorio en el contexto de la comida, no antes como debiera hacerse. Es como si Jesús quisiera llamar fuertemente la atención con esta acción salida de tono y de contexto. Es que Jesús quiere enseñar, señalar algo a sus discípulos y que podemos encontrar en lo que dijo en la última cena, reseñado por Lucas: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lc 22,27).

Pedro piensa que aquí *el lavatorio de los pies* es un rito más de purificación, puesto ahora en escena por Jesús; por tanto, quiere que lo purifiquen del todo. Pero Jesús le corrige a Pedro esta interpretación ritual, pues aunque el v. 5 habla de «lavar» (ni,ptein), no se trata de un baño cualquiera, pues los discípulos están limpios por haber escuchado la palabra de Jesús. Interesante es notar que desde la perspectiva sacramental, el lavatorio de los pies simboliza el bautismo (León Dufour, 1998, p. 30)⁸⁶, por el cual se lava y purifica del pecado para recibir la nueva vida en el Espíritu:

Incluso tomado como un ejemplo de humildad, el lavatorio de los pies no deja de tener alguna relación con la muerte de Jesús; así lo indicaría el contexto general. En consecuencia, 15,12-13, con su mandamiento de llevar el amor hasta la entrega de la propia vida por los demás, constituye un excelente comentario a lo que Jesús quiere decir en 13,15 cuando manda a sus discípulos hacer lo mismo que él ha hecho (Brown, 1979, p. 807).

De todas formas tenemos aquí un gesto de Jesús que hace visible su actitud de servicio sin reservas: Un servicio, del que Jesús dice a Pedro que solo podrá ser comprendido «más tarde». Jesús concibe su poder como servicio, “y no un servicio

Mél. H. DE LUBAC, más detallado es el estudio de G. RICHTER, *Die Fusswaschung im Johev*, Regensburg.

86 Cf. TERESA OKURE, *Juan*, en CBI, p. 1354. Algunos apoyados en Ef 5,26; Tit 3,5; Heb 10,22 tienen la misma idea y piensan que aquí se está haciendo alusión al Bautismo (Tertuliano, Cipriano, Cirilo de Alejandría y Orígenes). También opina así O. Cullmann y un poco M.E. Boismard. Pero otros piensan que aquí se evocaría el sacramento de la penitencia (P. Grelot).

cualquiera, sino de esclavo. El amor obra tan poderosa transformación que rompe todos nuestros esquemas de gobierno, de mando y de autoridad” (Santos Benetti, 1982, p. 255).

Y declara, además, que este servicio es “indispensable para que el discípulo, queha acogido su palabra, se haga partícipe de su propia vida, y por tanto de la comunión con Dios” (León Dufour, 1998, p. 31). Es el don de sí mismo, simbólicamente, pues pronto entregará su vida en la cruz. Por eso la descripción joánica de Jesús quitándose las vestiduras (v.4) y volviéndoselas a poner (v.12) puede ser muy bien intencional, ya que los verbos *–tithēmi y lambanō–* son los que se utilizan en el capítulo 10 para decir que Jesús se desprende de su vida y la vuelve a tomar (León Dufour, 1998, p. 31).

Ahora viene realmente el sentido del gesto por parte del mismo Jesús, y más que explicación es iluminación para que los discípulos tengan claro lo que deben hacer según el ejemplo del Maestro, y les invita a deducir por ellos mismos las consecuencias de lo que acaban de presenciar. Este gesto lo hizo Jesús como *Señor y Maestro*, como fundador de su comunidad, como Palabra y norma rectora de toda la vida de los cristianos sin distinción alguna. Estableció *la norma*, “la ley” fundamental de la vida de la Iglesia: identificarse con el más oprimido por amor para devolverle toda la dignidad de hombre y de hijo de Dios” (Santos Benetti, 1982, p. 255).

Así que “«tener parte con Jesús» mediante el lavatorio significa formar parte del amor que se entrega y que pondrá fin a la vida de Jesús (cf. v. 1), simbólicamente anticipado en el lavatorio (v. 8) (Mononey, 2005, p. 387).

De todas formas, sea cual sea el fondo histórico o ritual del lavatorio de los pies y de la instrucción ahí recibida, “en su actual contexto literario se entiende como una llamada que Jesús hace a sus discípulos para que repitieran en su vida lo que él les había hecho. Tienen que repetir el ejemplo del don amoroso de sí mismo simbolizado en el lavatorio de los pies (v. 15)” (Mononey, 2005, p. 388).

Es clave para la comprensión del relato tener en cuenta que el término del v. 15, *hypódeigma* (ὑπόδειγμα) es más que un *ejemplo* que puede imitarse o no. Aquí hay una connotación visual, de figura, imagen, tipo o modelo, de modo que es más «hacer ver, mostrar», según el verbo *deiknymi*, de valor teológico en san Juan. Jesús hace lo que ha visto hacer al Padre (5,19) y los discípulos deberán hacer lo que han visto hacer a Jesús. El comportamiento de Jesús engendra (León Dufour, 1998, p. 33)⁸⁷ el comportamiento futuro de los discípulos, de quienes se espera, no que

⁸⁷ Cuando *καθώς* va seguido de *καί*, en lugar del pronombre *οὗτος*, puede significar fundación, engendramiento, como bien lo señala León-Dufour.

laven los pies a los demás, sino la disponibilidad permanente de estar al servicio unos de otros, sin reservas y sin voluntades de poder. O sea que “toda la vida se hace ahora un único gesto de culto a Dios: el culto del amor fraterno y servicial” (Santos Benetti, 1982, p. 253), una especie de liturgia de la vida (Cf. Rm 12,1ss; Flp 2,1-11.17.20) como lo expresara el apóstol de los gentiles en las cartas a los filipenses y a los Romanos.

Ahora bien, antes de tratar esta bienaventuranza como tal, conviene decir algo sobre el v. 16 que le antecede: “En verdad, en verdad les digo: un siervo no es mayor que su señor, ni un enviado es mayor que el que le envió”, texto que “si bien guarda relación con el tema de los vv. 12-15, es probable que no formara parte originalmente de la interpretación del lavatorio de los pies” (Brown, 1979, p. 807).

Queda una pregunta suelta que únicamente quiero enunciar: si el amo no es mayor que el criado, entonces ¿el criado es mayor que el amo?; y en el mismo orden, si el enviado no es más que quien envía, entonces ¿el enviado es mayor que el amo? No creo que sean interrogantes superfluos si tenemos en cuenta que la Biblia presta una preferencia especial por el que no cuenta, por el pobre, el humilde, el último⁸⁸. Entonces, cobra todo sentido en este lugar la expresión del versículo 17 que nos ocupa: «Sabiendo esto, serán bienaventurados si lo practican».

Jesús asocia a estos siervos y enviados con su propio conocimiento y praxis (vv. 1-5). Serán benditos si *saben* lo que Jesús ha dicho y hecho, y en su propio tiempo y lugar *hacen* las mismas cosas:

Si ustedes saben ESTAS COSAS	<i>ei TAUTA oidate</i>
<i>dichosos son</i>	<i>makarioi este</i>
si ustedes hacen ESTA COSAS	<i>hean poiēte AUTA</i>

El uso del doble «amén» y el retorno al tema del conocimiento y la acción de los vv. 1-5, crean un sentido de clausura en los vv. 16-17. Como el conocimiento y el amor de Jesús (vv. 1-3) desembocó en la acción (vv. 4-11), así también debe desembocar en la acción el conocimiento y el amor de los discípulos. En esto reside la dicha (vv. 12-17)” (Mononey, 2005, p. 389)⁸⁹.

Sabiendo esto (ἐὶ ταῦτα οἶδατε) nos remite a una toma de conciencia con un verbo en perfecto que indica un conocimiento ya adquirido, poseído y que servirá de

⁸⁸ Así lo expresa, por ejemplo, San Pablo en 1Cor 1,18-29 y en muchos otros pasajes.

⁸⁹ He cambiado el “vosotros” por “ustedes”, “hacéis” por “hacen”, “sabéis” por “saben”.

base permanente para el actuar de todos los tiempos. Es una exhortación en forma de bienaventuranza, que habla de la absoluta necesidad de pasar de las palabras a las obras, de lo dicho al hecho, para que la fidelidad al Maestro no se quede en solo retórica que se lleva en viento. Y el fundamento del hacer está en el conocimiento y en la comprensión profunda de lo que ha enseñado y ha hecho el Maestro: “ahora lo entienden; en el futuro deberán ponerlo en práctica” (Brown, 1979, p. 787).

Por eso, *sabiendo esto* (εἰ ταῦτα οἴδατε) es como si dijera que ya saben esto, y no se les olvidará jamás, y con esto que saben es suficiente para que sean felices si obran en conformidad, pues ahí está el fundamento permanente que debe guiar el quehacer de la comunidad cristiana de ahora y de siempre.

Es más: “este lavar los pies unos a otros es el equivalente joánico de las normas de comportamiento que encontramos en diversos sitios de los evangelios sinópticos y de Pablo: servir unos a otros es perdonar unos a otros, acoger unos a otros, dar preferencia unos a otros” (Muñoz León, s.f., p. 654). Esto debe hacer un seguidor de Jesús, un discípulo suyo, un cristiano: ¡Lo ha hecho el Maestro!

Lo que los discípulos de Jesús deben saber, ¡y ya saben!, aunque lo comprenderán más tarde, no es solamente que el amo no es más que el criado, ni que quien envía es más que el enviado, sino también que este saber debe hacerse efectivo en las relaciones personales entre ellos con una actitud de servicio permanente: “La felicidad del creyente joánico surge de la vivencia o «cumplimiento» de todo lo que está implícito en la entrada al discipulado mediante el bautismo” (Mononey, 2005, p. 392). Como el v. 17 es la referencia final al lavatorio de los pies, explicación iniciada con el v. 12, aquí hay una insistencia en que los discípulos entiendan lo hecho como ejemplo de humildad (Brown, 1979, p. 808). Vivir en esta opción será lo que posibilite hacerse sujeto de la bienaventuranza.

R.E. Brown insiste en que no se debe traducir el griego *makarios*, en su función participial (Hebreo: *bārūk* Griego: *eulogētos* Latín: *benedictus* Español: *bendito*), que se aplica en el A.T. solo a Dios, quien debe ser bendecido y adorado por los hombres. En tanto que cuando es aplicado a los hombres es para invocar sobre estos la benevolencia de Dios y de los demás hombres. En cambio es mejor traducir desde la función adjetival (Hebreo: *ʾašrē* Griego: *makarios* Latín: *beatus* Español: *dichoso*). De modo que:

El conjunto adjetival de palabras representado por *ʾašrē* no forma parte de un deseo ni invoca una bendición. Más bien reconoce una situación ya existente de felicidad o de buena fortuna. En el AT se aplican estos términos

adjetivales sólo a los hombres, si bien en el NT se aplica *makarios* dos veces a Dios (1 Tim 1,11; 6,15) (Brown, 1979, p. 789).

No obstante, la referencia al lavatorio de los pies en el v. 17, y a seguir este ejemplo de humildad y de servicio, suponiendo que el relato joánico de la Última Cena contuvo alguna vez una institución de la Eucaristía (quizás conservada parcialmente en 6,51-58), entonces el *tauta* y el *poiein* («poner en práctica, hacer») del v. 17 podrían compararse con el mandato eucarístico de Lc: «Haced esto [*touto piete*] en memoria mía» (22,19) (Brown, 1979, p. 808).

Obsérvese esto: parece que Juan, quien carece de un *sermón* de bienaventuranzas al estilo de Lucas y Mateo, las resumiera todas aquí: “la felicidad del cristiano está en servir a sus hermanos. Esto hace que un hombre pueda llamarse “cristiano”; que una Iglesia pueda decirse de Jesús” (Santos Benetti, 1982, p. 258), que uno pueda decirse su discípulo. Dice el cardenal Martini en relación con este pasaje que:

A este punto, el Evangelio ya no insiste más en el entender, ver, conocer, creer –como en la primera parte–, sino en el “hacer”. Toda la acción cristiana nace de un misterio contemplativo: ella tiene su origen en la disponibilidad radical de Jesús a nuestro servicio, de la que nace nuestra disponibilidad radical para con los demás; en cuanto somos amados por Dios, nos hacemos capaces de ponernos respecto de los demás en actitud alegre, sencilla, disponible para el servicio (Martini, 1982, p. 185).

Aquí estamos lejos de un ejemplo moral para seguir: más bien estamos en el centro de la estructura fundamental de la Iglesia, la cual si reconoce en Jesús a su maestro y Señor, también debe sacar las consecuencias de esa confesión, sin contentarse con una simple confesión de labios. Está obligada al ejemplo de Jesús, o lo que es lo mismo, está obligada a su compromiso de amor hasta la muerte de cruz (Blank, 1979, p. 41-42).

Dichosos los que no vieron, y sin embargo creyeron (Jn 20,26-29) λέγει αὐτῷ ὁ Ἰησοῦς· ὅτι ἑώρακάς με πεπίστευκας; Μακάριοι οἱ μὴ ἰδόντες καὶ πιστεύσαντες

La segunda bienaventuranza del evangelio de Juan está en 20,29, versículo que se encuentra dentro del texto Jn 20,26-29⁹⁰:

90 Precisamente el v. 29, según el *The Jesus Seminar*, proviene de una tradición tardía (*The five Gospels*, p. 467). Pero no podemos dudar de su autenticidad en el evangelio, ni de su cercanía a la persona de Jesús.

²⁶Ocho días después, sus discípulos estaban otra vez dentro, y Tomás con ellos. Y estando las puertas cerradas, Jesús vino y se puso en medio de ellos, y dijo: Paz a vosotros. ²⁷Luego dijo a Tomás: Acerca aquí tu dedo, y mira mis manos; extiende aquí tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. ²⁸Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! ²⁹Jesús le dijo: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que no vieron, y sin embargo creyeron.

Estamos en el contexto de la aparición del Resucitado al grupo apostólico, episodio fundamental en el futuro de la comunidad eclesial.

El evangelista nos ha dado en los cuatro episodios del cap. 20 cuatro ejemplos ligeramente distintos de fe en Jesús resucitado. El discípulo amado cree después de ver los lienzos mortuorios, pero sin haber visto al mismo Jesús. Magdalena ve a Jesús, pero no lo reconoce hasta ser llamada por su nombre. Los discípulos le ven y creen. También Tomás le ve y cree, pero sólo después de haber insistido tercamente en el aspecto maravilloso de la aparición. Los cuatro casos ejemplarizan la actitud de los que ven y creen. El evangelista pondrá fin a su mensaje llamando la atención en el v. 29^a sobre los que han creído sin ver (Brown, 1979, p. 1365).

Antes de esta ya ha habido otra aparición anterior a sus discípulos en 20,19-23⁹¹, en la cual no participó Tomás, a quien los demás discípulos se la cuentan (vv. 24-25) diciéndole «Hemos visto al Señor», pero él no cree y exige la presencia de evidencias del Resucitado. Una semana después se dará esta nueva aparición, íntimamente unida a la anterior. Es un episodio propio del cuarto evangelista, sin paralelos sinópticos (20,24-29) (Brown, 1979, p. 1349)⁹², concentrando la atención en la duda de Tomás ante el Resucitado, pero “para conducir a una proclamación cristológica del discípulo y a una palabra de Jesús destinadas a los creyentes del futuro (León Dufour, 1998, p. 187), es decir, a nosotros.

José Caba (1986, p. 248-249) presenta esta nueva aparición de Jesús a los discípulos mediante este esquema:

⁹¹ También vemos estas apariciones en Mt 28,16-20; Lc 24,36-53; Mc 16,14-19.

⁹² M.-E. Boismard considera Jn 20,24-31 una adición redaccional al cuarto Evangelio por mano de Lucas y ve cierta semejanza entre Jn 4,48-49 y 20,29. Citado por Brown.

v.27	}	A	{	a	«Después dice a Tomás:
				b	{
				c	Y no seas incrédulo,
				d	sino creyente'.
v.28			{	B	{
					Respondió Tomás y dijo: '¡Señor mío y Dios mío!'
v.29	}	A'	{	a'	Le dice Jesús:
				b'	{
				c'	Porque me has visto has creído.
				d'	{
					Dichosos los que, sin ver, creen'».

Y acompaña la estructura del relato informándonos que:

El centro de la escena lo ocupa la confesión de Tomás (B): «¡Señor mío y Dios mío!» (v.28). En ella se recogen expresiones de las apariciones precedentes contadas en el cuarto evangelio: «He visto al *Señor*» (v.18), «Se alegraron al ver al *Señor*» (v.20), «Hemos visto al *Señor*» (v.25), Pero además se avanza aún más en la explicitación de la confesión de fe: «Dios mío». Es la anticipación de cuanto el evangelista mostrará en la conclusión de su evangelio al afirmar que lo ha escrito para suscitar la fe en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios (20,31).

La confesión de fe de Tomás está enmarcada en una presentación contrastada con su actitud inicial mediante una doble intervención de Jesús dirigiéndose al apóstol (A-A': a-a'): la exigencia de Tomás de ver y tocar (b) ha sido satisfecha (b'); por esto ha pasado de su postura de incredulidad (c) a una confesión de fe (c'). Al mismo tiempo, la confesión de fe de Tomás se proyecta hacia el futuro, hacia aquellos que tendrán la actitud creyente del apóstol (d), pero sin haber visto (d').

Toda la estructura de la escena termina orientada hacia la fe de futuras generaciones, que creerán en el Señor resucitado solo a través del mensaje evangélico. Se podría decir que todo este capítulo presenta un progresivo movimiento continuo hacia la proclamación de la bienaventuranza final: «Dichosos los que, sin ver, creen» (v.29). La conexión entre fe y visión ya aparece al principio del capítulo en la actitud del discípulo que «vio y creyó» (v.8), continúa con la afirmación de la Magdalena: «He visto al Señor», para terminar, igualmente, en la manifestación de los discípulos: «Hemos visto al Señor» (v.20.25), y la exigencia de Tomás «Si no veo... no creo» (v.25).

Al iniciar el evangelio, en el encuentro de Jesús con Natanael (Jn 1,45-51), hay una estructura análoga (Schnackenburg, 1980, p. 410) con el pasaje de Tomás: Natanael no creyó al momento, fue escéptico a las palabras de Felipe que anunciaban

que Jesús era el Mesías esperado, pero cuando habla con Jesús y descubre que Éste le conoce íntimamente, sin dudar lo proclama como «el hijo de Dios, el rey de Israel», a lo que responde Jesús con una palabra futurista: “Verás cosas mayores a éstas. Y le dijo: En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre” (Jn 1,50-51).

Esta forma de escribir no es extraña a la Biblia, en donde es frecuente el procedimiento de construir relatos con estructuras paralelas. En el caso de Tomás, el autor del evangelio se habría servido de este procedimiento “para cerrar la trayectoria que va del primer encuentro de los discípulos con Jesús de Nazaret a su último encuentro con el Resucitado” (León Dufour, 1998, p. 202). Podríamos postular aquí que el evangelio de Juan es una gran inclusión reveladora de la identidad de Jesús, pues se abre y se cierra con la duda de sus discípulos, quienes por la palabra de Jesús, se llegan a la certeza y lo proclaman «Rabí, Hijo de Dios, Rey de Israel, Señor y Dios».

Se ha indicado que Tomás no estaba con el resto de los discípulos cuando Jesús se les apareció. Esta observación introduce el episodio y hace que haya identificación entre el lector y la situación de Tomás: “para acceder a la fe pascual, sólo dispone del testimonio apostólico” (León Dufour, 1998, p. 199), el que no aceptó Tomás, y por lo que sería reprendido por Jesús. La situación de Tomás es de incredulidad (v. 24), la cual buscan subsanar sus compañeros discípulos comunicándole la fe pascual: «Hemos visto al Señor» (v. 25a), pero Tomás no se cierra a la posibilidad de la resurrección, solo que únicamente saldrá del estadio de incredulidad “si el Jesús resucitado se ajusta a *sus* criterios” (Mononey, 2005, p. 542), y puede constatar la identidad entre el resucitado y el crucificado.

Conocemos al apóstol Tomás como «el que duda», porque no aceptó la palabra de una comunidad entera (Cf. Castro Sánchez, 2001, p. 486-487), sino tener la experiencia directa del Resucitado. Sin embargo, no es un Tomás «incrédulo», sino una persona que “no se fio del testimonio de sus compañeros y exigió verificar sensiblemente la realidad del cuerpo de Jesús. Jesús le da la posibilidad de hacerlo, pero le invita sobre todo a reaccionar ahora como un verdadero creyente” (León Dufour, 1998, p. 202-203). Jesús acepta cumplir las condiciones de Tomás, pero él ahora las rechaza y acoge el desafío de la fe. Por tanto, “podríamos decir más bien que es el discípulo que, al no admitir el testimonio de la comunidad, se aferraba a su convicción, pero que ante la evidencia supo ceder lealmente. El lector que se identifica con su primera actitud, se siente invitado a recorrer un camino análogo” (León Dufour, 1998, p. 200), para que pueda recibir el “macarismo” prometido por Jesús a los creyentes de siempre.

Tomás, ante la autoridad de las palabras de Maestro, ignora el ofrecimiento de acercarse a la evidencia que antes había solicitado –“De haber aceptado Tomás la invitación de Jesús a mirarle y examinarle, no podría ser un creyente en el sentido joánico del término”(Brown, 1979, p. 1341-1364)–, y, entrando en el corazón y el pensamiento de Jesús, proclama su gran confesión, “la confesión más clara de la divinidad de Cristo que hay en el cuarto evangelio” (Muñoz León, s.f., p. 679): «¡Señor mío y Dios mío!», que “expresa la evidencia producida por la presencia del Resucitado: la unidad de Jesús con Dios que en él se ha hecho cercano”(León Dufour, 1998, p. 203) y que lleva a cumplimiento lo anunciado por Oseas para el tiempo de la nueva alianza cuando el pueblo dirá “¡Tú eres mi Dios!” (Os 2,25). De modo que al proclamar *mi* Señor y *mi* Dios, Tomás no persiste en su incredulidad, sino que da el paso que le permite ser incluido entre los que vieron y creyeron y se convierte en portavoz de la comunidad cristiana que responde a la alianza cuya realización había prometido Jesús (20,17) (León Dufour, 1998, p. 204).

Con su profesión de fe, Tomás alcanza el final de su itinerario de fe. Comenta R.E. Brown que cuando Tomás cree lo expresa con una profesión rotunda, reconociendo a Jesús como el exaltado en la cruz, la resurrección y la ascensión y como quien comparte ahora la gloria con el Padre: «Señor mío y Dios mío», fórmula que, aunque puede remitir a la literatura religiosa pagana, procede de la Biblia:

En efecto, aquí se combinan los términos usados en los LXX para traducir YHWH (= *Kyrios*) y Elohim (= *theos*). De hecho, los LXX traducen habitualmente la expresión *YHWH Elohāy* por «Señor, Dios mío» (*Kyrie, ho theos mou*; Bultmann); lo más próximo que encontramos a la fórmula joánica es Sal 35,23: «Dios mío y Señor mío.» (...) Esta es, por consiguiente, la suprema afirmación cristológica del cuarto Evangelio... Sólo Tomás hace ver que es posible dirigirse a Jesús con el mismo lenguaje que emplea Israel para dirigirse a Yahvé (Brown, 1979, p. 1366).

Y viene la respuesta de Jesús a la proclamación de Tomás: «Porque me ves, crees. ¡Dichosos los que no han visto y han creído!» (20,29). Esta bienaventuranza, junto con la de Lc 1,45, se refiere a la fe y son las únicas dos bienaventuranzas del Nuevo Testamento en este sentido. Brown(1979, p. 1370) informa sobre el extraño eco de esta bienaventuranza en *La Carta Apócrifa de Santiago*, un texto gnóstico o semignóstico del s. II.

El versículo se centra en el «creer», desde la experiencia de Tomás y desde la experiencia que tendrán los futuros creyentes. En cuanto a Tomás, el verbo creer (pisteu,w) está en perfecto (pepi,steukaj), lo que unido al contexto permite ver en

esta frase una felicitación de Jesús que ha sido reconocido por la fe. Esta opinión la comparten, entre otros, R. Schnackenburg, R.E. Brown y León-Dufour (León Dufour, 1998, p. 204). Según esto, las palabras dirigidas a Tomás no son tanto una censura personal, cuanto una instrucción para las generaciones de los futuros discípulos. Después de todo, entre Tomás y sus colegas de apostolado no existe gran diferencia, pues también éstos creyeron sólo después de haber visto personalmente, bien sea al propio Jesús resucitado, o bien, al menos, el sepulcro vacío (v. 3-8) (Wikenhauser, 1978, p. 514-515).

Después de hablarle a Tomás, Jesús se dirige a los futuros creyentes, quienes no vendrán a menos por no tener la misma experiencia tomasina. A ellos:

no les será posible ver con los ojos del cuerpo, y nadie tiene derecho de exigir esta visión directa como condición para creer. En lo futuro, la fe debe fundarse en el testimonio que los primeros discípulos darán de la obra de Jesús en la tierra, comprendida en ella su muerte y su resurrección (15,26-27), testimonio que continúa vivo en la predicación de la Iglesia (17,20). A estos futuros discípulos Jesús los declara «bienaventurados» porque su fe, cimentada en la predicación de la Iglesia, tiene el mismo valor que la de los testigos oculares, ya que una y otra comunican la vida eterna (Wikenhauser, 1978, p. 514-515).

Solo que aquella era la experiencia fundante e irreplicable, lo que podría entenderse por el uso del verbo creer en perfecto (*pepístukas*), una fe plena y duradera en el tiempo, en tanto que la fe de quienes creerán sin haber visto será una fe puntual significada con el aoristo griego (*pisteúsantes*). Esa fe fundante está en función de la fe que tendrán todas las generaciones de siempre que llegarán a creer no por los signos visibles de la presencia, sino gracias al testimonio y a las palabras de quienes con la fuerza del Espíritu también proclaman a Jesús como su Señor y su Dios. Esto los hace bienaventurados. Jesús alaba a todos los discípulos futuros que sin haberle visto le proclamarán como Señor y Dios, y “asegura a todos estos discípulos de todos los tiempos y lugares que prevé su situación y los cuenta entre los que comparten la alegría anunciada por su resurrección” (Brown, 1979, p. 1367).

«Bienaventurados quienes creen sin haber visto» es la clave para la comprensión de todo el episodio de Tomás, el Mellizo:

El evangelista ha recogido en una escena especial lo que, en la tradición, se refería a la incredulidad de los discípulos y convierte al apóstol Tomás en el tipo de los que habían dudado (20,24-29)... Tomás, aplastado por la presencia que se le imponía, exclama: “¡Señor mío y Dios mío!”. Es el grito de la fe y no el resultado de una verificación (Jaubert, 1987, p. 70).

Entonces, queda claro quiénes son los bienaventurados aludidos por Jesús. Somos “nada más y nada menos que todos aquellos que llegamos a la fe cristiana sin haber sido testigos directos de los hechos narrados en los evangelios; los que tenemos que creer por el testimonio de otros; y así sucesivamente hasta llegar al primer grupo: los testigos calificados, los Doce” (Santos Benetti, 1982, p. 360). La alegría de la Resurrección no está reservada solo a los testigos oculares, no tienen esa ventaja, pues quienes “no han visto son iguales en la estimación de Dios a los que vieron y, en cierto sentido, han sido más favorecidos” (Brown, 1979, p. 1368). Con esto quizás también se responde a la dificultad que vive y vivirá la comunidad a causa de la muerte de los apóstoles y de los testigos oculares.

Dodd (Citado por Brown, 1979, p. 1368) sugiere que esta bienaventuranza surge de la reelaboración de otra más antigua que también se originó o se ve reflejada en los Sinópticos: «Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven» (Lc 20,23; Mt 13,16). Esta encajaría muy bien durante la vida pública de Jesús, en tanto que la bienaventuranza de Juan sería una adaptación a la situación de la comunidad que ya vive la resurrección de Jesús.

Parece necesario no hacer dicotomía entre el ver y el creer, pues mientras Jesús permaneció entre los hombres había que llegar a la fe a través de lo visible. Ahora, al final del evangelio, otra actitud se hace posible y necesaria. Es la era del Espíritu o de la presencia invisible de Jesús (14,17) y ha pasado el tiempo de los signos y las apariciones (Brown, 1979, p. 1369).

De todas formas, si bien aquí tenemos una confesión referente a los futuros discípulos, para hacerles comprender que la persona de Jesús no puede ser objeto de experiencia directa previa a la contemplación de la comunidad, a su vez es una urgencia a ésta, para que transparente gozosa al Señor, experimentando la cruz y la resurrección (Castro Sánchez, 2001, p. 408).

A esa comunidad pertenecemos nosotros; por tanto, es tarea nuestra.

Podríamos completar la visión de Jn 20,29, con lo que nos dice la primera Carta de Pedro, con palabras muy parecidas en idea y expresión a nuestra bienaventuranza:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, (...) a quien sin haberle

visto, le aman, y a quien ahora no ven, pero creen en Él, y se regocijan grandemente con gozo inefable y lleno de gloria, obteniendo, como resultado de su fe, la salvación de sus almas (1Pd 1,1-3)-

Como se ha podido constatar, estas “otras bienaventuranzas” de los evangelios de Mateo, Lucas y Juan ofrecen un rico contenido de gran utilidad para vivir la buena nueva de la salvación que ha propuesto Jesús. Ellas también son anuncio, contienen gracia, nos entregan el camino de la salvación que tiene Dios para nosotros mediante su Hijo. También proponen estas bienaventuranzas el camino hacia la felicidad, hacia una felicidad que están llamados a alcanzar los verdaderos discípulos del Maestro, felicidad que se logra recorriendo el camino propuesto por el Evangelio, que sin embargo es ciertamente paradójico y que va en contravía con la manera ordinariánatural de proceder en el mundo, el cual se deja deslumbrar por el poder, el tener, el placer, el aparecer, el ocupar lugares de importancia en la sociedad y tener reconocimiento humano.

Esa felicidad que da el mundo, y que se fundamenta en el egoísmo, en la prepotencia, en cerrarse a los bienes espirituales, desemboca en frustración e infelicidad; en cambio, acoger la propuesta de vida contenida en estas otras bienaventuranzas, así como en las tradicionales y en general en el mensaje evangélico, dará la certeza de saber que, a pesar de lo incomprensible que puede ser humanamente una existencia vivida desde la fe, la esperanza y la caridad, e iluminada permanentemente por la palabra de Dios, es esta senda la única manera de estar preparados y vigilantes para recibir, también por pura gracia, la eterna bienaventuranza, el gozo de participar del banquete de la salvación.

Las otras bienaventuranzas también son felicidad, evangelio, camino de salvación; también son propuestas para vivir según el espíritu cristiano. Con ellas podemos peregrinar seguros hacia el que es fuente de gozo y salvación, Dios, nuestro Padre, que quiere nuestra felicidad, que “quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al pleno conocimiento de la verdad” (1Tim 2,4). Pero, ¿habrá que considerarlas de manera aislada, o podrá pensarse en integrarlas como un gran discurso complementario que permita enriquecer el que ya conocemos por los sermones tradicionales de Mateo y de Lucas? Es esta la pregunta a la que se quiere dar respuesta como conclusión de esta investigación.

UN DISCURSO DE LAS OTRAS BIENAVENTURANZAS EVANGÉLICAS: CONSECUENCIAS PASTORALES

El título que se da a este capítulo de conclusiones constituye el enunciado de la respuesta que queremos dar a la pregunta que nos hemos planteado originalmente y, por lo tanto, la demostración de la hipótesis de la que hemos partido. Ella comprende dos propósitos fundamentales. Por una parte, el propósito de preguntarnos por la posibilidad de agrupar las “otras” bienaventuranzas evangélicas en un discurso, a semejanza de lo que tenemos en los sermones del monte del evangelio de Mateo y del llano del evangelio de Lucas. Por otra parte, el propósito de señalar algunas consecuencias pastorales que se podrían derivar de este “nuevo” discurso de las “otras” bienaventuranzas para la vida de nuestras Iglesias y, en cierto sentido, para toda la humanidad.

4.1. Un discurso de bienaventuranzas a partir de las otras bienaventuranzas

Un primer balance de estas otras bienaventuranzas nos permite concluir que cuatro se encuentran en el evangelio de Mateo y nueve en el evangelio de Lucas. En lo que toca al evangelio de Mateo, a excepción del “macarismo” sobre Pedro, de la tradición propiamente mateana (Mt 16,17), las otras que contiene este evangelio las encontramos también en el evangelio de Lucas. Otras dos pertenecen a una tradición distinta, la de Juan o del cuarto evangelio. Del otro evangelio de la tradición sinóptica, el de Marcos, ya se ha dicho que en él no nos encontramos ninguna bienaventuranza. Por lo que toca a otros lugares del Nuevo Testamento, también hallamos otros macarismos, pero no son ellos propiamente el objeto de esta propuesta, pues nos hemos centrado en las bienaventuranzas que aparecen en el género literario de los evangelios.





CAPÍTULO IV

CONCLUSIONES



Estas son las otras bienaventuranzas de los evangelios señalados, de acuerdo con el orden en que aparecen en dichos evangelios:

1. Mt 11,2-6// Lc 7,18-23: Bienaventurados aquellos para quienes Jesús no es ocasión de escándalo.
2. Mt 13,10-17 // Lc 10,21-24: Bienaventurados los ojos de los discípulos, que tienen el privilegio de ver lo que están viendo.
3. Mt 16,13-20: Bienaventurado Pedro, que ha recibido del Padre la revelación sobre la identidad del Hijo y sobre la suya propia.
4. Mt 24,42-51// Lc 12,35-48: Dichosos los siervos que estén preparados y en vela a la hora del regreso del Señor.
5. Lc 1,39-56: Bienaventurada la madre del Salvador, porque ha creído y por las grandezas que Dios ha obrado en ella (dos bienaventuranzas).
6. Lc 11,27-28: Dichoso el seno que concibió y los senos que amamantaron a Jesús; dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan.
7. Lc 14,12-14: Bienaventurado quien será recompensado en la resurrección de los justos.
8. Lc 14,15-24: Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios.
9. Lc 23,26-31: Dichosas las estériles.
10. Jn 13,16-17: Dichosos quienes practiquen el ejemplo de servicio dado por Jesús.
11. Jn 20,26-29: Bienaventurados los que creen sin haber visto.

Así pues, si se tiene en cuenta que en Mateo tenemos solamente otras cuatro bienaventuranzas, mientras en Lucas su número llega a nueve, se podría decir que es Lucas, sobre todo, el evangelio de las otras bienaventuranzas, y que quizás, a la luz del número de las bienaventuranzas que en él encontramos, se podría definir a este evangelio como una gran bienaventuranza. De hecho se le ha llamado el evangelio del gozo, de la alegría y de la felicidad.

Al hacer un paralelo entre las bienaventuranzas de los sermones del monte y del llano y las otras bienaventuranzas que acabamos de enumerar, se pueden precisar algunas cosas (Stock, 1990, p. 19-20):



- Que un elenco de bienaventuranzas, en el sentido de un sermón, solo aparece en el sermón de la montaña y en el del llano, pues en el resto del evangelio solo encontramos bienaventuranzas particulares o aisladas.
- También que, junto a las bienaventuranzas generales, en los evangelios hay otras referidas a personas particulares, como a Pedro y a María.
- Que, junto a los “macarismos” de estructura tripartita, encontramos en los evangelios y en el resto del Nuevo Testamento, bienaventuranzas bipartitas: “macarismo” y condición (Mt 11,6; Lc 1,45; Jn 20,29) o “macarismo” y razón (Mt 13,16; 16,17).
- Que, además de los “macarismos” que tienen una motivación claramente escatológica (Mt 5,3-12; 24,46), hay otros referidos al tiempo presente y más generales (Mt 11,6; 13,16; 16,17; Lc 1,45; Jn 20,29).
- Que la bienaventuranza referida a Pedro (Mt 16,13-20) solo la encontramos en la tradición de Mateo, mientras las otras tres de dicho evangelio tienen su paralelo en Lucas. Por su parte, de las nueve reseñadas en Lucas, tres de ellas cuentan con paralelo en Mateo, resultando seis de tradición lucana, es decir, el evangelio de Lucas es el que muestra más frecuencia en el uso de esta terminología de bienaventuranza, lo que ayuda a definirlo como el evangelio del gozo.
- Que en el evangelio de Marcos hay ausencia de bienaventuranzas encuanto tales, fenómeno explicado en parte quizás por el desconocimiento que tiene este evangelista de la fuente Q.

Hablar de bienaventuranza es hablar de gozo. Jesús verdaderamente anuncia la plenitud del gozo. No se trata de algo fácil de conseguir, o que se adquiera de manera automática; hay que trabajar para este fin. Por eso no se trata de simples invitaciones que podamos tomar o dejar, sin ninguna incidencia. Si queremos alcanzar el gozo ofrecido en el nuevo Reino que ha instaurado Jesús, debemos esforzarnos por asumir un estilo de vida diferente, un nuevo comportamiento, o mejor, una nueva opción de vivir la existencia, que requiere nuestro empeño permanente; de ahí que en cada una de las bienaventuranzas Jesús indique las condiciones, enseñe el camino, la preparación necesaria por parte del hombre para acceder a esta situación. Pero también, para no olvidar que no basta este empeño humano en la consecución de la felicidad, y para animar a alcanzarla, cada bienaventuranza revela las acciones divinas que son la causa de este gozo. Es la salvación que nos ofrece Jesús y la reafirmación de su tarea: anunciar el gozo pleno y completo (Stock, 1997, pp. 24-25).

En estas otras bienaventuranzas también encontramos “evangelio”, anuncio de salvación; estas afirmaciones también son buena noticia. En ellas se nos muestran actitudes y caminos que debemos seguir para alcanzar la plenitud del gozo anunciado por Jesús.

Ahora, al profundizar en cada una de las otras bienaventuranzas de los evangelios y comparándolas con la lista de las bienaventuranzas tradicionales, se diría, sin ser excluyente y sin llevar, claro está, esta afirmación al extremo, que aquí encontramos una orientación más espiritual que social. Efectivamente, aunque el sermón clásico trae “macarismos” de orientación espiritual como los *puros de corazón* y los *humildes*, en general ellas implican una subversión de los valores sociales y una opción trae consigo el proyecto de Cristo por la justicia, la paz y el derecho y un llamado a la construcción de unas estructuras sociales distintas a las del orden establecido.

De modo que, en cuanto a las *otras bienaventuranzas*, sin excluir su componente de compromiso social por el pobre, por la justicia y por la construcción de una nueva sociedad, que aparece claramente en la actitud de servicio que debe tener el discípulo del Maestro, se encuentra mucho más una tendencia a aspectos más espirituales, tales como creer, escuchar la palabra de Dios, ser testigos del cumplimiento de las promesas del Padre en Jesús, estar vigilantes, etc.

Aquí cabría preguntarse si cada uno de los dichos que forman el actual sermón de bienaventuranzas, tanto en Mateo como en Lucas, fue recogido de la tradición de manera independiente y organizados en la lista según una intencionalidad social (y religiosa), en tanto que los dichos de las *otras bienaventuranzas*, que sin duda también circulaban en la tradición, fueron dejados por fuera de este discurso por su marcado interés más espiritual.

Por lo que hemos podido notar, las otras bienaventuranzas tienen una connotación o consideración cristológica, y a eso debe apuntar nuestro acercamiento a ellas, pues al leer estos textos lo que buscamos, en definitiva, es encontrarnos con Jesús, asomarnos a su espíritu, dejarnos seducir por su doctrina y permitirle que transforme nuestra vida en la aceptación de la oferta de la salvación. En el presente trabajo se ha comprobado este énfasis tan marcadamente espiritual de las otras bienaventuranzas, en contraposición con las tradicionales.

Visibilizar este grupo de otras bienaventuranzas y señalar esta característica ha sido uno de los objetivos de este trabajo. En este sentido, se puede intentar hacerlas visibles. Teniendo en cuenta que, como se dijo arriba, Lucas es el evangelista de las otras bienaventuranzas, se puede hacer un elenco iniciando por las bienaventuranzas

de Lucas, continuando con Mateo y, finalmente terminando con las que presenta el cuarto evangelio. Esto ayudará a ir organizando, con una cierta lógica en la cronología de los evangelios, un esquema o nuevo sermón que pueda hacer visible estas otras bienaventuranzas, y ayude a ver con mayor claridad cuál podría ser el énfasis del mensaje que se nos quiere entregar.

Se dejan por fuera en este intento las dos bienaventuranzas iniciales de Lucas por ser pronunciadas, según este evangelio, una por Isabel (“Bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor”: Lc 1,45), y la otra dicha por María (“He aquí, desde ahora en adelante todas las generaciones me tendrán por bienaventurada”: Lc 1,48). Se omite también Lc 14,15, bienaventuranza no atribuida a Jesús, sino a un comensal, cuando uno de los que estaban sentados con el Maestro a la mesa dijo: “¡Bienaventurado el que pueda comer pan en el reino de Dios!”. Por el contrario, se pone la atención en las otras bienaventuranzas atribuidas a Jesús, reseñando solo los versículos que las contienen.

1. *Lc 7,23; Mt 11,6*: καὶ μακάριός ἐστιν ὃς ἐὰν μὴ σκανδαλισθῆ ἐν ἐμοί. (Y bienaventurado es el que no se escandaliza de mí). La declaración dice que es bienaventurado quien no se escandaliza de Jesús y le reconoce como el esperado, el mesías del Señor.
2. *Lc 10,23// Mt 13,16*: Καὶ στραφεὶς πρὸς τοὺς μαθητὰς κατ' ἰδίαν εἶπεν· μακάριοι οἱ ὀφθαλμοὶ οἱ βλέποντες ἃ βλέπετε. (Y volviéndose hacia los discípulos, les dijo aparte: Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven). En el texto de Mateo hay una variación, pues se añade el oír: ὑμῶν δὲ μακάριοι οἱ ὀφθαλμοὶ ὅτι βλέπουσιν καὶ τὰ ὠτα ὑμῶν ὅτι ἀκούουσιν... (Pero dichosos sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque oyen) [13,16]. Esto es, bienaventurados ustedes, a quienes se les revela los misterios del reino, si viendo y oyendo al mesías, como lo desearon muchos profetas y justos, entienden y se convierten, para que yo los sane.
3. *Lc 11,28*: μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες (Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan). Hace relación a la dicha que le espera al discípulo si acoge la enseñanza y, en general, la palabra que el Maestro le da, y la ponen como norma de vida, pues es la misma palabra de Dios, con poder para sanar, transformar y dar vida.
4. *Lc 12,37.38.43; Mt 24,46*: Μακάριοι οἱ δοῦλοι ἐκεῖνοι, οὓς ἐλθὼν ὁ κύριος εὐρήσει γρηγοροῦντας· (Dichosos aquellos siervos a quienes, cuando su señor venga, los encuentre velando). Es la llamada que hace Jesús a vivir en

la vigilancia, saliendo de la indiferencia, la pasividad o el desentendimiento con que generalmente se vive la fe. Es el gozo que le espera a quien vive responsablemente el proyecto propuesto por Jesús.

5. Lc 14,14: Μακάριος ἔσῃ, ὅτι οὐκ ἔχουσιν ἀνταποδοῦναί σοι, ἀνταποδοθήσεται γάρ σοι ἐν τῇ ἀναστάσει τῶν δικαίων (Serás bienaventurado, ya que ellos no tienen para recompensarte; pues tú serás recompensado en la resurrección de los justos). Hacer el bien sin esperar que los beneficiarios de él nos correspondan o nos paguen con algo que sea contracambio, pues las buenas acciones las pagará Dios. Es el gozo eterno que le espera al que obra bien.
6. Lc 23,29: ὅτι ἰδοὺ ἔρχονται ἡμέραι ἐν αἷς ἐροῦσιν μακάριαι αἱ στείραι καὶ αἱ κοιλίαι αἱ οὐκ ἐγέννησαν καὶ μαστοὶ οἱ οὐκ ἔθρεψαν (Porque he aquí, vienen días en que dirán: “Dichosas las estériles, y los vientres que nunca concibieron, y los senos que nunca criaron”). Ante la presencia de situaciones dolorosas y catastróficas para el mundo, la felicidad estaría en no tener que presenciar el sufrimiento de sus hijos. También, ante la división y las contiendas familiares, será dichoso quien no tiene que afrontar el rechazo del fruto de sus entrañas.
7. Mt 16,17: Μακάριος εἶ, Σίμων Βαριωνᾶ, ὅτι σὰρξ καὶ αἷμα οὐκ ἀπεκάλυψέν σοι ἀλλ’ ὁ πατήρ μου ὁ ἐν τοῖς οὐρανοῖς (“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”). Bienaventurado Pedro, que ha recibido del Padre la revelación sobre la identidad del Hijo de Dios, del Mesías; y de paso, también Pedro es bienaventurado por haber recibido del mismo Jesús el descubrimiento de su propia identidad.
8. Jn 13,17: εἰ ταῦτα οἴδατε, μακάριοί ἐστε ἐὰν ποιῆτε αὐτά (“Si saben esto, serán felices si lo practican”). Dichosos quienes practiquen entre sus hermanos el ejemplo de entrega y servicio dado por Jesús.
9. Jn 20,29 λέγει αὐτῷ ὁ Ἰησοῦς· ὅτι ἐώρακάς με πεπίστευκας; μακάριοι οἱ μὴ ἰδόντες καὶ πιστεύσαντες. (“Jesús le dijo: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que no vieron, y sin embargo creyeron”). Bienaventurados los que, ateniéndose al testimonio de los testigos, sin necesidad de pruebas ni de haber visto, creen en Jesús resucitado.

Se puede pasar ahora a hacer lo que habría hecho el autor del discurso de las bienaventuranzas tradicionales, al recoger las singulares bienaventuranzas y unirlas

en el sermón. Se pueden unir estas nueve declaraciones de felicidad en un hipotético discurso de Jesús para, también con este, adoctrinar sobre la realidad del Reino que Él ha venido a anunciar. El resultado nos puede sorprender y, ¿por qué no? darnos luces nuevas para seguir profundizando en el insondable mensaje de los evangelios:

Se pueden disponer por separado las sentencias individuales y luego unirlos. Para esto, en algunos casos se puede recurrir a una paráfrasis o acomodar a ella el texto para darle un mejor sentido:

Se dirigió primero a Simón y le dijo: Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque mi identidad, lo que en realidad soy yo, no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (cf. Mt 16,17).

Luego dijo a todos: Dichosos sus ojos, porque ven lo que ven, y sus oídos, porque oyen lo que oyen, porque muchos profetas y justos desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron (Lc 10,23-24// Mt 13,16-17).

Y fijándose en Tomás continuó diciendo: Sin embargo, la felicidad no es solo para ustedes, sino para todos aquellos que no necesitarán ver mis signos para creer en mí, “dichosos los que creen sin haber visto” (Jn 20,29).

Continuó, mirando alrededor de todos: “Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lc 11,28), poniéndola como horizonte y norma de vida.

Dichosos los que hacen el bien sin esperar nada del mundo a contracambio, pues *serán recompensados en la resurrección de los justos* (cf. Lc 14,14).

Dichosos quienes practiquen entre sus hermanos el ejemplo de entrega y servicio que les he dado, ya conocen lo que he hecho, “si saben esto, serán felices si lo practican” (Jn 13,17).

Así también, “Dichoso quien no se escandaliza de mí” (Lc 7,23; Mt 11,6) y me reconoce como el esperado, el mesías del Señor.

Dichosos aquellos siervos a quienes, cuando yo vuelva, los encuentre vigilantes viviendo como les he enseñado y cumpliendo lo que les he mandado (cf. Lc 12,37.38.43; Mt 24,46), porque podrán participar del banquete celestial (cf. Lc 14,15).

Ahora, sintetizando un poco más el discurso y ubicándolo en un contexto pascual, en el que surgieron los evangelios:

Después de haber resucitado, cuando los Once ya habían experimentado algunas apariciones de Jesús, se reunió Él con sus discípulos y les dio otras instrucciones para que comprendieran mejor la realidad de su seguimiento y para aclararles en qué sentido su Reino no es de este mundo. Les dijo:

Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque mi Padre te ha revelado que soy su Hijo, el Mesías esperado (cf. Mt 16,17); dichoso, igualmente, quien no se escandaliza de mí y me reconoce como el mesías del Señor (cf. Lc 7,23; Mt 11,6); dichosos ustedes porque ven y porque oyen lo que muchos profetas y justos desearon ver y oír y no vieron ni oyeron (cf. Lc 10,23-24// Mt 13,16-17); dichosos los que oyen la palabra de Dios y la viven como norma de vida (cf. Lc 11,28); dichosos los que hacen el bien sin esperar nada a cambio (cf. Lc 14,14); dichosos los que creen en mí sin haberme visto (cf. Jn 20,29); dichosos quienes sigan mi ejemplo de entrega y servicio a los hermanos (cf. Jn 13,17); dichosos aquellos a quienes, a mi regreso, encuentre vigilantes cumpliendo lo que les he mandado (cf. Lc 12,37.38.43; Mt 24,46). Dichosos si hacen esto, porque tendrán su recompensa en el cielo y podrán participar del banquete celestial (cf. Lc 14,15), preparado para los justos.

Ahora bien, “liberando” este discurso de las referencias evangélicas, para poderlo apreciar más fácilmente, tenemos:

Jesús dijo a sus apóstoles:

Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque mi Padre te ha revelado que soy su Hijo, el Mesías esperado; dichoso, igualmente, quien no se escandaliza de mí y me reconoce como el mesías del Señor; dichosos ustedes porque ven y porque oyen lo que muchos profetas y justos desearon ver y oír y no vieron ni oyeron; dichosos los que oyen la palabra de Dios y la viven como norma de vida; dichosos los que hacen el bien sin esperar nada a cambio; dichosos los que creen en mí sin haberme visto; dichosos quienes sigan mi ejemplo de entrega y servicio a los hermanos; dichosos aquellos a quienes, a mi regreso, encuentre vigilantes cumpliendo lo que les he mandado. Dichosos si hacen esto, porque tendrán su recompensa en el cielo y podrán participar del banquete celestial, preparado para los justos.

Salta a la vista que el resultado es otra lista de bienaventuranzas diseminadas en los evangelios, y que se han agrupado en un hipotético discurso, distinto al tradicional. La diferencia no estriba solo en la falta de estructura tripartita de estas bienaventuranzas, sino también en el número de ellas y, ante todo, en el contenido. Es esto precisamente lo que se quiere hacer notar: esta lista, cuyo orden ha sido más bien el producto de buscar una cierta lógica en el discurso, pero que pudiera hacerse de múltiples maneras, hace posible ver una concentración de mensaje y enseñanza espiritual, más que social, aunque no la omite, por supuesto. Es decir, la atención aquí no está puesta tanto en los pobres, la justicia, la paz, las persecuciones... como lo hace el discurso del sermón del Monte o el de la Llanura, sino que la enseñanza se concentra en el reconocimiento de Jesús como el Mesías, en el hecho de creer en su doctrina, de acoger la palabra de Dios y practicarla, de no escandalizarse por Él, de hacer el bien sin esperar nada. Acoger esta propuesta, por supuesto, transforma las relaciones sociales y ayuda a vivir una verdadera fraternidad, lo que es, sin duda, un componente social, pero como resultado de acoger este nuevo modo de ser en el mundo, este nuevo modo de buscar la felicidad.

Por tanto, y esa es la tesis a la que se quería llegar, las dos listas tradicionales de bienaventuranzas que tienen Mateo y Lucas fueron el resultado de una selección intencionada de dichos y/o bienaventuranzas que ya circulaban en la tradición cristiana y que servían para apoyar un mensaje de tinte más social, y para animar a los cristianos en la adopción de un nuevo estilo de vida paradójico, en el que seguir a Jesús cambiaría los criterios de valoración y los parámetros de felicidad de la humanidad, en cuanto ya no es el tener riquezas, poder, fama, aceptación o reconocimiento lo que hace feliz al creyente, sino el luchar por una sociedad en la que se viva la paz, la justicia, la misericordia, la mansedumbre, entre otros valores. Es el énfasis o la opción por lo social lo que llevaría a esta selección, aunque no excluyente del elemento espiritual, que está sobradamente presente en estos discursos.

En este sentido, en las otras bienaventuranzas, sin perder su componente de compromiso social por la transformación de las estructuras para que posibiliten una convivencia más digna y humana, se podría ver una opción especial por lo que se denomina aquí el aspecto espiritual. Quien viva de acuerdo con esta propuesta podrá disfrutar de la gran bienaventuranza, ya intuida por un comensal que escuchaba a Jesús: la de participar del banquete celestial, “comer en el Reino de Dios” (Lc 14,15), que es hacia donde se dirige nuestra voluntad y nuestro actuar, como verdaderos discípulos, como se dijo en la introducción. Ahí también se afirmó: el mundo actualmente se debate en luchas fratricidas y la brecha entre estados, clases y personas, en relación con los bienes materiales, a los bienes culturales y a los mínimos indispensables para vivir dignamente, es cada vez mayor. Son muchas las personas

que carecen casi de todo y son muy pocos los que lo tienen todo y de sobra. Después de 2000 años de cultura cristiana y de conocimientos del evangelio todo esto sigue sucediendo y nos obliga a interrogarnos sobre la realidad de nuestra fe y sobre su compromiso e incidencia en el mundo.

4.2. La importancia pastoral y espiritual de la propuesta de un nuevo discurso de bienaventuranzas para nuestra Iglesia en Latinoamérica

Hoy más que nunca el ser humano busca con ansia caminos de felicidad: en la superación del dolor (lucha contra las enfermedades), en la superación de las diferencias entre los hombres (establecimiento de los derechos humanos), en una fraternidad universal... Se ve, no obstante, desgarrado por la dura realidad que palpa cada uno de los humanos en su vivir cotidiano: enfermedad, lucha fratricida, opresión..., las mil caras funestas que testimonian un deseo no cumplido son aún el patrimonio de la humanidad (Brändle, 1983, p. 217).

Por eso, quien quiera actuar desde la óptica de la fe e iluminado por la Palabra de Dios, para dar respuesta a tantas situaciones generalizadas de “desdicha” sufridas por nuestro continente, y de las que no pocas veces son culpables hombres y mujeres llamados creyentes, debe asumir el reto de convertirse en testigo de la esperanza..., reflexionar y leer la historia a la luz de la palabra de Dios. Al profundizar en las claves de la historia se reconoce un tipo de esperanza diferente: una esperanza que no está centrada en nosotros mismos, que se centra en el hecho de la resurrección y en la fuerza que es capaz de hacer nuevas todas las cosas (Conferencia Episcopal de Colombia, LXXIX Asamblea Plenaria Ordinaria del Episcopado, Bogotá, 4-8 de julio de 2005, No. 243).

Precisamente, por ese deseo de ser gestores de esperanza y abrir al mundo a verdaderos caminos de felicidad, nos atrevemos a releer no solo la historia a la luz de la Palabra de Dios, sino también la Palabra de Dios a la luz de nuestra historia, para que esa Palabra llegue a ser inspiradora de vida y felicidad.

En este cometido nos ayudan mucho los teólogos, de manera especial los bíblicos y pastoralistas. Ellos se han preocupado por hacer teología, y en ese quehacer buscan que la Palabra de Dios realmente ilumine las actuales situaciones de los hombres y mujeres que, poniendo su esperanza en el Señor, quieren hallar respuesta a sus inquietudes más íntimas y alcanzar la felicidad, libre de todas las situaciones que les oprimen y les impiden traslucir su dignidad de hijos de Dios.

El continente americano ha recibido el Evangelio de Jesús gracias a la evangelización realizada por quienes se aventuraron a descubrir el nuevo mundo.

En lo que se refiere a América Latina y el Caribe, llevamos más de medio milenio recibiendo y sembrando la fe. Se puede decir que se ha sembrado el Evangelio en nuestro continente, pero que no ha florecido ni fructificado suficientemente como para que sea una realidad el Reino de Dios en nuestro mundo. Hemos recibido el Evangelio, pero poco hemos asumido el Evangelio y, por tanto, muy poco incide en nuestro *modus vivendi*, en nuestro actuar cotidiano, como si el comportamiento ético desconociera la Palabra de Dios y los compromisos de la fe.

En cambio en Jesús no hay dicotomías, su actuar proviene de su intimidad con el Padre y de su experiencia con Él. Para saber quién es Jesús, basta que dirijamos la mirada a su praxis en bien de la felicidad de las personas:

Buscando y realizando siempre la voluntad de Dios, guiado por el Espíritu, el Hijo del Hombre, a partir de su propia práctica vital, conforma su cotidiano lleno de hechos de afecto para todas las personas y en especial para las más pobres. De esta manera, el Señor encarnado, comunica caridad, la caridad que supera todo egoísmo y pecado, causa última de los males e injusticias que nos aquejan y que anhelamos superar. De esta forma, Jesús nos dona la verdadera plenitud de vida que tanto deseamos... Jesús comunica la realización plena ansiada por el hombre, generando el tipo de existencia que estamos llamados a asumir según la teología latinoamericana, el cual conforma nuestro seguimiento del Mesías. Seguimiento que es una vivencia de fe de la cual surge un comportamiento; o sea, una experiencia moral. Por esto, desde esta teología afirmamos que la ética es el seguimiento de Jesús (Novoa, 2001, p. 59-60).

La Iglesia sabe que debe dirigir su mirada a los hombres y mujeres de todos los tiempos para responder, desde la fe, a sus inquietudes. A eso apunta la reflexión de la Iglesia latinoamericana, de manera especial en los últimos 60 años. Los énfasis marcados en las diversas Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, desde Río de Janeiro hasta Aparecida⁹³, son muestra de la voluntad de la Iglesia en esta parte del mundo por ser fiel a Jesús y encarnar su mensaje en nuestros pueblos, sumidos todavía en la pobreza, en el odio, en la violencia, en el hambre, en las desigualdades sociales, en la falta de oportunidades para los más pobres, por citar algunas de nuestras características.

El nuestro es un continente profundamente cristiano, pero muy poco comprometido realmente con una ética cristiana, con una praxis evangélica. Los

93 Puede confrontarse un breve recorrido por las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano en el artículo de Jesús Espeja, *El discipulado en la teología latinoamericana*, en Medellín, Vol. XXXII (125), 61-98.

hombres y mujeres de América Latina y el Caribe, seguimos aferrados a Jesús y a su evangelio, pero muchas veces más como un paliativo a la infelicidad que nos proporciona la crisis social, económica, moral y humana de nuestros países, que al deseo de dejarnos transformar por una Palabra que no solo nos promete, sino que nos asegura la felicidad real, verdadera, definitiva, y desde ahora hasta la eternidad.

Así pues, en la Conferencia de Medellín, en 1968, el episcopado se comprometió a no separar la tarea evangelizadora de la denuncia de las injusticias sociales. Y desde allí no ha parado en este cometido, con grandes sacrificios, inclusive derramando sangre, pero también con grandes compromisos y frutos de comunión, que podríamos llamar de salvación para muchos pueblos. Medellín invitaba a “inspirar, alentar y urgir un nuevo orden de justicia”, y durante la década de los 70 se elabora la cristología y, en general, una teología “desde América Latina”, enfatizando la praxis de Jesús y su apasionamiento por anunciar e instaurar el Reino de Dios en el mundo y su opción por los pobres e indefensos. Es el momento de teólogos latinoamericanos como G. Gutiérrez, L. Boff, J. Sobrino, S. Galilea, P. Richard, Ignacio Ellacuría, entre otros muchos, quienes invitaban a vivir la fe desde el compromiso decidido por los pobres. No faltaron dificultades y tensiones en esta lectura de la realidad y, su consiguiente aplicación de la Palabra de Dios como fuerza transformadora de la misma.

No obstante, ha sido importante en este período la fuerza de la denuncia profética de los cristianos contra quienes impiden la felicidad a los hijos de Dios; pero, antes y al mismo tiempo que la Iglesia denuncia con la palabra, tiene que ser anuncio mediante la propia vida. Hay en los evangelios dos versiones de las Bienaventuranzas y las dos responden al mensaje auténtico de Jesús. Según el evangelista Lucas, Dios interviene ya, llega el reino, acaba con la pobreza y con el sufrimiento. Y el evangelista Mateo pone una condición: el reino llega en los “pobres de espíritu”; en los que, movidos por el Espíritu de Jesucristo, se disponen a compartir con los demás cuanto son y cuanto tienen (Espeja, 2006, p. 93-94).

En este contexto se prepara la Iglesia latinoamericana y del caribe y llega a la Conferencia de Puebla, en 1979, en donde el Beato Juan Pablo II recuerda a los Pastores que su “deber principal es el de ser Maestros de la verdad. No de una verdad humana y racional, sino de la Verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre” (Juan Pablo II, 1979, p. 16). Vivir en la Verdad es vivir en la felicidad, porque la Verdad es Cristo Jesús. De ahí la necesidad de anunciar el misterio de la Encarnación del Verbo, que es el anuncio de nuestro Dios que quiere la plenitud de vida para todos, que quiere que seamos felices. Tenemos que evitar, por tanto, desviarnos de su mensaje, para lo cual el Papa llamaba a la Iglesia latinoamericana a fundar su liberación en el

anuncio de “la verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo” (Juan Pablo II, 1979, p. 17-23), elementos que encontramos desarrollados en el Documento final de esta Conferencia⁹⁴, con la seguridad y la esperanza de que viviendo en esas verdades seremos fieles al mensaje de Jesús en nuestro contexto de dolor e infelicidad y podremos dar grandes pasos en la instauración del Reino.

En la Conferencia de Santo Domingo, en 1992, la Iglesia situada de frente a la realidad, marcada aún por la infelicidad que proviene del pecado, entiende que “las urgencias de la hora presente en América Latina y el Caribe reclaman: Que todos los laicos sean protagonistas de la Nueva Evangelización, la Promoción Humana y la Cultura Cristiana” (Santo Domingo, 1992, p. 97). Se habla del tiempo de los laicos, no como simples destinatarios o espectadores, sino como protagonistas de la evangelización, quienes deben vivir y anunciar a Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre (cf. Hb 13,8).

En esta ocasión, la voz del Papa Juan Pablo II, en su Discurso Inaugural, recordando a Pablo VI, afirmaba “que ninguna otra esperanza nos sostenga, si no es aquella que, mediante su palabra (la de Cristo), conforta nuestra debilidad” (Santo Domingo, 1992, p. 97). Por esto el Beato pedía fidelidad al Espíritu de Cristo y vivir según su estilo, lo cual exige, de fieles y pastores, una profunda conversión; se trata de acoger y asumir en la experiencia personal y comunitaria la conducta del Maestro: Su “intimidad con Dios, apasionamiento por la llegada del reino y compromiso por levantar a los desvalidos” (Espeja, 2006, p. 79-80).

Pero la historia continúa, el mundo sigue caminando en medio de avances y retrocesos en lo que tiene que ver con el compromiso de fe. Las nuevas situaciones van marcando nuevos retos; pero el hombre es el mismo y sus angustias siguen pidiendo respuestas, no solo por parte de los Estados, sino también desde la Iglesia, desde la fe, la cual es una propuesta para conseguir la plenitud de la felicidad. De modo que en el cumplimiento de su tarea, en Aparecida, Brasil, en 2007, se tiene la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, avanzando en el camino de la Iglesia por acoger y aplicar el Evangelio y hacer vivir en el espíritu del Concilio Vaticano II. Aparecida “da continuidad y, a la vez, recapitula el camino de fidelidad, renovación y evangelización de la Iglesia latinoamericana al servicio de sus pueblos, que se expresó oportunamente en las anteriores Conferencias Generales del Episcopado”⁹⁵.

94 Encontramos estos elementos en el Documento de Puebla así: La verdad sobre Jesucristo el Salvador que anunciamos: nn. 170-219; la verdad sobre la Iglesia, el Pueblo de Dios, signo y servicio de comunión: nn. 220-303; la verdad sobre el hombre: la dignidad humana: nn. 304-339.

95 Documento conclusivo para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, ó, Documento conclusivo

La idea que recorre la reflexión de Aparecida es bien concreta y comprometida para toda la Iglesia, la cual es “llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él”⁹⁶, para que tengan vida, vale decir, para que sean plenamente felices. Así, el propósito de esta V Conferencia es darse a “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo”⁹⁷. Es consciente la Iglesia latinoamericana de que se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de variadas ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan nuestros pueblos⁹⁸.

Esa sed de Dios puede equipararse a la sed de realización y a las ansias de felicidad, por la que se lucha, y se busca alcanzar, muchas veces sin importar de dónde provenga el precio a pagar o la precariedad de la misma.

En ese sentido, y como respuesta a las circunstancias actuales del mundo, la Iglesia no puede llenarse de pesimismo, ni “replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables”⁹⁹, sino que, animada por el Espíritu y a la luz de la Palabra de Dios, “está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión”¹⁰⁰. No podemos claudicar en la búsqueda del bien, ni podemos apagar las ansias de felicidad que acompaña nuestro quehacer.

Lo lógico sería, entonces, que en este contexto, la Iglesia partiera del deseo de felicidad de las personas y los pueblos; sin embargo, “para los obispos, el punto de partida de la acción de la Iglesia son las condiciones de vida de los millones y millones de abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y dolor. Esta situación contradice el proyecto del Padre” (Agenor Brighenti, 2008, p. 75; cf. DA 358), que quiere nuestra salvación, nuestra felicidad. Notemos que no ponen como punto de arranque la sed de felicidad, pero sí, lo que es lo mismo, responder a la falta de la misma, o sea a una situación de infelicidad generalizada.

Aparecida, 9. En adelante citado DA.

96 DA n. 1, cf. nn. 384.389.

97 Benedicto XVI, Discurso Inaugural de la V Conferencia, Aparecida, n. 1, en DA 10.

98 DA n. 10.

99 DA n.11.

100 DA n.11.

De entre los principales ejes temáticos¹⁰¹ que encontramos en Aparecida destaco el tema de la vida en abundancia que nos trajo Jesús con la instauración de su reino en la historia. La vida “compone el núcleo del tema y del texto del Documento de Aparecida” (Agenor Brighenti, 2008, p. 64), y son muchos los numerales dedicados a hablar de la vida, desde varios aspectos, pasando por la vida digna, el sentido de la vida, el respeto a la vida, la vida nueva, incluso se habla de “la buena nueva de la vida”¹⁰². Hacer relieve en este tema es importante para la aplicación de la vivencia de las bienaventuranzas, puesto que ellas son una apuesta por la vida, y no por cualquier tipo de vida, sino por la que se vive en plenitud y en gozo por la presencia de los valores del reino.

Del mismo modo, el Documento de Aparecida, en el número 226, nos propone recorrer un itinerario en cuatro etapas, o “reforzar en nuestra Iglesia cuatro ejes”: La experiencia personal de fe, la vivencia comunitaria, la formación bíblico-doctrinal y el compromiso misionero de toda la comunidad¹⁰³. En estos ejes veo claramente identificado el llamado de la Iglesia latinoamericana a vivir en el espíritu de las bienaventuranzas, y, de manera especial nos podemos apoyar en las otras bienaventuranzas que hemos venido tratando.

Por ejemplo, si el primer eje pide una experiencia personal de fe, profunda e intensa con el consiguiente encuentro personal con Jesucristo, tenemos el ejemplo en la *feliz porque creyó* (Lc 1,45), pues nadie mejor que María tuvo esta grandiosa experiencia, y su encuentro e intimidad con su Hijo fue total y permanente. Si queremos tener vida en abundancia, si queremos acoger el don que Dios nos ofrece debemos renovar nuestra fe, de modo que sea, no solo el conocimiento de verdades y la aceptación de doctrinas, sino, ante todo, la adhesión a Aquel que nos promete y nos da vida en abundancia. Esto nos hará dichosos.

En cuanto a la vivencia comunitaria de la fe y la celebración de la misma, no estamos lejos, aunque parezca un poco forzado el texto, de la bienaventuranza dirigida a quien invita a su banquete a pobres, mancos, cojos, ciegos, ya que ellos no tienen para recompensarle en el presente, pero le espera una gran recompensa en la resurrección de los justos (Lc 14,13-15). Estamos hablando, por ejemplo, de la inclusión, de una comunidad abierta a todos los hombres y mujeres, a quienes invita a participar de los dones de la gracia, sin ninguna discriminación y sin esperar contracambios. La comunidad de los creyentes sabe que todo le viene por gratuidad

101 cf. Agenor Brighenti, *Para entender el Documento de Aparecida*, San Pablo, Bogotá 2008, p. 64-66.

102 Cf. DA 106-113; para los demás aspectos del tema sobre la vida cf. por ejemplos los nn. 33, 35, 52, 58, 66, 71, 112, 125, 143, 220, 250, 281, 358 y muchos más.

103 Cf. Agenor Brighenti, *Pedagogía y método para una recepción creativa de Aparecida*, en *La Misión en Cuestión. Aportes a la luz de Aparecida*. Amerindia, San Pablo, Bogotá 2009, p. 237-239.

y que nadie puede llamarse digno; por tanto, si la Iglesia no quiere ser excluida de la presencia del Padre, en el presente y futuro, debe acoger a todos, sin excluir a nadie en el presente y formar así comunidad de fe, en donde se acoja la propuesta cristiana, ya que “señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas”¹⁰⁴.

La praxis cristiana se apoyará en este hecho simbólico. El Reino se abre a todos. En la mesa del Padre encontramos pobres, tullidos, ciegos, cojos, hombres de toda condición, que se sientan a participar en el banquete por pura gracia, sin título alguno. Entre los creyentes se ha de huir de círculos cerrados, donde los comensales acudan invitados por su ascendencia frente al anfitrión: parientes, amigos, vecinos ricos. Una praxis así destruiría la gratuidad que comporta el seguimiento de Jesús y la realización en la vida de su mensaje. La llegada del Reino exige total donación, sin esperar recompensa alguna que no sea la de la dicha de saber que actuando así se abre paso a la verdadera recompensa, la que será recibida en la vida de los justos ya resucitados como consumación de una praxis de amor y de entrega. Por eso son proclamados dichosos los que obran conforme a esta praxis (Lc 14,14) (Brändle, 1983, p. 210-211).

Por lo que tiene que ver con la formación bíblico-doctrinal, tenemos que referirnos a Lc 11,28, pasaje que proclama “dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan”, pues es claro que el discípulo puede transmitir la palabra y consolar de parte de Dios porque él mismo escucha cada mañana y tiene abierto el oído. Es decir, está siempre en comunión con el Dios que le habla amorosamente y le envía. Para sostener al que está cansado y devolver esperanza al que está abatido, tendrá que ser instruido por Dios (Lucchetti de Bingemer, 2009, p. 165).

El oír la Palabra de Dios con seriedad, estudiarla, contemplarla y vivirla es condición necesaria para que transformemos las situaciones de no-vida a situaciones de vida, según el plan de Dios.

Pero también podemos referirnos, en este eje, a la bienaventuranza dirigida a los discípulos que tienen el privilegio de ver lo que están viendo y oír lo que están oyendo (cf. Mt 13,16-17 // Lc 10,23-24) ante la presencia de Jesús, en quien se realizan las expectativas del Antiguo Testamento, pues en esos discípulos estamos incluidos nosotros, quienes seremos sujetos de una vida en abundancia, de una vida en plenitud en la medida en que seamos capaces de afinar nuestros sentidos espirituales para ver y oír al Maestro, a quien le conocemos mediante la escucha de su Palabra y la catequesis permanente recibida en la comunidad eclesial.

104 DA n. 383.

El último eje tiene que ver con el compromiso misionero de toda la Iglesia. Aquí cabría relacionar la narración que el cuarto evangelio hace sobre la aparición de Jesús a los apóstoles, antes de estar Tomás, y después con el apóstol reunido en el grupo de los Once (Jn 20,19-29). En primera instancia, veo misión en la noticia que cuentan los apóstoles a Tomás sobre la presencia viva de Jesús y luego, con mayor razón, hay misión en el anuncio que tendrán que hacer los discípulos para que muchos crean sin haber visto y sean sujetos de la bienaventuranza que nos deja este episodio:

En Juan se proclama dichosos a todos aquellos que han asumido en fe todo lo que los testigos han transmitido. Lo que han visto y oído, lo han transmitido, creando una comunión de vida que tiene su origen en el Padre (1Jn 1,3). Los apóstoles vieron, y así alcanzaron la fe (Jn 20,29), otros creerán también por su testimonio sin haber visto, y estos serán dichosos (Jn 20,29). En Juan el “macarismo” se entiende y expresa en la misma clave en que se escribe el evangelio, la Revelación. Testimonio y fe son las actitudes humanas que responden a esa iniciativa divina; nada extraño, pues, que se proclame dichosos tanto a los que habiendo oído dan testimonio en sus vidas, como aquellos que en fe acogen este testimonio, y todo porque en el fondo está la última y definitiva Revelación de Dios en su Palabra (Brändle, 1983, p. 216).

Para que el mundo tenga vida en abundancia, para que se conozca y acoja la vida que nos trajo Jesús, para que la humanidad alcance a experimentar la bienaventuranza por creer en Jesús sin haberlo visto personalmente, es necesario que nos comprometamos a contarlo, a llevarlo a todos los ambientes; es necesario que asumamos con seriedad el ser discípulos misioneros, acogiendo la bienaventuranza como don, pero asumiendo también las consecuencias y los compromisos que exige:

El acoger la palabra de Jesús, seguir en pos de él, requiere haber superado el escándalo primero ante la conversión tan radical que para acoger el Reino Jesús proclama (Mc 1,14). Así, consciente de ello, ha proclamado también dichosos a aquéllos que no se escandalizaran de él (Mt 11,6; Lc 7,23) (Brändle, 1983, p. 208).

Si las bienaventuranzas son don y empeño al mismo tiempo, de nosotros depende en gran parte que la experiencia de Jesús resucitado sea causa de felicidad para nosotros y para nuestros pueblos.

Se nota claramente la importancia de vivir en el espíritu de las otras bienaventuranzas para acoger el Evangelio y la propuesta de la Iglesia. Es aquí donde cabe recordar que el Documento de Aparecida nos invita a tener en cuenta que:

nuestra alegría, pues, se basa en el amor del Padre, en la participación en el misterio pascual de Jesucristo quien, por el Espíritu Santo, nos hace pasar de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al hondo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda. Esta alegría no es un sentimiento artificialmente provocado ni un estado de ánimo pasajero. El amor del Padre nos ha sido revelado en Cristo que nos ha invitado a entrar en su reino... Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo¹⁰⁵.

Vivir en el espíritu de las bienaventuranzas ha sido un buen programa para responder al compromiso que debe tener el cristiano en la construcción de una sociedad distinta a como la quiere la voluntad egoísta del hombre. Trabajar por la justicia, la paz, la solidaridad es algo que solo podrá hacerlo real quien posea un corazón puro, manso y sencillo, y viva la fe con la pobreza de espíritu, lo cual tiene que desembocar en un verdadero compromiso de transformación social.

Pero es necesario completar la visión. No solo luchando por una sociedad igualitaria y justa, en la que se supere la indigencia de los muchos; ni con el compromisosocial en beneficio de los menos favorecidos; ni en la decidida labor en pro de la consecución de la paz... se cumple plenamente la tarea del cristiano. Todo esto tiene su fuerza, su fundamento y origen también en los postulados de las otras bienaventuranzas. Pues, la base de todo discipulado, además de la llamada que hace el Maestro, está en reconocer a Jesús y aceptarlo como el Mesías de Dios, no escandalizarnos por Él, seguir su ejemplo y enseñanza, dejarse penetrar por la fuerza transformadora de la palabra de Dios en la escucha y la práctica, servir a los demás desinteresadamente según Él lo hizo. En fin, la acogida y vivencia de estas bienaventuranzas nos sitúan en el camino que nos conduce hacia un discipulado que, fundado en el encuentro íntimo y personal con Jesús, desemboca en un compromiso con el otro, porque hermano, y apunta definitivamente a una recompensa que, además de la satisfacción terrena de vivir estos valores del Reino, se tiene reservada en la eternidad.

Me atrevo a decir que quien viva en el espíritu de las otras bienaventuranzas de los evangelios, estará dispuesto y fortalecido para asumir y vivir en el espíritu de las bienaventuranzas del sermón del monte y de la llanura. Dicho de otra manera, las otras bienaventuranzas de los evangelios son la fuerza espiritual y el fundamento para el compromiso social con los hermanos. Si no vivimos las otras bienaventuranzas evangélicas, difícilmente podremos comprender, acoger y asumir las bienaventuranzas tradicionales de Mateo y Lucas. Es decir, que las otras bienaventuranzas evangélicas son el fundamento, la base y requisito para la comprensión y vivencia de las bienaventuranzas de los sermones tradicionales.

105 DA nn. 17.18.

Las bienaventuranzas son fuente de felicidad para la humanidad porque quien las vive se une a Jesús, a su cruz y a su proyecto evangélico, lo que transforma la existencia personal en una existencia bienaventurada, por eso bienaventurados quienes se unen a la cruz de Cristo, bienaventurados quienes unen sus tribulaciones a la cruz del altar. Quien se una a la cruz de Cristo, será bienaventurado. Esa es la Bienaventuranza que proclama Cristo desde la montaña, y consiste en unirse y participar de su cruz (<http://adoracioneucaristicaperpetua.blogspot.com/2012/07/la-nueva-bienaventuranza-de-la-iglesia.html>).

Para alcanzar esta unión con el proyecto salvador de Cristo se debe pasar por la acogida de las otras bienaventuranzas evangélicas, las cuales no son simples consejos, que se pueden aceptar o despreciar opcionalmente, sino que constituyen el presupuesto obligatorio y necesario para acoger todo el sermón del monte, pues, si no se acepta la identidad de Jesús como Mesías, como Hijo de Dios, según la profesión de fe de Simón Pedro, todo lo que Él enseñe, diga o haga no pasa de ser la enseñanza, la palabra o el ejemplo de un buen hombre. Pero no, las otras bienaventuranzas llevan a reconocer que finalmente el mundo puede contemplar, inclusive tocar, y más aún, comer, lo que en la antigua economía de la salvación fue un anhelo, una promesa y una prefiguración.

Sin ser excluyentes ni categóricos, pues no hay fundamento para hacerlo, sí se puede afirmar que al visibilizar las otras bienaventuranzas de los evangelios, al unir las en un posible e hipotético sermón, como se ha intentado hacer, y al analizar su mensaje y enseñanza, se puede contribuir a hacer caer en la cuenta de que el fundamento para cualquier compromiso social por los hermanos está en una sólida y profunda vida espiritual; que al reconocer a Jesús como el Mesías, al creer en sus palabras, al seguir sus instrucciones y vivir según su ejemplo, se alcanza la verdadera bienaventuranza. “El modo de ser y de actuar de Dios hade ser el programa para todos... Construir la vida tal como la quiere Dios solo es posible si se hace del amor un imperativo absoluto” (Pagola, 2008, p. 255). A eso nos invitan las otras bienaventuranzas, a vivir la gratuidad en el amor, porque así lo hizo Aquel a quien esperamos poseer.

En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida¹⁰⁶.

No podría dejar de mencionar una bienaventuranza proclamada por la Iglesia: “Felices los invitados a la cena del Señor”¹⁰⁷, pues es en este banquete donde se cumplen todas las demás bienaventuranzas, porque los que comen del Pan Eucarístico son pobres de espíritu, a quienes no sacian los alimentos del mundo, vacíos de sabor y con gusto a cenizas; los que comen el Pan del Altar tienen hambre, no tanto del cuerpo, sino del Espíritu, y son saciados abundantemente con este Pan del cielo, con el verdadero maná enviado por el Padre; los que participan del altar, lloran junto a Jesús y María por la salvación del mundo y por las almas, porque el sacrificio del altar es la representación y la actualización sacramental del sacrificio en cruz de Jesús; los que comen del Pan de Vida eterna son odiados por los ángeles caídos, quienes se consumen en odio eterno y envidian el Amor que ingresa en las almas de los justos con este pan, y son odiados por los hombres malvados, contaminados por el ángel caído, y a la vez, son amados por Dios, porque Dios Padre ve en ellos la viva imagen de su Hijo y a su Hijo en Persona, y por eso no puede dejar de amarlos con todo el amor de su Corazón de Padre, el Espíritu Santo.

“Felices los invitados al banquete celestial”, dice la Iglesia, proclamando desde el Nuevo Monte de las Bienaventuranzas, una nueva bienaventuranza, la bienaventuranza de los hijos de la Iglesia, la bienaventuranza que resume y concentra en sí misma todas las bienaventuranzas, porque no puede haber felicidad más grande que recibir sacramentalmente al Hijo de Dios en Persona, unirse a su cuerpo resucitado por el Espíritu, recibir su sangre, que empieza a circular con nuestra sangre, y con su sangre, la vida eterna que brota del ser divino de la Persona del Hijo de Dios.

“Felices los invitados al banquete celestial”. Si a partir de Jesús la felicidad radica en la unión a Cristo crucificado, a partir de la Iglesia, la felicidad radica en la unión a Cristo sacramentado, crucificado y resucitado en la Eucaristía (<http://adoracioneucaristicaperpetua.blogspot.com/2012/07/la-nueva-bienaventuranza-de-la-iglesia.html>).

Ahora bien, el ser humano no se cansa de buscar su propia realización; tiene sed permanente de ser feliz, quiere alcanzar la felicidad a toda costa; pero el precio que paga para ser feliz es demasiado alto y con frecuencia los esfuerzos son infecundos y lo deja en la insatisfacción, pues la felicidad es algo de lo que adolecemos siempre y que no alcanzamos plenamente; de hecho se suele decir, “no hay felicidad completa”. Eso es cierto, si queremos una felicidad meramente humana y si nuestra búsqueda se basa en nuestros mezquinos intereses. Por eso el lenguaje de las bienaventuranzas será siempre nuevo, provocador, paradójico y desconcertante,

107 Cf. Misal Romano, Ostentación eucarística en el rito de comunión.

pero a la vez consolador porque “la promesa que encierran nos atrae, pues ofrecen una respuesta a esa sed que hay en lo más hondo de nuestro ser” (Pagola, 2012, p. 100).

Por tanto, en medio de nuestras angustias y sufrimientos, de tanto caos y crisis de fraternidad, de tantas violencias e injusticias, ante la insatisfacción humana y la sed de felicidad, hay una salida: el evangelio sigue siendo una invitación a ser felices; en la Buena Nueva de Jesús tenemos la opción fundamental y la oportunidad para encontrar la felicidad verdadera, la que nada ni nadie nos puede quitar porque es un gozo, una bienaventuranza conseguida “no de cualquier manera”, sino por las vías que nos ha mostrado el Maestro de Nazareth, el Hijo de Dios. El modo de alcanzar esta felicidad está en acoger los valores del evangelio; es un camino totalmente distinto al camino que nos ofrece el mundo, por eso la felicidad que nos dará el vivir en el espíritu de las bienaventuranzas será una bienaventuranza que el mundo no nos podrá arrebatar.

Con la Iglesia en Aparecida somos conscientes de que nuestra misión para que nuestros pueblos en Él tengan vida, manifiesta nuestra convicción de que en el Dios vivo revelado en Jesús se encuentra el sentido, la fecundidad y la dignidad de la vida humana. Nos urge la misión de entregar a nuestros pueblos la vida plena y feliz que Jesús nos trae, para que cada persona humana viva de acuerdo con la dignidad que Dios le ha dado. Lo hacemos con la conciencia de que esa dignidad alcanzará su plenitud cuando Dios sea todo en todos¹⁰⁸.

No será nunca un hecho cumplido en esta historia, sino que siempre estamos construyendo, es un empeño permanente, pero con la seguridad de alcanzar aquello que se busca. Por esto nos llenamos de esperanza y hacemos nuestras las palabras del papa Benedicto XVI: “Repetimos con certeza: ¡En la Iglesia Católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo! ¡Quien acepta a Cristo: Camino, Verdad y Vida, en su totalidad, tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida!”¹⁰⁹

Finalmente, es necesario subrayar de nuevo la importancia del tema de las bienaventuranzas en relación con la Virgen Madre: ella es la Bienaventurada porque creyó. A ella recurre la Iglesia para que interceda ante el Padre del cielo a fin de que derrame su Espíritu sobre los discípulos de su Hijo, para que, viviendo en el espíritu de las otras bienaventuranzas, siembren los valores del evangelio y hagan actuar y crecer el Reino de Dios, siendo para el mundo factor de transformación social, de tal manera que sean dignos y merecedores de ser invitados a participar de la mesa del eterno gozo, en el banquete celestial, junto con todos los bienaventurados.

108 DA 389.

109 DA 246.

Con la mirada puesta en María, la siempre bienaventurada, proclamamos que solo en el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida. Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias¹¹⁰ de angustias y de crisis que llevan al ser humano a divagar en el sin sentido de la existencia. Pero nosotros, los creyentes, los bienaventurados de hoy y del futuro eterno, no desesperamos, pues de la mano de María y de tantos verdaderos testigos de la fe, y con la intercesión de ellos, seguimos avanzando en la construcción del reino de Dios, viviendo y proclamando que Cristo “es el fundamento, en quien todos los valores humanos encuentran su plena realización, y de ahí su unidad. Él revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma, capacitando al hombre y a la mujer para vivir de manera divina; es decir, para pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida¹¹¹.”

Como punto final, y de inicio, recordemos que “la gloria de Dios es la persona humana viviendo en plenitud” (San Ireneo de Lyon).

110 DA 139.

111 DA 335.





BIBLIOGRAFÍA



TEXTO BÍBLICO

- Aland B. & K., Karavidopoulos, J., Martini, C.M. & Metzger, B.M. (eds.) (1993). *The Greek New Testament*, Stuttgart: DeutscheBibelgesellschaft.
- Bibbia Tob (1992). (*Traduction oecuménique de la Bible*). Torino, Elle Di Ci, Leumann.
- Bible Works 6.0. (1986). Programa electrónico que utiliza el texto de la BHS, del GNT⁴ (o NA²⁷) y la edición de Rahlfs para los LXX. En español uso *La Biblia de Las Américas* LBA.
- Biblia de Jerusalén. (2009). Nueva Edición totalmente revisada. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Eberhard & Erwin Nestle, Aland B. & K., Karavidopoulos, J., Martini, C.M. & Metzger, B.M. (1993). *Novum Testamentum graece*. Stuttgart: DeutscheBibelgesellschaft.
- Elliger, K. & Rudolph, W. (1990). (ed.). *Biblia Hebraica Stuttgartensis*. 4a. ed. Stuttgart: DeutscheBibelgesellschaft, 1967-1977. Emmendata opera, H.P. Rüger, 1990.

CONCORDANCIAS

- Aland, K. (1983, 1978). *Vollständige Konkordanz zum griechischen Neuen Testament unter Zugrundelegung aller kritischen Textausgaben und des Textus Receptus*, I-II, Berlin – New York: s.n.
- Bible Works 6.0. Utiliza el texto de la BHS, del GNT⁴ (o NA²⁷) y la edición de Rahlfs para los LXX.
- Schmoller, Al. (1989). *Handkonkordanz zum griechischen Neuen Testament*. Münster/ Westphalia: Deutsche Bibelgesellschaft.

SINOPSIS Y OTROS

- Aland, K. (1990). *Synopsis quatuor Evangeliorum*. Stuttgart: DeutscheBibelgesellschaft.
- Cervantes Gabarrón, J. (1999). *Sinopsis bilingüe de los tres primeros evangelios con*



los paralelos del evangelio de Juan (Instrumentos para el estudio de la Biblia 4). Estella: Verbo Divino.

Metzger, B.M. (1994). *Textual Commentary on the Greek New Testament. A Companion Volume to the United Bible Societies' Greek New Testament* (Fourth Revised Edition). Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft.

Pontificia Comisión Bíblica (1993). *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Roma: Editrice.

DICCIONARIOS

Coenen, Lothar et al. (1983-1985). *Diccionario teológico del Nuevo Testamento, 4 Vol.* (Biblioteca EstB 26-29). Salamanca: Sígueme.

Jenni, E. & Westerman, C. (1978-1985). (ed.) *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento, I-II*. Madrid: Cristiandad.

Guerra, M. (1988). *Diccionario morfológico del Nuevo Testamento*. Burgos: Aldecora.

Alonso Schökel, L. et al. (1999). *Diccionario bíblico hebreo-español*. Madrid: Trotta.

León Dufour, X. (1996). (ed.) *Vocabulario de teología bíblica* (Edición revisada y ampliada). Barcelona: Herder.

Rossano, P., Ravasi, G. & Girlanda, A. (ed.). (1993). *Nuevo diccionario de teología bíblica*. Madrid: Paulinas.

OBRAS DE REFERENCIA

AA. VV. (2005). *Comentario Bíblico Internacional*. Estella (Navarra): Verbo Divino.

Allison, D.C. (1999). *The Sermon on the Mount*. New York: Crossroad.

Allison, D.C., Jr. & Davies, W.D. (1987). *The Jesus tradition in Q*. Pennsylvania, Harrisburg: Trinity Press International.

Allison, D.C., Jr. & Davies, W.D. (1988). *Matthew I-VIII*. Edinburgh: T & T Clark.

Bartolomé, J.J. (1991). *La alegría del reino*. Madrid: CCS.

- Bauman, C. (1985). *The Sermon on the Mount: The Modern Quest for its Meaning*. Macon, GA: Mercer University Press.
- Benedicto XVI. (2007). *Jesús de Nazaret* (Cap 4. *El Sermón de la Montaña*). Bogotá: Planeta.
- Benetti Santos. (1982). *Nacidos para vivir*. Comentarios del evangelio de Juan. Madrid: Paulinas.
- Blank, J. (1979). *El evangelio según san Juan*, T. II. Barcelona: Herder.
- Boring, M.E. (1988). The Historical-Critical Method's 'Criteria of Authenticity': The Beatitudes in Q and Thomas as a Test Case". En Charles W. Hedrick (ed.). *The Historical Jesus and the Rejected Gospels*. *Semeia*, (44), 9-44.
- Bovon, F. (1995). *El Evangelio según san Lucas, v. I*. Salamanca: Sígueme.
- Brandle, F. (1983). Bienaventurados. ¿Cuándo, dónde, por qué? *Revista de Espiritualidad*, 42, T. 42 (167) 197-218.
- Brändle, F. (1983). Bienaventurados, ¿cuándo, dónde, por qué? Aproximación a una lectura de las «bienaventuranzas» bíblicas. *Revista de Espiritualidad*, 42, s.p.
- Bravo, C. (1990). Pueblo de las bienaventuranzas *Selecciones de Teología*, 29 (115), 199-206.
- Bravo, C. (1996). Las bienaventuranzas como contracultura. *Christus*, 61 (697), 14-17.
- Brighenti, A. (2008). *Para entender el Documento de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.
- Brown, R. (1968) *The Beatitudes According to Luke*, en *New Testament Essays*, 3. (Garden City: Doubleday).
- Brown, R. (1979). *El evangelio según Juan*, T. II. Madrid: Cristiandad.
- Bultmann, R. (2000). *Historia de la tradición sinóptica*. Salamanca: Sígueme. (Trad. de Constantino Ruiz-Garrido del original alemán *Die Geschichte der synoptischen Tradition*).
- Caba, J. (1986). *Resucitó Cristo, mi esperanza. Estudio exegético*. Madrid: BAC.



- Calderón Álvarez, C.A. (1991). *Seguir a Jesús hoy al estilo de las bienaventuranzas. Medellín, 17*, (66), 257-268.
- Camacho Acosta, F. (1983). *La proclama del Reino. Communio*, (16); 151-181.
- Camacho Acosta, F. (1983). *Las bienaventuranzas de Mateo (5,3,10): análisis semántico y comentario exegético*. Granada: Universidad Pontificia de Salamanca.
- Cañellas, G. (1983). *Las bienaventuranzas: origen, estructura y mensaje*. Madrid: s.n.
- Cardellino, L. (2001). Le beatitudini (Mt 5,1-16). *Bibbia e Oriente*, 43, (208), 69-129.
- Carter, W. (1996). Some Contemporary Scholarship on the Sermon on the mount, Currents in Research. *Biblical Studies*, 4, 183-215.
- Castro Sánchez, S. (2001). *Evangelio de Juan. Compendio exegético existencial*, Biblioteca Teología Comillas. Madrid: Desclée de Brouwer.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, Santo Domingo. (1992). *Conclusiones. IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre*. Bogotá: Paulinas.
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (1985). *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano Puebla: la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, 5a. ed.* Bogotá
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (2004). *Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo: las 4 conferencias generales del Episcopado Latinoamericano*, 5a. ed., Bogotá:
- Croatto, S. (1997). El Origen Isaiano de las Bienaventuranzas de Lucas. Estudio Exegético de Is 65:11-16. *Revista Bíblica*, 59(62), 1-16.
- Danieli, G. (1988). *Il discorso della montagna en Il Messaggio della Salvezza*, VI, Elle di Ci. Torino: s.n.
- Davies, W.D. (1977). *The Setting of the Sermon on the Mount*. Cambridge: University Press.

- Di Lella, A.A. (1989). *The Structure and Composition of the Matthean Beatitudes*. s.p.i.
- Dieter Betz, H. (1985). The Beatitudes of the Sermon the Mount (Matt. 5:3-12): Observations on Their Literary Form and Theological Significance. *Essays on the Sermon on the Mount*, 17-36.
- Dieter Betz, H. (1995). *The Sermon on the Mount* (Hermeneia), Minneapolis: Fortress Press.
- Dillmann, R., Mora Paz, C. (2006). *Comentario al evangelio de Lucas. Un comentario para la actividad pastoral*. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Documento conclusivo para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, o, Documento conclusivo Aparecida, 3a ed.* (2008). Bogotá: Celam; San Pablo, Paulinas.
- Dumais, M. (2003). *El sermón de la montaña (Mateo 5-7)*. Cuadernos Bíblicos 94, Estella: Verbo Divino.
- Dupont, J. (1973). *Les Béatitudes I. Le problème littéraire – Les deux versions du Sermon sur la montagne et des Béatitudes*. Brujas – Lovaina, 1958 // *Les béatitudes*, 3 vols. (Paris: Gabalda, 1969 [vols. 1 y 2], 1973 [vol. 3]).
- Dupont, J. (1978). Introducción a las bienaventuranzas. *Selecciones de Teología*, 17 (68), 323-329.
- Dupont, J. (1981). Introducción a las bienaventuranzas. *Páginas*, 6, (35), 37-44.
- Dupont, J. (1990). *Bienaventuranzas/bienaventuranzas*. En: Rossano, P. et al. *Nuevo diccionario de teología bíblica* (pp. 264-272). Madrid: Paulinas.
- Dupont, J. (1993). *El mensaje de las bienaventuranzas*. Cuadernos Bíblicos 24. Estella: Verbo Divino.
- Egger, W. (1971). *Metodología del Nuovo Testamento*. Bologna: Dehoniane.
- Enchiridion Biblicum. (1993). Documentos de la Iglesia sobre Sagrada Escritura. Bologna: Dehoniane.



- Espeja, J. OP. (2006). El discipulado en la teología latinoamericana. *Medellín, XXXII*(125), s.p.
- Farano, V.M. (1986). *Las bienaventuranzas*. Bogotá: Paulinas. Serie Cumbres, 1.
- Fausti, S. (2007). *Una comunidad lee el evangelio de Lucas*. Bogotá: San Pablo.
- Fitzmyer, J.A. (1987). *El evangelio según San Lucas*, Traducción y comentario, T. II y III. Madrid: Cristiandad (Tradujo Dionisio Mínguez del título *The gospel according to Luke*).
- Frankemölle, H. *Die Makarismen (Mt 5,1-12; Lk 6,20-23)*. “Motive und Umfang der redaktionellen Komposition”, *Biblische Zeitschrift* 15, Freiburg (1971), 52-75.
- Funk, R. Roy, H. & The Jesus Seminar. (1997). *The Five Gospels*. The Search for the Authentic Words of Jesus. San Francisco: Harper.
- Gómez, I.y Acebo, L. (2008). *Guías de lectura del Nuevo Testamento 3*. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Grelot, P. (1987). *Los evangelios y la historia*, Barcelona: Herder.
- Grilli, M. y Langner, C. (2011). *Comentario al Evangelio de Mateo*. Estella: Verbo Divino.
- Grilli, M. (2011). *Scriba dell'Antico e del Nuovo. Il Vangelo di Matteo*. Bologna: Dehoniane Bologna
- Guelich, R.A. (1982). *The Sermon on the Mount*. Waco, TX: Word Books.
- Hauck, F. & Bertram, G. (1974). maka,rioj. *TDNTA* (1967) 362-70, y Henri Cazelles “*asbré*”, en *TDOT1* (1974) 445 (para una información filológica básica).
- Hendrickx, H. (1986). *El sermón de la montaña*. Madrid: Paulinas.
- Herrera Sánchez, C. (1993). *La comunidad, proyecto de Jesús, en el Sermón de la Montaña*. Santafé de Bogotá: Centro Bíblico La Palabra.



- Jaubert, A. (1987). *El evangelio según san Juan*. Cuadernos Bíblicos 17. Estella: Verbo Divino.
- Joachim, J. (1981). *Abba y el mensaje central del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme.
- Kingsland, J. (2005). *The significance of the Beatitudes for the moral life according to saint Ambrose, saint Chromatius and saint Augustine*. Roma: Pontificia Università Lateranense.
- Kloppenborg, J.S. (2005). *Q El evangelio desconocido*. Salamanca: Sígueme.
- Kloppenborg, J.S. (2005). *The Formation of Q, Trajectories in Ancient Wisdom*, Fortress, Philadelphia.
- Ladd, G.E. (2002). *Teología del Nuevo Testamento*. Barcelona: Clie.
- Lamber, B. (1987). *Las bienaventuranzas y la cultura hoy*. Colección Nueva Alianza, No. 106. Salamanca: Sígueme.
- Lambrecht, J. (1994). *Pero yo os digo.... el sermón programático de Jesús [Mt.5-7; Lc.6, 20-49]*. Biblioteca de Estudios Bíblicos, No. 81. Salamanca: Sígueme.
- León-Dufour, X. (1998). *Lectura del Evangelio de Juan*, Vol. III. Salamanca: Sígueme
- León-Dufour, X. (2001). *Lectura del evangelio de Juan*, Vol. IV. Salamanca: Sígueme.
- Levoratti, A.J. (2003). (Dir.). *Comentario bíblico latinoamericano*. Nuevo Testamento. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Lloyd, A. (1992). The Sermon on the Mount in the History of the Church. *Review and Expositor* (89), 245-262.
- Lohfink, G. (1990). *Per chi vale il discorso della montagna? Contributi per un'etica cristiana*. Brescia: Queriniana.
- López-Melúz, F.M. (1988). *Las bienaventuranzas: ley fundamental de la vida cristiana*. Salamanca: Sígueme.

- Lucchetti de Bingemer, M. (2009). *La misión como seguimiento de Jesucristo en el Espíritu*, en *La Misión en Cuestión. Aportes a la luz de Aparecida*. Bogotá: Amerindia, San Pablo.
- Martini, C.M. (1982). *El evangelio de Juan*. Bogotá: Paulinas.
- Marucci, C. (2001). La fonte Q e il problema del Gesù storico. Annotazioni in merito al XLIX Colloquium Biblicum Lovaniense. *Rivista Biblica* (3), 319-336.
- Mateos, J. y Barretos, J. (1982). *El evangelio de Juan: análisis lingüístico y complementario exegético*. Madrid: Cristiandad.
- McEleney, N.J. (1981). The Beatitudes of the Sermon on the Mount/Plain. *CBQ*, 1-13.
- Medina E. J. (1992). *Las bienaventuranzas*. Santiago de Chile: Paulinas.
- Meier, J. P. (2008). *Un judío marginal: nueva visión del Jesús histórico* (Tomo II/1: Juan y Jesús. El reino de Dios). Estella: Verbo Divino. (Trad. de Serafín Fernández Martínez del original inglés *A marginal Jew*).
- Mononey, F. J. (2005). *El evangelio de Juan*. Estella: Verbo Divino.
- Neusner, J. (2008). *Un rabino habla con Jesús*. Madrid: Encuentro.
- Novoa, M. y Carlos, S.J. (2001). Una perspectiva latinoamericana de la teología moral. *Colección Teología Hoy 30*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Oyin Abogunrin, S. (2005). *Lucas*, en *Comentario Bíblico Internacional*, 4a. ed. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Pagola, J.A. (2008). *Jesús: aproximación histórica*. Madrid: PPC, Boadilla del Monte.
- Pagola, J.A. (2012). *El camino abierto por Jesús. Lucas*. Bogotá: PPC.
- Puech, E. (1991). 4Q525 et les péripopes des beatitudes en Ben Sira et Matthieu. *RB* (98), 80-106.
- Rasco, E. (1976). *La teología de Lucas: origen, desarrollo, orientaciones*. Roma: PUG.
- Ritacco De Gayoso, G. (1994). La eudaimonia y las bienaventuranzas. *Sapientia*, 49, (193-194), s.p.

- Sánchez Navarro, L. (2005). *La enseñanza de la montaña*. Comentario contextual a Mateo 5-7. Colección Estudios Bíblicos, No. 27. Estella: Verbo Divino.
- Santos Benetti. (1982). *Nacidos para vivir*. Madrid; Paulinas.
- Schnackenburg, R. (1980). *El evangelio según san Juan*, T. III. Versión, comentario e índices. Barcelona: Herder.
- Serer, V. (1974). Psicología de las bienaventuranzas. *Revista Javeriana*, 82(408), 260-265.
- Sicre, J.L. (1991). Temas selectos del primer evangelio. El Sermón del Monte. *Proyección*, 38 (163), 263-274.
- Stock, K. S.J. (1991). *Discorso della montagna. Mt 5-7. Le Beatitudini*, (Subsidio Ad uso degli studenti). Roma: Pontificio Istituto Biblico.
- Strecker, G. (1988). *The sermon on the mount*. Nashville: Abingdon.
- Trilling, W. (1980). *El evangelio según san Mateo*, T. II, Col. El Nuevo Testamento y su Mensaje. Barcelona: Herder.
- Truhlar, K.V. (1968). Aspecto terreno de las bienaventuranzas. *Concilium*, 4 (39), 378-389.
- Tuñi Vancells, J.O. (1983). *El testimonio del evangelio de Juan*. Introducción al estudio del cuarto evangelio. Salamanca: Sígueme.
- Ulrich, L. (2001). *El evangelio según san Mateo I. Mt 1-7*. Salamanca: Sígueme.
- Van Gangh, J.M. (2003). *Béatitudes de Qumrân et béatitudes évangéliques: antériorité de Matthieu sur Luc?*. En: García Martínez, F. *Wisdom and Apocalypticism in the Dead Sea Scrolls and in the Biblical Tradition*. Leuven: Leuven University Press.
- Vignolo, R. (2005). *Il quarto Vangelo in due parole: in margine ai macarismi giovannei (Gv 13,17; 20,29). "Il vostro frutto rimanga" (Gv 16,16)*: Miscellanea per il LXX compleanno di Giuseppe Ghiberti, a cura di Anna Passoni Dell'Acqua. Bologna: Dehoniane.
- Von Balthasar, H. Urs. (1981). Las bienaventuranzas y los derechos humanos. *Communio*, 3, (6), 591-603.



Wikenhauser, A. (1978). *El evangelio según san Juan*. Barcelona: Herder.

INTERNET

Doglio, C. (s.f.). *Anche L'Antico Testamento conosce beatitudini*. Recuperado el 10 de octubre de 2012 de http://www.atma-o-jibon.org/italiano/don_doglio32.htm#anche%20l'antico%20testamento%20conosce%20beatitudini.

Doglio, C. (s.f.). *Le altre beatitudini del Nuovo Testamento*. Recuperado el 10 de octubre de 2012 de http://www.atma-o-jibon.org/italiano/don_doglio33.htm#le%20altre%20beatitudini%20del%20nuovo%20testamento.

Doglio, C. (s.f.). *Le sette beatitudini dell'Apocalisse*. Recuperado el 10 de octubre de 2012 de http://www.atma-o-jibon.org/italiano/don_doglio34.htm#le%20sette%20beatitudini%20dell'apocalisse.

BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA EN RELACIÓN CON LAS BIENAVENTURANZAS EN LOS DISCURSOS DE LA MONTAÑA Y DE LA LLANURA

Alexander A. Di Lella, *The Structure and Composition of the Matthean Beatitudes*, 1989; Allen Lloyd, *The Sermon on the Mount in the History of the Church*, Review and Expositor 89 (1992), 245-262; Allison, Dale C., Jr, and W. D. Davies, *Matthew I-VIII*, Edinburgh: T & T Clark, 1988; Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret* (Cap 4. *El Sermón de la Montaña*), Planeta, Bogotá 2007; Bernard Lamber, *Las Bienaventuranzas y la Cultura Hoy*, Colección Nueva Alianza, No.106, Salamanca, Sígueme 1987; Carlos Alberto Calderón Álvarez, *Seguir a Jesús Hoy al Estilo de las Bienaventuranzas*, en: *Medellín*, Bogotá, DC. v.17, n.66, (junio. 1991), p 257-268; Carlos Bravo, *Las Bienaventuranzas como Contracultura*, en: *Christus*. México, DF. año 61, n.697, (noviembre-diciembre. 1996), p. 14-17; Carlos Bravo, *Pueblo de las Bienaventuranzas*, en: *Selecciones de Teología*, v.29, n.115, (julio-septiembre. 1990), p 199-206; Clarence Bauman, *The Sermon on the Mount: The Modern Quest for its Meaning*. Macon, GA: Mercer University Press, 1985; D. Allison, *The Sermon on the Mount*, New York: Crossroad, 1999; Davies / Allison, *The Gospel According to Saint Matthew I*, 429-469; Davies, W. D., *The Setting of the Sermon on the Mount*, Cambridge: University Press, 1977; Emile Puech, *4Q525 et les péripetiques des beatitudes en Ben Sira et Matthieu*. RB 98 (1991) 80-106; F. Camacho, *La proclama del Reino*, en "Communio" 16 (1983) 151-181; F. Hauck / G. Bertram, "maka,rioj" en TDNTA (1967) 362-70, y Henri Cazelles "'ashre", en TDOT1 (1974) 445 (para una información filológica básica); F. M. López Melús, *Las bienaventuranzas, ley*

fundamental de la vida cristiana, Sígueme, Salamanca 1988; Fitzmyer, *Luke I*, 625-46; Robert A. Guelich, *The Sermon on the Mount* (Waco, TX: Word Books, 1982) 62-118; G. Lambrecht, *Eh bien! Moi, je vous dis* (Mt 5-7; Lc 6), 1986; G. Lohfink, *Per chi vale il discorso della montagna? Contributi per un'etica cristiana*, Brescia 1990; Georg Strecker, *The Sermon on the Mount* (Nahsville: Abingdon, 1988) 27-47; H. Hendrickx, *El sermón de la montaña*, Ed. Paulinas, Madrid 1986; H. Urs Von Balthasar, *Las Bienaventuranzas y los Derechos Humanos*, en: *Communio*, Madrid. v.3, n.6, (noviembre-diciembre. 1981), p. 591-603; Hans Dieter Betz, *The Beatitudes of the Sermon the Mount* (Matt. 5:3-12): Observations on Their Literary Form and Theological Significance”, en *Essays on the Sermon on the Mount* (Philadelphia: Fortress, 1985) 17-36; Hans Dieter Betz, *The Sermon on the Mount* (Hermeneia), Minneapolis: Fortress Press, 1995; Hubert Frankemölle, *Die Makarismen (Mt 5, 1-12; Lk 6,20-23)*; J. Dupont, *Introducción a las Bienaventuranzas*, en: *Páginas*, Lima. v.6, n.35, (marzo. 1981), p. 37-44; Jacques Dupont en P. Rossano y Otros, *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Ediciones Paulinas, Madrid 1990; Jacques Dupont, *El mensaje de las bienaventuranzas*, Verbo Divino, Estella 1979; Jacques Dupont, *Les béatitudes*, 3 vols. (Paris: Gabalda, ²1969 [vols. 1 y 2], ²1973 [vol. 3]); Jan Lambrecht, *Pero Yo Os Digo... El Sermón Programático de Jesús [Mt.5-7; Lc.6, 20-49]*, Biblioteca de Estudios Bíblicos, No.81, Salamanca, Sígueme 1994; Joan Kingsland, *The significance of the Beatitudes for the moral life according to saint Ambrose, saint Chromatius and saint Augustine*, Pontificia Università Lateranense, Roma 2005; John P. Meier, *Un juicio marginal: nueva visión del Jesús histórico* (Tomo II/1: Juan y Jesús. El reino de Dios), Verbo Divino, Estella (Navarra) ⁴2008; José Luis Sicre, *Temas Selectos del Primer Evangelio. El Sermón del Monte*, en: *Proyección*, Granada, año 38, n.163, (octubre-diciembre. 1991), p. 263-274; Kloppenborg, *The Formation of Q*, 172-73, 187-90; Luis Sánchez Navarro, *La Enseñanza de la Montaña. Comentario Contextual a Mateo 5-7*, Colección Estudios Bíblicos, No.27, Verbo Divino, Navarra 2005; M. Dumais, *Il discorso della montagna*, Leumann 1999; M. Eugene Boring, “*The Historical-Critical Method’s ‘Criteria of Authenticity’: The Beatitudes in Q and Thomas as a Test Case*”, en Charles W. Hedrick (ed.), *The Historical Jesus and the Rejected Gospels* (Semeia 44; Atlanta: Scholars, 1988) 9-44; M. Grilli – C. Langner, *Comentario al Evangelio de Mateo*, Estella (Navarra) 2011; M. Grilli, *Scriba dell’Antico e del Nuovo. Il Vangelo di Matteo*, Bologna 2011; Neil J. McLeney, “*The Beatitudes of the Sermon on the Mount/Plain*”: CBQ43 (1981) 1-13; R. Guelich, *The Sermon on the Mount*, Dallas, TX: Word, 1982); Raymon Brown, “*The Beatitudes According to Luke*”, en *New Testament Essays*, 3; Schlosser, *Le regne de Dieu II*, 423-50; Severino Croatto, *El Origen Isaiano de las Bienaventuranzas de Lucas. Estudio Exegético de Is 65:11-16*, en: *Revista Bíblica*, año 59, n.62, (marzo. 1997), p. 1-16; Ulrich Luz, *El evangelio según san Mateo I. Mt 1-7* (Salamanca: Sígueme, 1993); Van Cangh Jean-Marie, *Béatitudes de Qumrân et béatitudes évangeliques: antériorité de*



Matthieu sur Luc?, en García Martínez Florentino, *Wisdom and Apocalypticism in the Dead Sea Scrolls and in the Biblical Tradition*, Leuven University Press, Leuven 2003; W. Carter, *Some Contemporary Scholarship on the Sermon on the mount*, *Currents in Research: Biblical Studies* 4(1996) 183-215.

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO SOBRE LA APOCALÍPTICA EN RAZÓN DE SU RELACIÓN CON EL TEMA DE LA FELICIDAD

J. Alberto Soggin, *Storia d'Israele*, Paideia, Brescia 1984, p. 429-31. *La Reseña Bíblica* 7 (1995), de la Asociación Bíblica Española, está dedicada al tema *Apocalíptica y Milenarismo*. Aquí, de manera especial Rodríguez Carmona, A., en su artículo *Apocalíptica y escatología* (pags. 25-32), describe lo que es apocalíptica, y hace una sencilla diferencia entre la actitud apocalíptica y el género literario apocalíptico, fruto de la primera. También podemos tener una visión panorámica y el estado actual de esta cuestión en J. Asurmendi, *La Apocalíptica*, en J. M. Sánchez Caro (ed.), *Historia, Narrativa, Apocalíptica*, Verbo Divino, Navarra ²2003. Para profundizar más sobre la apocalíptica puede consultarse O. Plöger, *Theokratie und Eschatologie* (Neunkirchen 1959; en inglés 1968); P. Hanson, *The Dawn of the Apocalyptic* Filadelfia 1975); G. von Rad, *Sabiduría en Israel* (Madrid 1985); J. Alonso Díaz, *Literatura apocalíptica*. Cursos bíblicos a distancia 15, Edicabi-PPC, Madrid 1971; U. Vanni, *Apocalíptica como teología*, en AA.VV., *Diccionario teológico interdisciplinar*, I, Sígueme, Salamanca 1982; varios escritos de J. J. Collins constituyen un aporte a tener en cuenta, como *Apocalypticism in the Dead Sea Scrolls* (Londres/ Nueva York 1997); D. Hellholm (ed), de un Coloquio internacional sobre la apocalíptica hace surgir *Apocalypticism in the Mediterranean World and the Near East* (Tubinga 1983); P. Sacchi, *L'Apocalittica giudaica e la sua storia* (Brescia 1990).

NUESTROS REPOSITORIOS INSTITUCIONALES

1. RIBUC: Repositorio Institucional Biblioteca Universidad Católica de Pereira
2. OJS: Open Journal System (Sistema de Publicaciones Periódicas de la UCP)

Los repositorios institucionales (RIBUC/OJS) son un conjunto de servicios que pretenden proporcionar el almacenamiento y hacer accesible en formato digital, el material producto del quehacer académico de la UCP y su comunidad.

La Universidad Católica de Pereira, por medio de su biblioteca, viene trabajando en su construcción desde el año 2009 y desde el año 2011 fueron puestos a disposición de los usuarios.

¿Qué es el Repositorio RIBUC y/o OJS?

Es la plataforma orientada a la web, que permite almacenar, gestionar, buscar y recuperar la producción académica y científica de la Universidad Católica de Pereira.

La importancia de los repositorios RIBUC y/o OJS:

- Aumentan la visibilidad de la producción académica y científica de la Universidad
- Reúnen en un solo sitio el conocimiento producido en la Universidad
- Permiten el acceso abierto
- Preservan la producción institucional

En nuestros repositorios se podrá encontrar productos como:

- Informes de investigación
- Objetos de aprendizaje
- Las revistas institucionales UCP en texto completo
- Ponencias
- Tesis de maestría
- Artículos de investigación y otros

RIBUC y/o OJS:

Una estrategia para la visibilidad y gestión del conocimiento
<http://ribuc.ucp.edu.co:8080/jspui/>
<http://biblioteca.ucp.edu.co/OJS/>

Videos educativos

- Poster
- Producción bibliográfica de la Universidad
- Monografías de grado
- Informes de prácticas académica